

JUAN JOSÉ HOYOS



# EL ORO Y LA SANGRE



PREMIO GERMÁN ARCINIEGAS PLANETA



EL ORO Y  
LA SANGRE

# CONTENIDO

En un lugar muy lejano.....15

## EL ORO

Capítulos 1 a 16.....23 a 157

## LA SANGRE

Capítulos 1 a 11.....161 a 282

Es de noche.....283

Cronología de la guerra .....287

## AGRADECIMIENTOS

Para la realización de este trabajo recibí el apoyo y la ayuda de muchos amigos y organizaciones vinculadas a la causa indígena en Colombia. Por ello quiero expresar mi más profundo agradecimiento a la Organización Indígena de Antioquia (OÍA); a la Organización Regional Indígena Emberá-Waunana (Orewa); al Centro Pastoral Indigenista de Quibdó; a los sacerdotes claretianos Agustín Monroy y Orlando Hoyos; a la maestra Odila Echeverry y al jefe de redacción de *El Tiempo*, Rafael Santos. También quiero agradecer la colaboración de Giovanni Salazar, Alonso Tobón, Hildefonso Henao, Alonso Salazar, Alberto Háchito, José Gómez, Ana María Jaramillo, Rito Llerena, Sonia Robledo, John Jaime Ruiz, Juan Carlos Márquez, Claudia Bedoya, Enrique Sánchez, Roque Roldan y el comandante Salomón, del Frente Óscar William Calvo del Ejército Popular de Liberación.

Por último, quiero agradecer de manera especial a Martha Ligia Vélez, a Juan Sebastián y a Susana Hoyos, su apoyo, su entusiasmo y su compañía durante el tiempo que dediqué a la terminación de este libro.

## Acta del Jurado

**E**STE CONCURSO, convocado con el propósito de exaltar y estimular el trabajo periodístico, y como homenaje a uno de los más sobresalientes intelectuales de Iberoamérica, logró interesar a periodistas de todo el país que investigan temas y personajes de la historia reciente de Colombia.

Los miembros del Jurado agradecen a todos aquellos autores que enviaron sus obras al evento con el fin de obtener el galardón. Es muy significativo para los organizadores (Grupo Editorial Planeta) y para quienes colaboramos en este programa, poder confirmar una vez más que el futuro del país, visto a través de los talentosos trabajos de sus gentes, es más alentador que el mostrado por el acontecer diario, lleno de pesimismo, violencia e intolerancia.

Una vez leídos los trabajos remitidos al concurso, y escogidos los finalistas, el Jurado declara como GANADOR el trabajo titulado «El oro y la sangre», registrado con el seudónimo de Juan Fernando, que corresponde al escritor y periodista Juan José Hoyos.

Este libro es una recuperación de la crónica periodística colombiana. Está construido sobre una minuciosa investigación. Cuenta con el respaldo de una gran documentación y da a conocer todo el desarrollo de la compleja, extensa e intensa historia de los indios emberá del Alto Andágueda, en el Chocó, desde el momento en que inician la explotación de una mina de oro.

El relato incluye los distintos intentos para obtener la paz dentro de un conflicto que al principio enfrentó a los indios con los blancos y que finalmente los enfrentó entre ellos mismos. Vida y muerte de este grupo indígena en la que aparecen aspectos tan sorprendentes como su miseria al pie de una mina de

oro y las gestiones de paz de un grupo guerrillero que, con más eficacia que los enviados del gobierno y que los sacrificados misioneros católicos, logran un período de pacificación.

El tema central, el oro y la violencia que genera, corresponde a esa clase de historias que apasionan, sobre todo cuando se cuenta con toda la credibilidad de una crónica periodística vivida y testimoniada por su autor.

En conclusión, este libro es un microcosmos del país. A través de esa tribu emberá pasan la riqueza, la pobreza, la guerrilla, la iglesia pacificadora y educadora pero también la ambiciosa y acaparadora de riqueza, la guerrilla, el narcotráfico, y algo muy hermoso, la ingenuidad de unos indios que descubren un día el avión y se dedican a volar días seguidos sobre el país. O que pasan semanas enteras en un prostíbulo gastándose el oro, con el pelo pintado con agua oxigenada...

El jurado se declara satisfecho con el desarrollo de este concurso y destaca la voluntad, tanto de los medios de comunicación como de la empresa privada, de auspiciar esta clase de eventos que tienden a consolidar expresiones culturales que nos permiten recrearnos con nuestra fantasía sin abandonar la realidad que nos toca vivir.

Reunido en la ciudad de Bogotá, y atendiendo a las bases de la convocatoria oficial del PREMIO PLANETA GERMÁN ARCINIEGAS DE PERIODISMO, el jurado firma por unanimidad.

**María Isabel Rueda**                      **Enrique Santos Calderón**  
**Enrique González Villa**              **Juan Gossaín**  
**Mauricio Vargas**

Santa Fe de Bogotá, 11 de agosto de 1994

«¿Qué hay aquí? ¿Oro? ¡Oro, amarillo, brillante, precioso! ¡No, oh dioses, no soy hombre que haga plegarias inconsecuentes! ¡Simples raíces, oh cielos purísimos! Muchos suelen volver con esto lo blanco negro; lo feo, hermoso; lo falso, verdadero; lo bajo, noble; lo viejo, joven; lo cobarde, valiente. ¡Oh dioses! ¿Por qué? Esto os va a sobornar a vuestros sacerdotes y a vuestros sirvientes y a alejarlos de vosotros; va a retirar la almohada de debajo de la cabeza del hombre más fuerte; este amarillo esclavo va a fortalecer y disolver religiones, bendecir a los malditos, hacer adorar la lepra blanca, dar plazas a los ladrones, y hacerles sentarse entre senadores, con títulos, genuflexiones y alabanzas. Él es el que hace que se vuelva a casar la viuda marchita y el que perfuma y embalsama como un día de abril a aquella ante la cual entregarían la garganta, el hospital y las úlceras en persona. Vamos, fango condenado, puta común de todo el género humano, que siembras la disensión entre la multitud de las naciones, voy a hacerte trabajar según tu naturaleza...»

**William Shakespeare**  
*Timón de Atenas, Escena III, Acto IV.*



**E**N UN lugar muy lejano de las selvas del Alto Andágueda, por el camino lleno de barro que atraviesa los montes y que va desde la fonda de Docabú hasta los potreros abiertos de la misión de Aguasal, hay un caserío formado por varios ranchos, casi todos contruidos con tablas de madera y zinc. A primera vista no parecen ranchos indígenas: el techo no es de palma ni las paredes de guadua. Pero en ellos viven algunos indios emberá, refugiados con sus mujeres y sus hijos de una guerra absurda, como casi todas las guerras. Una guerra que ha matado ya a muchos hombres y mujeres y niños indígenas desde que estalló, en 1987.

El caserío es pequeño y a pesar de que algunas casas ya tienen pequeñas comodidades de las casas de los blancos como mesas, camas y taburetes, aún conserva

el aspecto de los pequeños pueblos levantados de afán por gente que huye de la muerte.

En la calle principal del caserío hay una fonda donde venden víveres y aguardiente y donde también se puede oír música algunas noches. La fonda tiene unas pocas mesas de madera burda y unos cuantos taburetes. A menos de mil metros de distancia, desde la puerta, se puede ver el enorme edificio de concreto y ladrillos de la misión de Santa Ana de Aguasal, donde hace unos años funcionaba el internado indígena fundado por los misioneros claretianos.

El dueño de la fonda es Guillermo Murillo, un emberá nacido en el alto de Cascajero, que tuvo que abandonar su casa de la montaña junto con sus familiares después de los sucesos de febrero de 1987. Ese mes se partió en dos la historia del resguardo y miles de familias huyeron de sus casas al comenzar una racha de violencia que ha llenado de huérfanos, de penas y de sangre a los cuatro mil emberá que todavía viven en las selvas del río Andágueda.

Guillermo es de estatura baja, como casi todos los emberá de la montaña, pero es fornido y de brazos muy gruesos. En sus pequeños ojos brilla esa particular malicia de indio que le ha permitido sobrevivir hasta ahora a esa guerra entre hermanos que ya dura más de siete años. Hoy en su fonda hay música. No hay fiesta: simplemente se ha destapado una botella de aguardiente al caer la tarde. Las canciones salen de una grabadora de pilas, una de las tres mil o cuatro mil grabadoras de todas las marcas y tamaños que entraron al resguardo con la bonanza del oro. El dueño está tomando aguardiente y emborrachándose. Y mientras

habla con uno de los maestros de la misión de Aguasal que ha ido a visitarlo, coge entre sus manos una pistola. Por momentos la toca como si fuera una joya tallada en un metal precioso. El arma es negra y pesada. Una Star 765. Parece una escuadra pavonada. Guillermo la mira con una sonrisa de satisfacción. Luego la pone sobre la mesa, con un poco de orgullo, y deja que el maestro la mire y la toque. Dice que la compró hace unos meses pero se niega a decir cuánto pagó por ella. En cambio dice cuántas balas puede disparar en una ráfaga.

Por supuesto que la pistola la compró sin papeles, como casi todas las pistolas que se compran y se venden en la selva. Guillermo tampoco tiene salvoconducto para usarla. En el Alto Andágueda no hay ninguna autoridad civil o militar que pida un papel de esos en muchas leguas a la redonda ni nadie que se ponga en la tarea inútil de conseguirlo.

Guillermo está feliz de tener la pistola ahí, brillando entre sus manos. Cuando está en la tienda acostumbra dejarla en cualquiera de los tabloncillos de los estantes. Cuando sale, la lleva metida en la pretina del pantalón. Siempre lista. Porque aun cuando las cosas están calmadas desde el año pasado, uno nunca sabe... Ahora la mira, mientras oye la música. El maestro insiste en preguntar por el precio del arma. ¿Quiere que le consiga una?, dice Guillermo. El maestro confiesa que lo suyo es pura curiosidad. Entonces Guillermo por fin dice por cuánto la compró en Pueblo Rico: quinientos mil pesos. Hoy puede valer cerca de un millón...

El maestro mira las tablas de madera con las que Guillermo ha levantado la fonda, las tejas de zinc con que construyó el techo, los anaqueles de la tienda casi

vacíos, el surtido, las sillas... Y hace cuentas. Entonces comprende que la pistola que Guillermo tiene en sus manos vale más que todo eso junto.

Y se queda pensando...

Desde 1978, cuando la policía entró por la fuerza a Río Colorado, muchas armas como esa han reemplazado a las cerbatanas tradicionales de los emberá en el resguardo del Alto Andágueda. Y desde 1987, cuando empezó a correr la sangre a montones, es raro encontrar en ese vasto territorio un rancho donde haya un hombre que no tenga escondidos en el zarzo, o envueltos en plásticos, y enterrados junto a su tambo, una escopeta o una pistola, una carabina o un fusil. Algunas familias han vendido hasta sus vacas para comprarlos.

Hace veinte años, en las cincuenta mil hectáreas que ocupan los emberá en el Alto Andágueda —desde Aguasal hasta Río Colorado y desde Piedra Honda hasta el nudo de San Fernando—, no había más armas que el revólver del padre Betancur, cura párroco de la misión de Aguasal, y el revólver del inspector de policía que pagaba el municipio de Bagado. Los indios cazaban con sus cerbatanas y los escasos colonos negros de El Chuigo lo hacían con escopetas de fisto de un solo tiro. Los emberá vivían pobres, como todos los indios de este país, y se enfermaban de paludismo y de tuberculosis, y también sufrían de desnutrición, pero vivían tranquilos y se morían de lo que los blancos llaman muerte natural. De vez en cuando en alguna borrachera que terminaba en trifulca moría un indio macheteado o acuchillado por un enemigo. Cuando lo conocí, hace quince años, en su tambo, cerca del alto de Cascajero,

Guillermo Murillo no había tenido necesidad de aprender a disparar.

¿Por qué ahora Guillermo tiene una pistola que vale más que toda su casa y sus enseres juntos? ¿Por qué hay armas enterradas y escondidas a lo largo y a lo ancho de las selvas? ¿Por qué tantas familias siguen escondidas, viviendo en ranchos miserables, junto a la carretera Quibdó-Medellín, y no se atreven a volver al resguardo? ¿Por qué se acabó la paz y hoy yacen bajo la tierra tantos hermanos de sangre asesinados a machete y a balazos?

La historia es muy larga y muy triste, y tiene que ver con una mina de oro que descubrió en 1975, en las montañas de la parte de arriba del resguardo, un embarrá de Río Colorado llamado Aníbal Murillo. Y es una historia de oro y de sangre.

I

EL ORO

# 1

**E**L 11 de junio de 1978, en la región de Dabaibe, junto a un campamento minero situado en Río Colorado, en las selvas del Alto Andágueda, un helicóptero de la empresa Helicol fue atacado a balazos por un grupo de más de cincuenta indígenas emberá, armados de machetes, cuchillos, escopetas, revólveres y cerbatanas.

El helicóptero había despegado esa mañana del aeropuerto Olaya Herrera, de Medellín, al mando del capitán Alberto Jiménez —un veterano piloto de Avianca conocido entre sus colegas como «El Culebro»— y había sobrevolado la Cordillera Central hasta llegar al nudo de San Fernando, situado en los farallones del Citará, en los límites de Antioquia y el Chocó. El capitán Jiménez iba buscando un lugar señalado en el mapa

como la confluencia de los ríos Colorado y Azul, en la parte alta del río Andágueda, en territorio del municipio de Bagado.

En ese sitio funcionaba una mina de oro conocida con el nombre de Morrón desde la época de la Guerra de los Mil Días. En 1975, en los alrededores de la mina, un indígena había descubierto una nueva veta de oro, bastante rica, de la cual se estaban extrayendo grandes cantidades de mineral. La nueva mina era explotada por el hacendado antioqueño Ricardo Escobar González, sus hijos Luis Fernando y Alejandro y algunos socios de la familia. Los indígenas de la región alegaban que la veta recién descubierta era de su compañero Aníbal Murillo y habían tenido algunos problemas con la policía por barequear en las riberas del Río Colorado. Murillo había denunciado su hallazgo en la alcaldía de Bagado, en 1975, pero la familia y los socios de Escobar alegaban que le habían comprado el derecho.

El helicóptero que comandaba el capitán Jiménez tenía la misión de transportar hasta la mina a un ingeniero y recoger en Río Colorado un cargamento de oro para llevarlo, de regreso, a Medellín, donde iba a ser vendido en una casa de fundición.

La nave aterrizó junto al río y el geólogo bajó a tierra. «El Culebro» apagó los motores y también bajó para descansar un poco. Mientras esperaba que trajeran la carga, estiró un poco los músculos e hizo algunos ejercicios para desentumecer los brazos y las piernas. Mientras tanto, varios trabajadores de la mina salieron del campamento con el oro. En ese momento, como si hubieran brotado de la tierra, un montón de indios armados los rodearon. Un muchacho blanco que los comandaba, y que empuñaba un revólver, hizo abrir las

puertas. En un abrir y cerrar de ojos, los indígenas se apoderaron del cargamento de oro y huyeron. El cargamento era de siete libras, según los dueños. Los indígenas sostienen que sólo era de dos.

Otro grupo obligó al piloto y al geólogo a subir al helicóptero. Aunque todavía estaba muy asustado, el capitán Jiménez no dudó en intentar un decolaje rápido, y lo logró, a pesar de que no tenía mucho campo abierto. Después de sobrevolar otra vez los farallones, acompañado por el ingeniero, esa misma tarde pudo aterrizar ileso en el aeropuerto de Medellín.

Mientras tanto, los indígenas emberá, comandados por el muchacho blanco, se reagruparon, se tomaron la mina por la fuerza y obligaron al administrador, Horacio Vélez, y a los 150 trabajadores blancos y negros contratados por los Escobar a abandonar las instalaciones. Los emberá también se apoderaron del campamento situado en la montaña, el molino, la planta de cianuración y los cobertizos tanto de la mina vieja, ya clausurada, como de la nueva, en plena producción. Según las denuncias presentadas por la familia Escobar ante la policía del Chocó, los indígenas se quedaron, además, con 57 reses que pastaban en los potreros de Río Colorado y con 14 muías enjalmadas que habían ido esa semana desde Andes hasta la mina, por el camino de La Argelia, transportando víveres y provisiones.

Esa noche, por el mismo camino de herradura por donde habían entrado las muías, el oro robado en el helicóptero fue sacado hasta la población de Andes, en el suroeste de Antioquia, y luego fue llevado en un carro hasta Medellín, donde se vendió al mejor postor con el fin de comprar lo antes posible varios fusiles.

Lo de los fusiles, según los indígenas, fue idea del muchacho blanco que les ayudó a tomarse la mina. El muchacho había prestado servicio militar en un batallón especializado en lucha antiguerrillera y en él se había distinguido por su arrojo y su destreza en el manejo de las armas. Se llamaba Jaime Montoya y era nieto de «El viejo» Guillermo Montoya, antiguo dueño de la mina de Morrón. Hasta el día de la muerte del viejo, Jaime había escuchado por boca de su padre las acusaciones que el abuelo hacía a los herederos de Guillermo Escobar, quienes según él habían defraudado sus derechos y los de sus hijos en la explotación de la mina. Los dos abuelos —Montoya y Escobar— se habían asociado desde 1927. Los problemas comenzaron cuando murió el viejo Guillermo Escobar, en la década de los cincuenta, y los herederos trataron de sacar de la sociedad a Guillermo Montoya. Por ese motivo la mina estuvo cerrada muchos años, pero finalmente se reabrió después de un acuerdo verbal entre las partes. Cuando murió el abuelo de Jaime, no había ningún papel que garantizara el acuerdo y los herederos del viejo Escobar desconocieron lo pactado. Desde ese momento, Jaime había comenzado a planear su venganza.

Jaime era sobrino de Eduardo Montoya, uno de los herederos del abuelo que más había batallado contra los Escobar. Por eso conocía de cerca el problema y estaba seguro de que la pelea iba a ser larga... porque los Escobar —él lo sabía mejor que nadie— no se iban a quedar cruzados de brazos después del ataque a la mina. Para dar esa pelea, en nombre de su padre y de su abuelo, derrotados en los papeles por el hijo y los nietos del viejo Escobar, Jaime se alió con los indígenas de Río Colorado expulsados de su propia tierra y perseguidos

por los hombres de Ricardo Escobar González y sus socios después del hallazgo de la mina nueva.

Con la ayuda de Jaime y de un grupo de muchachos blancos que conocían algo de minería y que llegaron de Andes por esos días, los emberá reanudaron la explotación de oro en la veta nueva al día siguiente del asalto. Cuentan que al cabo de una semana, en la primera lavada, lograron sacar más de dos libras de oro. En la mina empezaron a colaborar también los mestizos Humberto y Orlando Montoya, primos de Jaime e hijos de Eduardo Montoya y de la indígena emberá Ligia Estévez, y por lo tanto nietos del abuelo Guillermo Montoya, aunque de sangre indígena. Ambos, a pesar de su juventud, eran mineros expertos y conocían muy bien el manto de la mina que los trabajadores de los Escobar estaban explotando.

Esa misma semana —el 17 de junio—, tal como lo había previsto Jaime, un destacamento de 36 policías llegó a la región de Dabaibe con la misión de detener a los culpables del ataque al helicóptero y recobrar las instalaciones de la mina para devolverlas a los antiguos dueños.

Cuando se enteró de que los policías se acercaban a Dabaibe por el camino de La Argelia, y supo cuántos eran, Jaime Montoya se encargó él solo de organizar la defensa del campamento de Río Colorado, primer lugar que podía ser atacado por el destacamento. Para ello se valió de todas las artimañas que había aprendido en el ejército en un batallón de contraguerrilla.

Con el propósito de desconcertar a los agentes, Jaime organizó a lado y lado del camino a un grupo de tiradores todavía inexpertos que tenían la misión expresa de hacer fuego cruzado con las pocas escopetas

que tenían y los tres o cuatro fusiles AK-47 que habían logrado traer desde Medellín esa semana, después de vender el oro.

El fuego graneado de esas armas logró contener la primera avanzada de siete policías que se atrevió a llegar hasta el campamento, poco después de las doce del día. La acción de las balas fue reforzada luego por otro grupo de indígenas que comenzó a disparar dardos envenenados con sus temidas cerbatanas.

Durante la refriega, Jaime se apertrechó detrás de un árbol, muy cerca del camino, y con un revólver Magnum 357 que había comprado antes del asalto a la mina reforzó el fuego cruzado contra los policías.

De esta forma, los emberá lograron hacer creer a los agentes y al oficial que iba al mando que estaban armados hasta los dientes y que podían resistir combatiendo durante muchas horas.

Los indígenas participaron en el combate con entusiasmo. Jairo Rivera, por ejemplo, aunque apenas había aprendido a disparar dos o tres días antes, apuntaba con un revólver que le había entregado Jaime cuando se oyeron los primeros disparos y apretaba el gatillo cada que veía moverse un policía.

Con la ayuda de los compañeros que venían detrás, los policías soportaron la emboscada hasta las cinco de la tarde. A esa hora el oficial que los comandaba les dio la orden de retirarse hacia las selvas que rodean el campamento, en busca del camino de herradura por el que habían entrado desde Andes una noche antes. Una niebla temprana que bajó de las montañas los protegió del fuego cruzado de los indígenas mientras se retiraban. Poco después los protegieron también las sombras de

la noche. En la retirada, los policías abandonaron cuatro muías cargadas de alimentos.

El comando de policía del Chocó informó públicamente de algunos de estos hechos el 30 de junio y dijo que varios indígenas tahamíes habían atacado una mina de oro, propiedad del hacendado Ricardo Escobar González, y que luego de robar un cargamento de oro se apoderaron de las instalaciones de las minas Morrón y Palomas, situadas en el municipio de Bagado, al sudeste de Quibdó, en los límites entre Antioquia y Chocó. La policía confirmó que durante el combate no hubo muertos en ninguno de los dos bandos.

En el bando de los emberá, sin embargo, resultó herido a bala, en una pierna, Jaime Montoya. El proyectil atravesó el muslo y le causó algunos destrozos, pero la herida no revistió mayor gravedad. Con la ayuda de los amigos, Jaime logró contener la hemorragia usando algunos pedazos de tela. El 9 de julio, un dragoneante de la policía, amigo de su familia, le envió con un tío una inyección antitetánica y varios sobres de tetraciclina, con los que pudo conjurar una posible infección.

Esa herida y la victoria rotunda sobre los policías que habían atacado el campamento cambiaron por completo la vida de Jaime Montoya. Desde esa tarde de junio, para los indios emberá del Alto Andágueda, el muchacho de Andes que estaba vengando a su abuelo, a su padre y a su hermano, estafados en el negocio de la mina, se convirtió en un héroe.

## 2

**E**L ATAQUE al helicóptero cargado de oro que dio comienzo a la guerra larga y sangrienta entre los emberá del Alto Andágueda y la familia del hacendado Ricardo Escobar González no fue el primer ataque armado de los emberá a un emblema de la civilización blanca. Fue, por el contrario, un episodio más de una guerra muy vieja que comenzó en las selvas del Chocó desde el siglo XVI, cuando llegaron a esa región los primeros expedicionarios españoles en busca del oro de los yacimientos de Dabaibe y los indios contuvieron sus avanzadas atacándolos con lanzas, flechas, cuchillos, dardos envenenados y cerbatanas.

Desde esa época lejana, el oro de la región de Dabaibe ha estado unido a la sangre y a la leyenda. Entonces, los indios emberá habitaban las orillas de los ríos y

las selvas de la costa pacífica, y las montañas y los valles del noroeste de Colombia. En 1513, el expedicionario español Vasco Núñez de Balboa descubrió el Mar del Sur —hoy llamado Océano Pacífico—, después de atravesar el istmo de Panamá. A partir de ese año, los adelantados españoles empezaron a recorrer las selvas de Urabá y el Chocó, casi siempre en busca de los yacimientos de oro que según los rumores de los nativos existían en el occidente del territorio recién descubierto y a los que daban el nombre de Dabaibe.

En poco tiempo la palabra Dabaibe se volvió legendaria entre los buscadores de oro que llegaban de España, ávidos de riqueza.

En pos de esa misma palabra, a la que los expedicionarios asociaban con la leyenda de El Dorado, el adelantado español Don Pedro de Heredia, antiguo gobernador de Cartagena, llegó a Urabá en 1535 al mando de una expedición con gente de a pie y de a caballo. Heredia cruzó las sierras y se internó en las selvas averiguando por el camino de Dabaibe, quemando indios en barbacoas, dándoles crueles tormentos y «aperreándolos» para lograr saber a ciencia cierta «el dicho camino».

En un oficio firmado por el licenciado Miguel Díaz de Armendáriz y fechado en Cartagena a los once días del mes de febrero de 1549, Heredia fue acusado por Pedro de Aillon de haber apresado a un cacique y a cinco indios, catorce años antes, y de llevarlos consigo por la fuerza hasta el pie de las sierras, donde los hizo amarrar en barbacoas y puso lumbre y fuego bajo sus cuerpos y luego procedió a quemarlos con las llamas mientras preguntaba por el camino de Dabaibe, y una vez quemados y muertos ordenó tirar sus cuerpos al río.

Según el mismo oficio, recogido por Juan Friede, al no obtener respuesta cierta sobre el camino, Heredia se volvió a Urabá y con la misma gente fue a un río que le dicen río de León y allí hizo tomar a otro indio y «le mandó dar e hizo dar tormento en los compañeros y dándole en ellos con unos paléos, preguntaba por el dicho camino del Dabaibe hasta que los dichos compañeros se le pararon al dicho indio muy grandes, y nunca confesó nada. Y el dicho Pedro de Heredia le dijo e hizo tomar el dicho capitán llamado Saco y atarle las muñecas y liárselas con unos cordeles y echarle agua en ellos hasta que al dicho indio se le encogieron todos los miembros, que le quedaron los dedos encogidos hechos garabatos, preguntándole por el dicho camino».

En 1537, dos años después de la excursión fracasada de Heredia, buscando el mismo camino, Francisco de César atravesó la serranía de Abibe y se internó en el valle del Sinú saqueando las tumbas indígenas. Un año más tarde, Juan de Badillo remontó la cordillera buscando las minas de Dabaibe y en el camino logró encontrar los célebres filones de oro de Buriticá, en el occidente de Antioquia, explotados luego durante varios siglos.

Pero hasta 1549 ningún adelantado español había logrado acercarse a la vertiente occidental del nudo de San Fernando, en los farallones del Citará, donde nacen los más importantes ríos del Chocó. Allí llegó en ese año el expedicionario Gerardo de Zepeda. Ocho años más tarde hizo lo mismo el capitán Gómez Hernández. En ambas ocasiones las tropas de avanzada de los aven-

1 Testículos.

tureros españoles fueron rechazadas ferozmente por los indígenas emberá.

A finales del siglo XVI, con la fundación del Real de Minas de San Francisco de Nóvita, los expedicionarios españoles lograron crear una avanzada que les sirvió de cabeza de puente para emprender toda clase de acciones militares contra los indígenas que defendían su oro y su territorio en las laderas occidentales de la cordillera.

Desde Nóvita, los españoles lograron controlar un vasto territorio indígena en el que repartieron en encomiendas a *los emberá de la parte baja* que habitaban *las* riberas de los ríos. A partir de ese momento, la región del Chocó se convirtió en el más importante distrito minero de la Nueva Granada, razón por la cual fue elevada a la categoría de provincia en 1583, con el nombre de Provincia de Chocó, Dabeyba y Valles de Baeta.

Pero los emberá de las montañas y de los ríos que aún no habían sido sometidos continuaron combatiendo a los expedicionarios españoles y poniendo en peligro las explotaciones mineras. Por esto fueron reemplazados por esclavos negros traídos desde Popayán y Anserma. Una rebelión indígena obligó después a los españoles a abandonar por mucho tiempo las minas del Distrito de Nóvita.

En 1670 comenzaron a llegar a la región algunos mineros provenientes de Antioquia. Junto con ellos llegaron algunos misioneros dominicanos que emprendieron la tarea de evangelizar a los indígenas. Con esto se facilitó su reducción.

A finales del siglo XVII, la llegada de los esclavos negros y el auge alcanzado por la minería de oro en el

río Atrato permitieron que se reanudara la explotación de oro en gran escala en el Distrito de Nóvita. A partir de esa época, bajo la autoridad de los corregidores españoles, los indios se vincularon a los enclaves mineros como peones en tareas agrícolas y en la construcción de casas, campamentos y acueductos. Otros trabajaron como bogas en el transporte fluvial aprovechando sus condiciones de experimentados navegantes.

Mientras tanto, en medio de la lluvia y el silencio de las selvas, las minas de Dabaibe continuaban guardando en sus entrañas el tesoro codiciado por los expedicionarios españoles. Algunos más se aventuraron a subir por el Andágueda pero todos fracasaron en su intento de encontrar los ricos filones de oro de los que hablaba la leyenda.

Los primeros blancos que lograron asentarse en la región fueron algunos mineros paisas que salieron de varias poblaciones de colonos del antiguo departamento de Caldas y, después de atravesar los farallones del Citará, llegaron a Dabaibe en busca de oro, a fines del siglo XIX. Por esa época, los ejércitos conservadores y liberales todavía se hallaban enfrentados en la llamada Guerra de los Mil Días.

Los jaibanás más viejos de Río Colorado dicen que los colonos caldenses venían en busca de una mina que había sido descubierta por el indígena emberá Severo Campo. Según ellos, unos blancos de apellido Chalarca, que llegaron del otro lado de las montañas, «mezquinaron la mina» y se apoderaron de ella.

Lo mismo sostiene Aquileo Campo, nieto de Severo Campo. «El abuelo Severo se fue barequiando hasta arriba. Después se bajó otra vez para abajo. Abrió mon-

te. Se trajo seis hombres. Sacó oro. Después vendía oro afuera. El abuelo Severo nació aquí y quedó aquí trabajando. Después vino un señor blanco y dijo: todas las tierras de él. Y no pagó nada. Y mezuquinó la mina».

Un abogado que estudió el problema de la mina dice que los Chalarca denunciaron la mina de Severo Campo en La Vega (Supía), con el nombre de «Morrón», cuando el Chocó hacía parte del territorio del Estado Soberano del Cauca. Luego, la mina fue cambiando de dueños y, de sociedad en sociedad, fue a parar en 1927 a manos de Guillermo Montoya «El viejo», quien entró como socio industrial y como arrendatario. En esa época, los dueños de la mina eran Ricardo Escobar Restrepo —también conocido como Ricardo Escobar «El viejo»—, Joaquín González, José M. González (padre), José M. González (hijo) y Joaquín Sierra.

Con las inversiones en nuevas maquinarias, especialmente en molinos californianos de pisonos, reformados de manera muy ingeniosa por mineros paisas, «Morrón» se convirtió en uno de los entables más prósperos de la región. El oro vendido a buenos precios permitió además la construcción de un largo camino de arriería entre Andes y Río Colorado que servía para entrar maquinaria y provisiones y sacar el oro a los mercados. Este camino de herradura, que aún hoy existe, y que atraviesa los farallones de la cordillera por el cerro de San Nazario, vinculó para siempre, para mal o para bien, el destino de Andes y Río Colorado.

Según recuerdan algunos jaibanás viejos de Río Colorado, en 1952 hubo un pleito entre los dueños de la mina que paralizó la explotación durante por lo menos quince años. El pleito comenzó muy posiblemente des-

pues de la muerte de Ricardo Escobar Restrepo, ocurrida en 1950.

Los abogados que han estudiado el litigio aseguran que el pleito se produjo porque algunos de los herederos de Escobar trataron de despojar de sus derechos a Guillermo Montoya. El pleito no prosperó. Mientras tanto la mina permaneció cerrada.

En 1968, los socios llegaron a acuerdo amigable: los herederos de Escobar y los demás socios le concedieron nueve acciones —de un total de veinticuatro— al viejo Guillermo Montoya, en reconocimiento de su trabajo de muchos años al frente de la mina. Pero el acuerdo, según los abogados, fue verbal y jamás quedó consignado en una escritura pública.

Esto permitió que la mina volviera a abrirse a finales de la década. Mientras nietos e hijos de Escobar pleiteaban con su padre por el derecho a la mina, Eduardo y Guillermo Montoya, hijos de Guillermo Montoya «El viejo», se dedicaban a tumbar monte y a abrir potreros en las orillas del Río Colorado, en un vasto territorio habitado a trechos por los indígenas emberá.

La presencia de los Montoya en la región no provocó conflictos mayores debido a los lazos de familia y de afecto de Eduardo Montoya con la indígena Luisa Estévez, hermana del jaibaná Gabriel Estévez. De esta unión nacieron los mestizos Orlando y Humberto Montoya Estévez.

En 1974, a raíz de la muerte de Guillermo Montoya, se presentó un nuevo conflicto entre su familia y los herederos de Ricardo Escobar Restrepo. En el nuevo pleito intervinieron no sólo Ricardo Escobar González

—hijo de Escobar Restrepo— sino también su socio, el abogado José Domingo Penagos, y sus hijos Luis Fernando, Alejandro y Guillermo Escobar, quienes entraron a formar parte de la sociedad que explotaba la mina.

En esta nueva etapa el pleito se convirtió en un enredo jurídico difícil de aclarar hasta para los abogados que conocían la historia del litigio. En él tomaron parte hijos y nietos de los dos viejos patriarcas antioqueños que se juntaron en 1927 para explotar la mina descubierta por el indio Severo Campo durante la Guerra de los Mil Días.

El enredo jurídico fue resuelto, en un comienzo, con mucha habilidad, por los nietos de Ricardo Escobar. Estos descubrieron que los permisos de explotación de la antigua mina de Morrón se habían vencido desde 1968 y por lo tanto carecían ya de validez.

Al referirse al caso, los abogados hablan siempre de permisos de explotación, ya que en los diversos pleitos ninguna de las partes presentó jamás títulos de propiedad del terreno donde estaba asentada la mina. Éstos siempre fueron considerados territorios baldíos ya que el Estado no concedió jamás título alguno de propiedad sobre ellos, entre otras razones, porque hacían parte de una reserva forestal. Con la declaratoria de reserva forestal, el Estado buscaba proteger las selvas que cubren el nudo de San Fernando y el complejo montañoso situado en sus alrededores, donde nacen algunos de los ríos más caudalosos del Chocó.

Amparados, pues, en la caducidad de esos papeles, los herederos de Escobar solicitaron al antiguo Servicio Minero de Antioquia un nuevo permiso de explotación de la mina de Morrón.

Atendiendo a esta petición, el Servicio Minero levantó un croquis de la mina en 1974. En el mismo se habla de un terreno para explotar de 1.200 metros de base y 1.800 de altura, aproximadamente.

Con base en ese croquis, los herederos de Escobar reabrieron la mina y siguieron explotándola. Para resolver el pleito con Eduardo Montoya —hijo de Guillermo Montoya, «El viejo»—, los Escobar compraron a Eduardo parte de las mejoras de los potreros abiertos a lado y lado del Río Colorado, que lindaban en forma inconveniente con los terrenos donde estaba situada la mina. Sobre *los derechos heredados por* Eduardo, de su padre, en relación con el oro de Morrón, jamás lograron llegar a un acuerdo.

Todo este frágil y complicado andamiaje de papeles, arreglos verbales y derechos montado sobre un despojo a un indígena, a comienzos del siglo, se vino al suelo en 1975 cuando otro indígena emberá llamado Aníbal Murillo descubrió un nuevo filón de oro muchísimo más rico que la antigua mina y situado tan sólo a unos dos kilómetros de ella.

### 3

**D**E ANÍBAL Murillo se cuentan muchas historias en el Alto Andágueda. Cuando uno lo mira, lo único distinto que descubre en su cara, apenas sonríe, es el brillo de algunos dientes forrados en oro. Nada más. Pero la gente asegura que es el único emberá capaz de oler el oro aunque esté enterrado muchos metros debajo de la tierra. Dicen que eso fue lo que sucedió un día de marzo de 1975, cuando estaba cazando por las orillas del río Azul.

Aníbal sintió el olor mientras perseguía una guagua por un cañón húmedo y cubierto de selva, a unos dos kilómetros de la casona donde vivían los mineros de Morrón. El cañón está rodeado de enormes rocas cubiertas por una vegetación muy espesa de donde brotan varias cascadas de agua helada que luego forman,

abajo, el cauce del río Azul. El indio se detuvo y se puso a mirar la tierra, buscando con la nariz y con los ojos dónde escarbar. Pasó algún tiempo antes de que lograra sacar del fango los terrones amarillos que buscaba. Aníbal los apretó entre sus dedos. Algo muy viejo dentro de él le dijo que aquello era oro.

Enseguida recogió algunas ramas y las puso como señales, por el camino. Con su cuchillo, también marcó la corteza de algunos árboles. Después abandonó el cañón y se fue por las selvas, río abajo, saltando de felicidad.

Lo primero que hizo cuando llegó a su casa fue contarle a su gente que había oro allá. Y al día siguiente, guiado por las señales, volvió al mismo lugar y llevó su gente a trabajar. La noticia se regó como pólvora por las orillas del río Colorado y por las montañas y los valles de Cascajero y Paságuera, donde vivían los Murillo. Esa misma semana, las primeras cateadas confirmaron el hallazgo y las orillas del río Azul comenzaron a llenarse de indígenas venidos de Aguasal, El Chuigo, Churina, Paságuera, Cascajero, Santa Cecilia y el Alto San Juan. Una o dos semanas después empezaron a llegar más indígenas. Algunos venían del Atrato y de Tutunendo. Otros venían de Caramanta (Antioquia), del otro lado de los farallones.

El 5 de mayo, aconsejado por sus amigos, Aníbal Murillo fue hasta la cabecera municipal de Bagado y denunció el descubrimiento de la mina en el despacho del alcalde de Bagado, Ramiro Ledesma. El funcionario subió hasta Dabaibe acompañado por el visitador administrativo Severo López. En el río Azul, después de inspeccionar la zona, Ledesma comprobó que la mina descubierta por Murillo «se encontraba a una distancia

aproximada de 1.500 metros de la mina que trabajaban los Escobar». Por esta razón, en su calidad de alcalde de Bagado, le dio posesión verbal de la mina. Así lo confirmó en una declaración juramentada rendida ante el juez promiscuo municipal de Bagado, César Ramos Baldrich, en 1978.

Cumplidos los trámites legales como creía que había que cumplirlos, Aníbal bautizó la nueva mina con el nombre de La Bruja y comenzó a explotarla con la ayuda de los indígenas de toda la región. Hasta ese momento, los emberá sólo estaban acostumbrados al llamado «lavado de pobres», con bateas, en las orillas de los ríos, y no sabían sacar sino «poquito oro». El negro, según ellos, sí sacaba bastante oro porque sabía mucho de eso. «Yo sabía que como la mina era de veta eso era un trabajo muy duro y llamé a la comunidad», dice Aníbal. «No podía mezquinarlos». Y la gente se fue con él. A punta de picas y palas y lavando con bateas, los indígenas comenzaron a extraer montones de oro de las rocas. Mientras tanto, a menos de dos kilómetros, los trabajadores de Escobar seguían sacando el oro ya casi agotado de la mina de Morrón, encontrado un siglo antes por otro emberá, y seguían triturando el mineral con los pisones del mismo molino californiano, cuyas piezas habían sido traídas a lomo de muía desde Andes hacía muchos años.

«Cuando Ricardo Escobar vio toda la gente trabajando por allá, en esos lados, y le contaron que estábamos sacando oro, entonces él dijo que esa mina era de él y que la veta era de la otra mina y por ahí ya se empezó a armar el problema», cuenta Aníbal Murillo.

En poco tiempo, Escobar logró que el comando de la policía División Chocó montara un puesto de vigilancia en la zona de Dabaibe, con el fin de hostigar a los indígenas que trabajaban en La Bruja con Murillo.

El 19 de diciembre de 1975, Escobar también logró que el visitador administrativo Julio César Lozano enviara un oficio al comandante del puesto de policía de Dabaibe ordenándole hacer cumplir el decreto 1275 de 1970. Según este decreto, los concesionarios o beneficiarios de una mina no pueden impedir «la operación manual de lavar las arenas auríferas superficiales de los lechos y playas de los ríos», conocida con el nombre de «mazamorreo, barequeo, bateo o lavadero de pobres». En cambio, el decreto prohíbe de manera expresa «toda otra operación distinta, como perforaciones o excavaciones en mayor escala» y las derivaciones transitorias o parciales de los cauces de los ríos o corrientes. El oficio de Lozano, que prohibía a los indígenas continuar con las excavaciones en La Bruja, decía textualmente: «A favor del Señor Doctor Ricardo Escobar».

En ese momento, Escobar y sus socios habían iniciado los trámites legales para tratar de renovar la licencia de explotación —ya vencida— de la antigua mina de Morrón y para obtener además la licencia de explotación de la nueva mina descubierta por Aníbal Murillo. Para ello solicitaron una nueva inspección del Servicio Minero de Antioquia.

El 16 de enero, de acuerdo con un oficio firmado por el dragoneante Tito Sánchez Soto, comandante encargado del puesto de policía de Dabaibe, la mina La Bruja descubierta por Aníbal Murillo no sólo había cambiado de dueños sino de nombre. Ahora se llamaba

Palomas Número Dos y «estaba en terrenos de propiedad del doctor Ricardo Escobar». Y como por arte de magia, la antigua mina de Morrón también se había convertido —para todos los trámites legales— en otra mina que tenía el nombre de Palomas Número Uno.

Ese mismo día, el visitador administrativo Julio César Lozano ratificó verbalmente en Dabaibe la entrega de la mina descubierta por Aníbal Murillo a los nuevos «dueños». Sin embargo, el funcionario fue indulgente con Murillo y sus familiares y los «autorizó» para que siguieran trabajando «en la mina nueva, de nombre Palomas Número Dos». Según el oficio firmado por el dragoneante encargado del puesto de policía, los indígenas beneficiados con la medida fueron Aníbal Murillo («este fue el que encontró la mina de oro» dice el documento), Indalecio Murillo, Antonio Murillo, Jorge Murillo, Martín Murillo («son hermanos»), Virgelina Viscuña («es esposa del primero en lista»), Elvira Esteve («ésta es la mamá del primero en lista») y Cicerón Viscuña («éste es cuñado del primero en lista»).

Al final del documento, el dragoneante advierte: «Estos son los que tienen derecho a trabajar en la mina de oro, como descubridores de dicha mina, de nombre Palomas No. 2, Dabaibe-Chocó, quienes están autorizados por el Sr. Visitador Administrativo del Chocó, quien se encuentra en comición (sic), como en bestigador (sic) de esta mina. Sánchez Soto Tito M. Cmdte, Encargado Comisión (Puesto de Policía Dabaibe, Bagadó-Chocó)».

Pero en Río Colorado había alguien que no estaba de acuerdo con lo que sucedía en la nueva mina. Era un antiguo rival de la familia Escobar: Eduardo Montoya.

El mismo hijo de Guillermo Montoya, «El viejo», que había peleado por los derechos de su padre en la antigua mina de Morrón, en nombre de todos sus hermanos. El que accedió a negociar con Escobar parte de las mejoras de la hacienda de Río Colorado. El mismo hombre que consideraba burlados sus derechos y los de sus hermanos cuando a la muerte de su padre, los herederos de Escobar «el viejo» desconocieron el acuerdo verbal que permitió reabrir la mina después de un litigio de más de quince años.

El 23 de enero, en un informe enviado al comandante del primer distrito de la policía, en Quibdó, el dragoneante Tito Sánchez advirtió a sus superiores que la única persona que estaba poniendo problemas en la región de Río Colorado por el asunto de la mina era el señor Eduardo Montoya Bustamante, «con cédula de ciudadanía número 3.373.900, de Andes-Antioquia, propietario de la finca de nombre Río Colorado». En el mismo documento, Sánchez pidió a su superior que Eduardo Montoya fuera «declarado inamistozamente (sic), en contra del doctor Ricardo Escobar, y sus obreros, y el administrador de la mina de Dabaibe».

De acuerdo con el testimonio del policía, Eduardo Montoya, «con el fin de perturbar el orden social y la tranquilidad de la sociedad», empezó a «hacerles creer a todos los indígenas que dicha mina no es del doctor Escobar sino que es de los indios». El documento asegura que Montoya mandó a citar a los indios de varias regiones del Chocó y los «sedujo» para que invadieran la mina y los terrenos de propiedad de Escobar y construyeran varias casuchas «encima de la dicha mina».

Por último, el comandante del puesto dijo que «hasta la presente, los indígenas no se han alzado contra la policía que se encuentra acantonada en la región» y han sido muy obedientes.

Mientras tanto, los apoderados legales de Escobar luchaban a toda costa por demostrar ante la gobernación del Chocó la legitimidad de sus pretensiones sobre la nueva mina. De esta forma lograron una segunda intervención en el caso del visitador Severo López. Éste, en su segunda comisión en Dabaibe, pidió a la policía actuar en favor de Escobar y detener a los indígenas que continuaban trabajando en cercanías de la nueva mina. López hizo lo anterior a pesar de que fue el mismo funcionario que en 1975 corroboró, junto con el alcalde de Bagado, que la mina descubierta por Aníbal Murillo estaba fuera del perímetro de la mina vieja explotada por Escobar.

Después de su segunda estadía en Dabaibe, Severo López fue acusado de recibir oro de los indígenas y de expulsarlos de la mina en forma arbitraria, para luego explotarla en su propio beneficio, durante varios días, con la ayuda de dos agentes de la policía acantonados en la zona. Igualmente fue acusado por los apoderados de Eduardo Montoya de extralimitarse en sus funciones y viajar a Medellín, invitado por el hacendado Escobar, con todos los gastos pagados —a pesar de ser un funcionario público—, con el fin de atender su solicitud de interceder ante el gobernador del Chocó en favor de él y de sus socios.

Los apoderados de Eduardo Montoya, además, acusaron a López de golpear a varios indígenas en Río Colorado y hostigar a los emisarios que comenzaron a viajar a Bogotá a denunciar los atropellos de la policía.

Por todas estas razones, López fue amenazado de muerte y jamás pudo volver a pisar el territorio de los emberá en el Alto Andágueda. Eduardo Montoya, por su parte, fue encarcelado por orden de un juez de Quibdó a raíz de sus acusaciones. Lo mismo le sucedió al alcalde de Bagado, Ramiro Ledesma, por el «delito» de haber declarado ante un juez en favor de los indígenas.

A mediados de 1976, los pleitos entre los apoderados de Ricardo Escobar y Eduardo Montoya y los altercados entre la policía y los indígenas comenzaron a multiplicarse. Los agentes, atendiendo las instrucciones de Escobar, procedieron a detener y confinar en un calabozo a los indígenas que continuaban insistiendo en trabajar en la nueva mina o barequear en sus alrededores.

El clima de zozobra se agravó en agosto de 1976 cuando un visitador nacional del Ministerio de Gobierno ordenó en forma arbitraria la retención del indígena Aníbal Murillo. La orden fue cumplida por el agente de la policía Gustavo Cruz Castillo, según puede comprobarse en un oficio firmado por el mismo funcionario, de su puño y letra, que dice textualmente:

«El suscrito doctor Ricardo Hurtado Ocampo, en su calidad de visitador nacional de gobierno, informa que el agente de la Policía Nacional Cruz Castillo Gustavo, quien se identifica con su cédula de ciudadanía Nro. 11.788.810 expedida en Quibdó (Chocó), presentó en el municipio de Andes-Antioquia, al indígena Aníbal Murillo, quien había sido solicitado por el suscrito. Andes, agosto 28/76. Firmado, Dr. Ricardo Hurtado Ocampo».

El policía Cruz Castillo llegó a la mina de Dabaibe exhibiendo la orden de captura expedida por el visitador y se llevó preso al indígena por el camino de herra-

dura de La Argelia. A pesar de que no se le imputaba el haber cometido delito alguno, Murillo fue confinado en un calabozo de la cárcel de Andes, en el suroeste de Antioquia.

Allí fue presionado por el hacendado Escobar, sus socios y sus intermediarios para que les vendiera el derecho de la mina. Escobar, según el testimonio de Murillo, le prometió «cien mil pesos, una radiola, una máquina de coser y un viaje en avión».

Acosado por el visitador y por los abogados del hacendado e intimidado por el encierro en el calabozo, Murillo «aceptó» el negocio y regresó a Río Colorado con veinte mil pesos en el bolsillo. Según él, ese fue todo el dinero que recibió de Escobar a cambio de los derechos de explotación de la mina.

Ese mismo año, Escobar y sus socios lograron obtener un nuevo croquis de la antigua explotación de Morrón de parte de un funcionario del Servicio Minero de Antioquia. En el documento, el perímetro de 1974 fue alterado y ampliado. De esta forma, al lado de la mina vieja aparecía ahora la mina descubierta por Aníbal Murillo. En el croquis no sólo variaban la base, la altura de la mina y su extensión, que se había ampliado a quinientas hectáreas, sino también el nombre y el número: ahora eran dos minas y se llamaban Palomas Número Uno y Palomas Número Dos.

Respaldado en los derechos de explotación supuestamente concedidos por el Estado en ese documento, el hacendado emprendió la ampliación de las instalaciones de la vieja mina de Morrón y, a partir de agosto, todos los emberá del Alto Andágueda comenzaron a ser desterrados de los ríos Colorado y Azul. Sus ranchos fueron quemados y hombres de Escobar, armados

de carabinas y escopetas, se dieron a la tarea de hostigarlos, impedirles el barequeo y encarcelarlos en unas mazmorras situadas debajo de la antigua casona de Morrón. Algunos capataces no sólo hicieron eso: volvieron a imponer en las selvas del Andágueda la vieja costumbre esclavista de colgarlos de un árbol, amarrados de las manos, o reducirlos en un cepo.

La policía acantonada en el puesto de Dabaibe también empezó a conminar a los emberá que vivían en la zona de Río Colorado para que la abandonaran y procedió a impedirles hasta el barequeo con bateas, en las riberas y los lechos de los ríos.

Una prueba de este comportamiento hostil es el informe enviado por el dragoneante Gamabiel Hincapié, comandante del puesto de policía de Dabaibe, al comandante del Departamento de Policía del Chocó, el 25 de noviembre de 1976. El documento dice que «al efectuar un patrullaje alrededor de la mina en el sitio denominado quebrada de Las Brujas, encontramos nueve personas, siete de ellas indígenas, dedicadas al lavado de mineral o barequeo». Dichas personas, según el agente, «fueron conducidas al puesto, donde se les tomaron sus datos personales, se les amonestó sobre la prohibición de trabajar en esos predios ya que constantemente se están dinamitando en la parte de arriba (...) Al ser interrogados, dijeron estar dedicados a tal labor desde varios días atrás y que están autorizados por el indígena Aníbal Murillo, quien vendió sus derechos. El nombre de los indígenas son (sic) los siguientes: Jorge Murillo, Jesús Urnavena, Pilenina Miscuña, Otilia Ugama, Tulia Murillo, Carmelina Mamundia, Tidelvina Miscuña y los menores Orlando y Sergio Montoya, hijos de Eduardo Montoya».

Por último, el informe del dragoneante habla de la presencia de un sobrino de Eduardo Montoya, de nombre Jaime Montoya, «quien los auspicia (...) y utiliza en beneficio propio, pero esto no se puede probar debido al ermetismo (sic) de los indígenas que se niegan a hablar».

Durante los primeros meses de 1977 la situación empeoró y los actos de hostilidad contra los indígenas continuaron. El 4 de abril, por ejemplo, el dragoneante Moisés García, durante un patrullaje en los alrededores de la mina, detuvo en el chorreadero de Palomas Número Dos a Martín Murillo, Indalecio Murillo, Antonio Murillo y a José Cheche, naturales de Paságuera. También detuvo a dos mujeres. A todos ellos, según un informe enviado por el agente a Quibdó, «se les decomisaron seis bateas y ocho poquitos de arena con oro». Los tres primeros detenidos eran hermanos de Aníbal Murillo. El año anterior, el visitador administrativo Julio César Lozano les había concedido «permiso» para trabajar en la misma mina, descubierta por su hermano. Ahora la policía se los negaba.

Estos no fueron los únicos atropellos contra los indígenas propiciados por los nuevos «dueños» de La Bruja. Para lograr más eficiencia en la recuperación del oro, construyeron una planta de cianuración que envenenó durante mucho tiempo las aguas del río Azul. Aguas abajo, también quedaron envenenadas las aguas de los ríos Colorado y Andágueda, con los cuales se junta el río Azul.

Una carta del hacendado Ricardo Escobar enviada al administrador de la mina, Horacio Vélez, en abril de 1978, da una idea de los proyectos que tenía en mente: «Apreciado amigo: Hace ya tiempo que no sé nada de usted. Las últimas noticias fueron las de Riche. Cuenten-

me que hay de nuevo por allá. La asequia (sic) para la planta aprovechando todas las aguas del río Azul y la California cogiéndola inmediatamente después del molino evitando esas peñoleras me parece una cosa factible. Pienso que la alternativa del desbaratado se debe abandonar o aplazar. Es muy posible que el 15 de abril viajen allá el Dr. Zuluaga, el Dr. Vásquez y la Dra. Marlene. A estas horas nada sabemos de los exámenes de las soluciones, el muestreo de la roca que usted mandó dio una infelicidad que no paga. Creo importante esta visita pues cada uno de los visitantes nos puede ayudar con sus indicaciones. El Dr. Zuluaga puede aconsejarnos sobre la ubicación de la planta, explotación del Peñón, cables que se pueden poner y si convienen (sic) que sean más gruesos. También se le puede consultar sobre la mejor manera de lograr un mayor acarreo, la conveniencia o no de hacer guías o cruzadas o continuar las que hay en la actualidad. El Dr. Vásquez puede que con su visita resuelva ese problema tan difícil de la cianuración de las arenas. Marlene completará sus estudios y se formará una idea más cabal de la mina. Es muy conveniente que le digan a Don Jairo que conmine a los indios para que no vuelvan a molestar en la mina. Usted o José deben recibir las minas a nombre de Luis Fernando, Alejandro y Ricardo Escobar González. Espero que esté sano y dispuesto a aplicar la acupuntura a su numerosa clientela. Muchos recuerdos de todos. Ricardo Escobar G.».

Concluidos los arreglos y el nuevo montaje, la mina arrebatada a Aníbal Murillo continuó su producción. El oro sacado de las entrañas de la tierra de los emberá produjo dividendos muy jugosos a los nuevos «dueños». Mientras tanto, violando todas las normas lega-

les, a los indios se les prohibió hasta merodear por las orillas de los ríos de su territorio.

Un tiempo después, con los residuos de cianuro vertidos a las aguas, todos los peces del río Azul desaparecieron, envenenados.

Mientras todo esto sucedía en las selvas del Alto Andágueda, en un territorio habitado por indígenas y declarado reserva forestal del Estado, en Bogotá los abogados de Escobar luchaban por obtener el permiso definitivo de explotación de la nueva mina. Para lograrlo, necesitaban el visto bueno de la División de Asuntos Indígenas del Ministerio de Gobierno. Esta dependencia puso como condición que el terreno pedido en concesión fuera baldío y no estuviera poblado por indígenas.

Por esta causa, Escobar ordenó a su gente intensificar la campaña contra los emberá para hacer aparecer su territorio como una zona deshabitada. En consecuencia, los tambos indígenas que aún seguían en pie a orillas de los ríos Azul y Colorado fueron desalojados y luego destruidos.

De este modo fueron engañados algunos funcionarios del Ministerio de Gobierno enviados al Alto Andágueda hasta 1978, y que se limitaron a viajar en un helicóptero pagado por el hacendado antioqueño para evitarse el penoso viaje en muía o a pie, a través de las montañas. Por eso no pudieron escuchar las quejas de los indígenas.

Estos fueron algunos de los motivos por los cuales los emberá del Alto Andágueda, encabezados por un muchacho de Andes que había estado en el ejército y tenía preparación militar, se levantaron en armas y, can-

sados de recibir vejámenes, el 11 de junio de 1978 se tomaron por la fuerza la mina descubierta por Aníbal Murillo, usando escopetas de fisto, cerbatanas, revólveres, cuchillos y machetes viejos. De paso, recuperaron parte del territorio que les pertenecía desde tiempos antiguos y obligaron a huir a los 150 hombres blancos y negros que trabajaban al servicio del hacendado.

El muchacho de Andes era Jaime Montoya, el mismo muchacho blanco de quien hablaba en su informe el dragoneante Gamabiel Hincapié. Jaime Montoya: el nieto de Guillermo Montoya «el viejo». El sobrino de Eduardo Montoya, uno de los herederos de Morrón.

El mismo que seis días después dirigió la defensa de la mina cuando, por petición de Escobar, 36 policías enviados desde Quibdó entraron al Alto Aftdágueda por el camino de herradura de Andes y atacaron el campamento de Río Colorado.

Desde las cinco de la tarde de ese día de junio, cuando terminó el combate, la guerra por el oro del Alto Andágueda dejó de ser una guerra de papeles, pleitos de abogados, despojos y amenazas y empezó a convertirse en una pelea de blancos e indios con cerbatanas, revólveres y fusiles de por medio.

**L**AS SEMANAS que siguieron al ataque de la policía al Alto Andágueda fueron muy tensas. Los indígenas pusieron vigías armados a lo largo del camino entre las montañas del nudo de San Fernando y Río Colorado. Los policías, en cambio, se retiraron hasta La Argelia, paso obligado de la gente que viajaba entre Andes y el Chocó, y se acuartelaron en una casona del hacendado Escobar situada junto al camino de herradura. La casona había sido construida para dar albergue a los trabajadores de una antigua mina de oro que había sido explotada hacía años por mineros de Andes. Desde esa casa, donde fueron instalados con todas las comodidades por la gente de Escobar, los policías aseguraron el control del camino y desde finales de junio de 1978 prohibieron el paso de las muías y de la gente.

De esta forma, lograron aislar la zona de Río Colorado e impedir el envío de alimentos de Andes a la mina. También cortaron el paso a los arrieros blancos y a los indígenas que acostumbraban salir a Andes cada semana, cruzando el cerro de San Nazario, con la intención de vender el oro sacado de la mina.

Para romper el cerco, los indígenas tuvieron que emplear la trocha que une a Río Colorado con la misión de Aguasal y que desemboca después en la carretera que va de Pueblo Rico a Tadó. El camino, por esa época, se hallaba en muy mal estado y las bestias de carga sólo podían llegar hasta la misión de Aguasal. Esta es apenas la tercera parte de la distancia entre la carretera y Río Colorado. De allí en adelante, toda la carga tenía que ser llevada en hombros por los indios. Por esta razón el tiempo, la distancia y los esfuerzos necesarios para conseguir los alimentos y llevarlos hasta la zona de la mina se triplicaron.

Muy pronto el hambre comenzó a hacer estragos en la parte alta del territorio indígena, donde los emberá estaban acostumbrados solamente a cazar, a pescar y a comer plátano primitivo y «monía», un alimento hecho a base de maíz molido, porque todo lo demás lo traían de Andes.

El hostigamiento policial a los emberá que se atrevían a cruzar el camino y la detención de los arrieros que intentaban llevar víveres hasta Río Colorado se sumaron a una nueva acción legal emprendida por los abogados de Escobar. Esta vez el pleito quedó en manos de un juzgado penal del Chocó que empezó a investigar los hechos del 11 de junio, cuando los indios atacaron el helicóptero y la mina, y los del 17, cuando

tendieron una emboscada al destacamento de la policía que entró al Alto Andágueda con la intención de recobrar la mina. El juzgado dictó orden de captura contra las personas que consideraba los líderes del movimiento armado en Río Colorado.

Cuando los estragos del cerco policial comenzaron a debilitar la resistencia de los emberá, Escobar, a través de distintos emisarios, propuso a Jaime Montoya y a su tío Eduardo un arreglo pacífico. Con ese fin, envió al campamento de Río Colorado a Don Francisco Montoya, hermano de Eduardo. Escobar también aprovechó la amistad de un dragoneante de la policía con Jaime y su primo Humberto —un mestizo, hijo de Eduardo Montoya, que también había participado en la toma de la mina—. El 8 de julio, Don Francisco llegó a Río Colorado llevando medicinas para Jaime, quien se hallaba herido. También llevó algunos alimentos y dos cartas dirigidas a él y a su primo Humberto.

La primera carta era del dragoneante de la policía Alvaro Gómez Cavarique, y decía textualmente: «Señores Humberto y Jaime: Los saludo atentamente deseándoles que se encuentren bien. Les diré que me encuentro en La Argelia. Mire Humberto su mamá y su papá están muy tristes y preocupados, yo les dije que haría todo lo posible por ustedes para que nada les suceda, pues no crean que por lo que sucedió, corto la amistad con ustedes, a todo momento seguiré siendo su amigo, usted sabe Humberto que muchos favores me ha hecho, lo mismo ha sido Jaime, hemos mantenido la amistad. A Don Francisco, el doctor Ricardo le dijo que entablara el diálogo con ustedes, para que entren en arreglo formal, sin necesidad (sic) de rencores ni

venganza, y para prueba (sic) de ello, puede venir cualquiera aquí que nada le sucede, lo mismo podemos hacer nosotros de aquí cualquiera va solo allá, con compromiso de permanecer allá, hasta el regreso del que venga aquí. Les doy toda mi palabra de honor, que el que quiera venir sea libre o indígena puede hacerlo, que nada le sucede pues precisamente (sic) Don Quico siendo su tío, llamó a Eduardo a Quibdó, y él dice que se comprometió de ir a hablar con ustedes, con el fin de que esto se arregle amistosamente con Don Ricardo, ya que Don Ricardo dice que eso que ustedes hicieron tal vez (sic) lo hicieron por falta de experiencia pues ustedes son muchachos jóvenes, que tienen mucha vida por delante, y él sabe lo que su papá está sufriendo, lo mismo su mamá, y según lo que arreglen con Don Francisco, él los ayuda a ustedes. Miren el que quiera venir puede hacerlo que aquí nada le sucede, pues jamás su tío sería capaz de traicionarlos. Sean libres, o indios, nada les pasará, pues les aseguro y prometo, que todo se solucionará pacíficamente. No siendo más por el momento y esperando la respuesta se despide de ustedes. Atentamente, Dragoneante Alvaro Gómez Cavarique».

El subcomandante del Departamento de Policía del Chocó, mayor Rafael Puerto, también aprovechó el viaje de Don Francisco para enviar una carta a los dos muchachos que se habían puesto al frente de la lucha por la mina. La carta decía en algunos de sus apartes: «Me dirijo a ustedes en representación del Gobierno Nacional con el fin de llevar a cabo un diálogo amigable y formal, en relación a las problemas que se vienen presentando con motivo de la invasión a las minas situadas en la región del Dabaibe con el propósito de darle una solución razonable y justa, con lo cual se lograría el

retorno a la normalidad, evitando en esta forma consecuencias funestas que a nadie beneficiarían. En caso de que ustedes decidan entablar el diálogo, les doy mi palabra de no tomar ninguna represalia, ni mucho menos privación de libertad para ustedes. Es tal el interés que existe en llegar a una solución pacífica y amigable, que los dueños de la mina están dispuestos a llegar a un arreglo formal con ustedes, para lo cual han enviado como intermediario y mediador al señor Francisco Montoya Bustamante, quien a la vez me sirve como intermediario ante ustedes. Esperamos que ustedes comprendan el deseo que nos anima para que este problema se resuelva en la mejor forma tanto para ustedes como para los dueños de la mina, como también para nosotros, representantes de la autoridad (...).

El 9 de julio, el dragoneante Gómez Cavarique envió con Don Francisco una nueva carta dirigida esta vez a Jaime Montoya: «Lo saludo atentamente deseándole que se encuentre mejor, lo mismo le estoy enviando saludes a Humberto, Orlando y el otro compañero. Mira Jaime con toda confianza póngase las inyecciones, que yo mismo delante de Don Francisco las escojí (sic). Las jeringas son erméticas (sic) o sea que sólo sirven para una sola postura, por eso mandé otras. Lo mismo tome tetraciclina. Así con la inyección y las pastillas se evita el tétano. Si desconfía póngale primero una inyección a cualquiera y mañana se la pone usted, y así se da cuenta que ninguna jugada sucia se le está haciendo. Mira Jaime, el mismo Comando del Departamento de Policía Chocó envió un poligrama ayer, en el cual informa que se le brinden garantías a ustedes, y que ninguno sea retenido, sea libre o indio. Con toda confianza cualquiera de ustedes, libres o indios, pueden venir aquí,

que nada les sucede, pues ustedes sáquesen (sic) una nota, para Don Kico o el mayor y exponen las garantías. O el que quiera puede venir que nada le sucede sea libre o indígena. Bueno hermano esperando su respuesta se despide de tí (sic) y sus demás compañeros. Atentamente, Dragoneante Alvaro Gómez Cavarique».

Las cartas enviadas por los policías lograron que Jaime Montoya aceptara recibir a un emisario de esa institución en el campamento de Río Colorado. Para cumplir esa misión fue propuesto el capitán Iván Darío Zapata. El oficial aceptó viajar solo hasta Dabaibe pero el Comando de Policía del Chocó no autorizó la misión por motivos de seguridad. En cambio, propuso que se celebrara una reunión en Dos Quebradas, un lugar intermedio del camino. El capitán comunicó esa decisión a Jaime Montoya en una carta que decía: «Le sugiero en forma muy personal se preste a un arreglo voluntario y lo más pronto posible del problema, pues comprenda que de no ser así será usted, solamente usted, el responsable de todo lo que suceda allí y de que no se ha procedido por la fuerza es para evitar precisamente consecuencias que a nadie beneficiarían y menos a usted como responsable directo. Aproveche esta oportunidad tan sincera, oportuna y beneficiosa que se le está presentando y no deje que se le haga demasiado tarde (...) El doctor ha sido franco y está dispuesto a ayudar a los indios y a usted siempre y cuando se resuelva el problema. Los alimentos y drogas como atención para ustedes sólo se lograrán si todo se arregla; usted por ejemplo está herido y por ello se le envía droga para evitarle un mal peor, aunque la droga más efectiva se lograría en Andes con un buen tratamiento. De arreglar el problema ya se le ha prometido su libertad y seguri-

dad personal; aproveche le repito la oportunidad brindada está en sus manos. Capitán Iván Darío Zapata».

El diálogo propuesto por el oficial no se llevó a cabo. Mientras tanto, los indígenas enviaron una comisión a Bogotá para solicitar la intervención en el conflicto del Instituto Colombiano de Reforma Agraria y de la División de Asuntos Indígenas del Ministerio de Gobierno.

El Incora prometió enviar una comisión al Alto Andágueda antes de que terminara el año, si la situación de orden público mejoraba y los indígenas garantizaban la protección de las vidas de los funcionarios que se desplazaran a esa región.

Los indígenas también pidieron la presencia de algunos periodistas en Río Colorado. Debido a la tensión existente, causada en buena parte por el cerco policial y por la presencia de gente armada en el territorio emberá, los periódicos no autorizaron el desplazamiento de sus enviados especiales al Alto Andágueda. Por esta causa, la única información que los periodistas pudimos obtener fue la que suministró —en forma esporádica y fragmentaria— la Policía Nacional. Para los oficiales de esa institución, en ese momento, el conflicto del Andágueda se reducía al robo de un cargamento de oro, el asalto e invasión a una mina por parte de un grupo de indígenas y el ataque a una patrulla de agentes que trataba de restablecer el orden y la ley en el territorio de los emberá.

Cansado de leer los partes policiales llenos de informaciones imprecisas sobre la cantidad del oro robado y las fechas y los lugares donde se habían presentado los combates entre indígenas y policías, traté de buscar a un funcionario de la División de Asuntos Indígenas o a

uno de los muchachos de Andes que se habían unido a la lucha de los emberá por recobrar la mina. En las dependencias de la División ningún funcionario conocía detalles del problema. Pero un muchacho de Andes pudo hablar con uno de los nietos de Guillermo Montoya «el viejo».

Fue así como conocí a Jorge Montoya, un hermano de Jaime Montoya, supuesto jefe e instigador de la sublevación emberá.

Nuestro encuentro fue breve. El muchacho leyó las informaciones de prensa que *El Tiempo* había publicado sobre el conflicto y desmintió casi todos los datos entregados a la prensa por la Policía Nacional. Después habló de la mina descubierta por Aníbal Murillo. Dijo que al indígena lo habían llevado preso hasta Andes para obligarlo a firmar un papel en el que cedía los derechos de la mina a Ricardo Escobar. Según él, la firma estampada en el papel ni siquiera era la del indígena, sino la de un menor que se había prestado para firmar a nombre de Murillo. Después habló un poco del litigio de su abuelo con la familia Escobar por la posesión de la mina vieja pero no entró en detalles. Dijo que el asunto era demasiado complejo. Finalmente, el muchacho aceptó llevar hasta el Alto Andágueda una carta mía dirigida a su hermano con algunas preguntas sobre el levantamiento armado de los emberá en Río Colorado.

Dos semanas más tarde, Jorge Montoya regresó a Medellín con dos pliegos largos de papel, un poco amarillentos y húmedos. Los enviaba desde las selvas del Andágueda su hermano, Jaime Montoya. Estaban escritos a mano, con su puño y su letra.

En los papeles, Jaime decía que se había vinculado al problema de la mina en el mismo momento en que Ricardo Escobar González empezó a gestionar la forma de arrebatarla a los indígenas. Sobre las condiciones de vida en la mina aseguraba que eran bastante críticas ya que los únicos alimentos que tenían eran maíz y plátano primitivo, debido al cerco tendido por la policía.

A una pregunta sobre la causa por la que era perseguido por la policía, Jaime contestó: «Yo creo que sea perseguido por las autoridades por haber levantado a los indígenas en armas para que recuperaran las tierras que vilmente les habían arrebatao. Y en cuanto a lo buscado y perseguido por las autoridades es algo que me tiene sin cuidado ya que yo no he cometido ningún delito».

De la situación en la región, decía que era anormal «ya que tenemos un bloque de policías en la mina La Argelia pagados y enviados por Ricardo Escobar para atropellar a los indígenas y obstaculizar la salida a Andes (Antioquia) para entrar comida».

En la carta, Jaime Montoya sostenía que los indígenas estaban dispuestos a defender sus derechos con su propia vida y que habían formado un cabildo para tener su propia autoridad y defender y organizar el trabajo de la mina. Entre los proyectos del cabildo mencionaba la construcción de una escuela y un centro de salud.

Después de entregarme las respuestas de su hermano, Jorge me invitó a viajar con él al Andágueda para que hablara con los indios, conociera la región y visitara la mina. El jefe de redacción de *El Tiempo* sugirió que aplazara el viaje por razones de seguridad.

El 14 de agosto, Orlando Montoya, Maximiliano Murillo, Luis Enrique Arce y Constantino Querágama, en nombre de los indios, suscribieron un memorial dirigido al Incora con una solicitud para que se constituyera en favor de los emberá una reserva territorial en el Alto Andágueda. El Incora inició entonces el informativo 40962 para la posible constitución de esa reserva.

El 8 de septiembre, una comisión de los indígenas viajó a Bogotá a continuar los trámites para la creación de la reserva. Los emberá dieron poder a un abogado de Funcol para representarlos y entregaron al presidente Julio César Turbay, al ministro de Gobierno Germán Zea Hernández y al procurador Guillermo González Charry un memorial pidiendo que se investigaran los hechos del 17 de junio.

En diciembre, el Incora aceptó enviar la comisión al Alto Andágueda. Varios delegados del Consejo Regional Indígena del Cauca y del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia se mostraron interesados en acompañar a los funcionarios con el fin de colaborar en la solución del conflicto. Yo decidí viajar con ellos, a pesar de los riesgos.

## 5

**L**A PRIMERA vez que vi la selva con mis propios ojos, a menos de cien metros de distancia, fue una tarde de diciembre de 1979, en Docabú, junto al río Agüita, al pie de una fonda donde empieza el camino que lleva a la misión de Aguasal. Eran casi las cinco de la tarde y el día había estado muy lluvioso.

Apenas bajé del carro, miré las montañas enormes que nos separaban de la misión. Estaban ahí, a unos metros, calladas, cubiertas de bosque y de neblina. Y la selva no era el tapiz verde que había visto desde los aviones extendiéndose en silencio hasta el fondo del cielo, surcado por uno que otro río de aguas doradas. No. Aquí las sabanas tranquilas de color verde esmeralda habían sido reemplazadas por una montaña enorme de la que ni siquiera veíamos el pico porque estaba es-

condido, allá arriba, en lo más alto, detrás de una neblina espesa. Había pantano por todas partes. Y hacía frío, un frío húmedo que nada tenía que ver con el calor del trópico imaginado desde la cabina de los aviones.

Miré todo eso desde el corredor de la fonda y tuve un montón de sentimientos encontrados. De un lado, quería empezar a caminar de una vez, monte adentro, como si una voz me estuviera llamando desde allá hacía muchos años. De otro lado, sentía miedo y quería devolverme. Sabía que las selvas del Alto Andágueda estaban llenas de indios armados que no habían recibido de los blancos más que miseria y vejaciones. Pero la ciudad más cercana, que era Pereira, estaba demasiado lejos. La habíamos dejado esa mañana, poco antes de que saliera el sol, y habíamos recorrido en un campero muchos kilómetros pasando por Risaralda, Apía, Pueblo Rico y la parte alta del río San Juan. Además, por culpa de un derrumbe, habíamos llegado tarde a la cita con los indios que nos esperaban junto a la fonda para llevarnos hasta Río Colorado. Hacía un rato, cansados de esperar, ellos se habían ido con las muías.

Un arriero salió a gritarles que volvieran. Iban tan lejos, montaña arriba, que parecía imposible que lo oyeran. Por un momento, la fonda de Docabú se pobló de gritos y silbidos que el arriero acompañaba con señales de las manos.

—Ya está muy tarde para coger la trocha —comentó Enrique Sánchez mirando el cielo. Enrique era el sociólogo del equipo de funcionarios que el Instituto Colombiano de Reforma Agraria había enviado a la región para estudiar sobre el terreno la situación de los indígenas.

—Tenemos que llegar hoy, de todos modos —dijo Roque Roldan—. Nos están esperando desde hace más de un mes y no podemos incumplir.

Roque era un abogado del Incora experto en titulación de tierras. También había sido enviado al Chocó para analizar el problema de la mina y para estudiar la posibilidad de constituir un resguardo en el territorio habitado por los emberá.

—Yo creo que a esta hora esos indios no les caminan por el monte —dijo el arriero, muy seguro de sus palabras. La gente lo llamaba Laíto y parecía el dueño de la fonda.

En ese momento, uno de los indios se detuvo arriba, en la montaña, y vaciló unos instantes. Luego cogió las muías por el cabestro y las obligó a voltearse.

—Creo que oyeron —dijo el arriero.

Se demoraron cerca de veinte minutos para regresar hasta la fonda donde nosotros esperábamos. Roque y Enrique hablaron con ellos. Por momentos, la comunicación era difícil porque los indios no entendían casi nada. Con la ayuda del arriero, que hacía tiempos vivía en la región, los problemas de idioma se solucionaron.

Todos ayudamos a cargar las muías. Había mucho que llevar. El cerco tendido por la policía en el camino de Andes había hecho escasear los alimentos. Por eso la comisión había decidido entrar por el camino de Pueblo Rico. Esa mañana, en el jeep, Enrique había contado lo que dijeron en las oficinas del Incora los indios que fueron a Bogotá a pedir la visita de la comisión: «Cuando vengan, traigan comida que aquí estamos pasando mucha hambre». Y nosotros habíamos llevado mucha comida.

Además de los dos funcionarios del Incora, la comisión estaba formada por Trino Morales y Santiago Camayo, un guambiano y un paez enviados por el Congreso Regional Indígena del Cauca, (Cric) en calidad de mediadores en el conflicto; Edilberto Tascón, un indígena de Andes que sabía la lengua emberá; Sonia Robledo, antropóloga de la Universidad de Antioquia; y Alonso Tobón, funcionario de la naciente Organización Nacional Indígena de Colombia. Yo me había unido al grupo como enviado especial del periódico *El Tiempo*.

Casi a las cinco de la tarde emprendimos la marcha por la trocha. Las muías vacilaron para arrancar. Yo me fui adelante con Santiago Camayo, un indio viejo de Paniquitá, un poblado indígena del Cauca. Pensaba que si el cansancio me rendía pronto, detrás vendría alguien que podría ayudarme. Y Santiago tenía cara de ser gente buena. El indígena era músico y tocaba en la banda de su pueblo. Tenía unas piernas muy largas y muy fuertes.

La primera hora fue un prodigio. Remontamos la mitad de la pendiente como si fuéramos pájaros. Santiago, además, me dio algunas explicaciones sobre la forma de caminar por el monte y ensayó a mostrarme algo que él llamaba el paso del conejo. Consistía en aprovechar el peso del cuerpo lanzándolo hacia adelante, como hacía el conejo, y dando luego pequeños saltos.

El paso nos ayudó a avanzar varios kilómetros durante la siguiente media hora. La fonda de Docabú desapareció abajo, entre la neblina y los árboles. Mientras caminábamos, el ascenso por la montaña era tan vertical que yo trataba de no mirar hacia atrás para evitar el

vértigo. Cuando caía la tarde empezamos a internarnos en un bosque muy húmedo y espeso.

Vine a darme cuenta de que el paso del conejo y de Santiago me habían dejado sin fuerzas apenas tuvimos que atravesar el primer río, muy cerca de Pechúgare. Lo supe porque a pesar de que el agua nos llegaba apenas hasta las rodillas, la corriente me arrastraba, haciéndome perder el equilibrio. Un indio que iba detrás corrió a ayudarme. Tuve que acabar de cruzar el río, siguiendo sus instrucciones, agarrado de la cola de una de las muías.

Sólo cuando estaba al otro lado comprendí que las muías nos habían alcanzado. Las muías, y los demás miembros de la comitiva. Alguien pidió que descansáramos un momento. Los indios dijeron que no se podía descansar porque estaba muy tarde y el camino era muy largo.

Con las fuerzas que me quedaban seguí luchando por subir la cuesta sin retrasarme demasiado. Antes de que la oscuridad se apoderara de todo atravesamos un pequeño caserío donde las casas eran de bahareque y parecían construidas por gente blanca. Poco después el cielo se puso negro y lo único que podía ver a dos o tres metros de distancia eran las ancas de la muía que iba delante de nosotros.

Un rato más tarde comprendí que ya no tenía fuerzas y que estaba a punto de desfallecer. Como pude, me senté en un barranco, al borde del camino. Un indígena silencioso que caminaba a mi lado desde hacía más de una hora entendió todo sin palabras y sin que yo le dijera nada me entregó las riendas de una muía que traía del cabestro y me ayudó a subir. Montado sobre el ani-

mal me sentí un poco aliviado. Casi enseguida, por el frío y por la oscuridad, comprendí que volvíamos a entrar en otro bosque espeso. Lo recorrimos durante un buen rato un poco asustados con los ruidos misteriosos que hacían montones de animales totalmente desconocidos por nosotros.

Media hora después los árboles oscuros desaparecieron y dejaron al descubierto el cielo de una noche llena de estrellas. Continuamos el camino hablando muy poco. Más adelante, cuando empezamos a descender, Trino Morales, presidente del CRIC, gritó de susto porque con su linterna había alumbrado una mapaná.

Seguimos caminando un rato más por los potreros, que parecían interminables. De pronto alguien preguntó la hora. Enrique dijo que iban a ser las diez de la noche. En ese momento, las luces de la misión de Aguasal aparecieron en medio de la noche. La misión parecía un barco gigantesco atascado en la selva.

Cuando llegamos al colegio, todos estábamos exhaustos. Yo bajé de la muía y me senté en el suelo. El cura de la misión salió a saludarnos. Era un hombre viejo, de complexión recia y mirada inquisidora. Vestía una sotana blanca de misionero. Los indios dijeron en voz baja que era el padre Betancur.

Enrique le respondió el saludo en nombre de todos. El sacerdote preguntó quiénes éramos. Roque nos fue presentando uno por uno.

—¿Y a qué vienen? —insistió el padre Betancur.

—Nos envía el gobierno... —contestó Enrique, sin extenderse en más explicaciones.

—Ustedes son los únicos que hacen caminar a un indio por la selva, de noche —dijo el cura.

Después mandó a una mujer a prepararnos comida. En respuesta a una pregunta de Roque por un lugar para dormir, el padre Betancur nos ofreció un cuarto con dos camas.

Antes de cerrar la puerta, nos dio las buenas noches y dijo:

—Ustedes repártanse las camas como puedan... y los indios que duerman en el suelo...

## 6

**L**AS MINAS de oro del Alto Andágueda estaban situadas en el corazón de una de las muchas montañas que forman el nudo de San Fernando. La zona está llena de rocas muy empinadas, tapizadas de selva y cubiertas de niebla. De la vegetación brotan cascadas de agua fría que se despeñan por entre las rocas y forman el río Azul. Éste va a caer luego al río Colorado.

Esa mañana, en la misión, nos dijeron que para llegar hasta el Río Colorado todavía era necesario recorrer muchos kilómetros de selva. Las muías sólo llegaban hasta la misión. Por eso decidimos partir muy temprano llevando nada más que la parte esencial del equipaje.

A los pocos kilómetros tuvimos que atravesar un azaroso puente de guadua construido por los indígenas

sobre el río Conondo. Para mantener el equilibrio había que agarrarse de un cable de acero que ya estaba a punto de reventar. Los pequeños hilos cortados día a día por el óxido y la tensión hirieron las manos de casi todos los miembros de la comisión. Las mías empezaron a sangrar, pero yo me quedé callado, como los indios. Un poco más adelante cruzamos otro puente de madera que unía las dos orillas del río Andágueda. Era una obra de ingeniería que me pareció admirable. Los indios dijeron que el puente lo había hecho el padre Betancur.

A partir de allí caminamos varias horas por las montañas de la margen izquierda del río Andágueda. Durante el camino, se viajaba acompañado casi siempre por una llovizna menuda y constante. Aún en los picos más altos podíamos escuchar abajo el rumor de las aguas del río Andágueda que corrían sobre un lecho de rocas.

Terminamos la jornada en la mitad de la tarde, acosados por el hambre, después de alcanzar la cumbre del alto de Chichidó. Desde allí podía verse un hermoso valle tapizado de selvas inmensas surcadas por los ríos Paságuera, Patadó, Chuigo y Churina. Sobre el camino estaba la fonda de Guillermo Murillo. Desde la puerta podía abarcarse de una sola mirada toda la región, casi siempre atravesada de sur a norte por gruesos jirones de niebla muy baja, que se metían entre los árboles como si fueran ríos.

Allí descansamos mirando el atardecer y esperando a los indígenas que supuestamente venían detrás de nosotros con las provisiones. Pero ellos no llegaron. En cambio, vinieron al rancho de Guillermo varios emberá de Pa-

ságuera y Cascajero que iban a acompañarnos hasta el Río Colorado.

Por la noche, los indios hablaron de la mina. Durante la conversación, uno de ellos se quejó de que Jaime era quien señalaba ahora quiénes podían trabajar. «Está mezquinando la mina», dijo al final.

Al día siguiente, con más hambre aún y sin desayunar, emprendimos el viaje hacia el alto de Cascajero. Después de atravesar el lomo de la cordillera, repleto de vegetales extraños y serpientes, descendimos nuevamente hasta las orillas del Andágueda. Varios indígenas silenciosos permanecieron adelante y atrás del grupo. En el camino, en medio de la vegetación, oíamos de vez en cuando ruidos de tambores que parecían tocados por manos invisibles. Todos sabíamos, a pesar de la aparente soledad de las selvas, que muchos ojos nos miraban.

Finalmente, subimos por una pendiente interminable que dejó sin fuerzas a casi todos los miembros de la comisión, incluidos los indígenas que nos acompañaban. Cuando llegamos a la cumbre, uno de ellos dijo riéndose que a esa loma, en lengua emberá, la llamaban «revienta-culos».

Bajando del alto, en un claro de selva que apareció de repente, pudimos ver por fin el verde valle que forman los ríos Azul y Claro y, junto a ellos, el imponente río Colorado.

Cerca a la confluencia de los tres ríos había una pequeña casa de madera y zinc donde, según los indios, habían dormido durante muchos años cientos de mineros que llegaron a la zona de Dabaibe, años atrás, cuan-

do la producción de oro en la mina de Morrón estaba en pleno auge. Allí nos estaban esperando Jaime Montoya, Humberto Montoya y un grupo de indígenas del cabildo.

Cuando llegamos, poco antes del mediodía, blancos e indígenas nos recibieron con mucha alegría. Jaime Montoya era un hombre bajo y fornido, de voz firme. A pesar de la barba espesa que cubría su cara no parecía tener ni siquiera treinta años. Vestía ropa de dril de color caqui y usaba, como casi todos los indígenas, botas de caucho. Como el día estaba nublado y hacía frío, se había puesto una chaqueta de corte militar. En la cabeza, en vez del tradicional sombrero de ala corta de los emberá, tenía puesta una boina con una pequeña estrella de metal. Por momentos, cuando uno lo miraba, con esa boina y esa barba se parecía a los retratos del «Che» Guevara. Desde el primer saludo, todos nos dimos cuenta de que los indígenas lo trataban con mucho respeto.

Apenas se enteró de que no comíamos desde la víspera porque el mercado se había quedado en el camino, Jaime Montoya organizó un grupo de cargueros con la misión de ir hasta donde fuera necesario a recuperar la carga abandonada por las muías. Después mandó enlazar un novillo que estaba pastando en los potreros, cerca del río. Los indios lo mataron de un tiro en la cabeza. Media hora más tarde lo pelaron y lo deshuesaron con sus cuchillos mientras nosotros descansábamos del largo viaje en uno de los cuartos del campamento.

Por la tarde, conocimos el oro en polvo. El metal no brillaba en absoluto. Parecía arena sucia de color cobrizo y era muy pesado. Jaime tenía algunos sacos guardados en el campamento. A la caída del sol, se armó

una fiesta alrededor de la fogata donde los emberá asaban la carne del novillo.

Esa noche vimos por primera vez a Aníbal Murillo, el indígena que había descubierto la mina. Era un hombre alto, de hombros fuertes y brazos gruesos. Estaba vestido, como casi todos los emberá, con un pantalón de dril, una camisa de algodón, abierta en el pecho, y ya un poco desteñida, un sombrero de campesino paísa y unas botas Croydon, «La Macha». Andaba entre sus hermanos de raza como un indio más. Sin embargo, la gente lo miraba con respeto. El único rastro de su hallazgo estaba en su dentadura. Mientras hablaba, por momentos, el oro brillaba en el fondo de su boca.

Al día siguiente, después de conversar varias horas con los indígenas, decidimos ir hasta la mina. El camino subía en forma suave por una de las orillas del río Azul. Después empezaba a reptar por la ladera de una montaña muy verde. Al terminarla cuesta, sobre una pequeña meseta, encontramos una casa enorme, construida en madera, y escondida entre la neblina sempiterna de los farallones. Allí se acababan todos los caminos. Tanto el pico de San Fernando como las demás montañas azules que la rodeaban parecían inexpugnables. La niebla sólo dejaba ver durante algunos minutos las cascadas formadas por las aguas de varias quebradas que se despeñaban desde lo alto. La lluvia cayó toda la tarde sobre aquel sitio. Los indios nos dijeron que aquella era la antigua mayoría de la mina de Morrón.

Cien metros más abajo, sobre el cañón del río Azul, podían verse los techos de zinc, mojados, del molino californiano donde era apisonada y lavada la tierra sacada de los filones, para extraer el oro. Sobre la ladera

de enfrente, arriba, entre unos peñascos, estaba la veta descubierta por Aníbal Murillo.

Esa tarde, los indios también nos mostraron las instalaciones de la antigua mina de Morrón. Escobar había aprovechado parte de ellas para la nueva mina y había traído desde Andes cuatro nuevos pisones. La tierra y las piedras extraídas de los socavones eran transportadas desde la boca de la mina hasta el molino en cajones de madera que se deslizaban por dos cables de acero. Cuando llegaban al molino, las compuertas de los cajones se abrían y las rocas caían sobre el piso.

Los días que siguieron los pasamos todos en el campamento de Río Colorado. Allí se reunieron montones de indios que venían de todas las zonas del resguardo. Durante muchas horas hablamos con ellos y grabamos en casetes sus historias, sentados en el suelo.

Las que más recuerdo fueron las historias de los jai-banás más Viejos. Uno de ellos era Majín Murillo. «Aquí no más nacieron nosotros. Nosotros no querer que entren libres aquí. Indígenas no más. Nosotros no poder habitar con racionales para no joder con ellos». Esas eran las palabras que repetía el viejo cada media hora.

Mientras hablaba despacio, sentado en el corredor del campamento de Río Colorado, a unos pocos metros algunos indios hacían ejercicios de tiro al blanco con sus cerbatanas, usando una tabla donde estaban pintados en forma rudimentaria unos aros concéntricos. En ese mismo sitio los emberá habían disparado sus fusiles nuevos y sus dardos envenenados contra el destacamento de la policía del Chocó que los había atacado el 17 de junio. Más tarde supe que por ese lado habían tratado de entrar una segunda vez. En esa ocasión, los

emberá estaban avisados: un indígena que pescaba en el río los había visto cuando venían por los potreros del otro lado del río.

Majín Murillo hablaba en tono ofuscado. «Los blancos están mezquinando tierras, están jodiendo con minas. Los indios abrimos potreros aquí. Tumbando monte, la maleza se fue acabando. Pero después se aparece señor Escobar y dice todo esto es de él. Papá dijo: no entregue esa tierra, mijo».

A un lado de él estaba el jaibaná Gabriel Estévez, tío de Humberto y Orlando Montoya. El viejo oía a Majín Murillo recostado contra las paredes de madera de la casa. Cuando habló, se quitó una cachucha de béisbol, roja, con el emblema de un equipo de las grandes ligas de Estados Unidos.

«Antiguos vivir aquí. Mina de Palomas la conocían desde Antigua. También la descubrimos los indios y se las quitaron lo mismo que a Aníbal», dijo. «Que la gobierna nos deje estar aquí y juntarnos como hermanitos, pero a indios no más, para abrir fincas con plata de mina».

Aquileo Campo oía al jaibaná Gabriel Estévez con mucha atención. Apenas se quedó callado, Aquileo empezó a recordar a su abuelo Severo Campo, descubridor de la mina antigua: «El abuelo se fue barequiando hasta arriba. Después se bajó otra vez para abajo». Con una mano, señaló hacia el río Azul. «Por ahí se trajo a seis hombres. Vendía oro afuera. Señor Escobar vino a quitar mina junto con Eduardo Montoya. Vino y dijo todas las tierras de él. No pagó nada. Nos mezquinó tierra».

Al escuchar los planes de la División de Titulación de Tierras del Incora para crear la reserva indígena, los

miembros del cabildo se ponían muy contentos. Les costaba trabajo creer que nuestro país tenía leyes que casi nadie conocía y que les permitían proteger su territorio y gobernarse ellos mismos, sin la interferencia de ningún extraño. Al oír hablar a Enrique Sánchez y a Roque Roldan, el emberá Félix Estévez resumió el sentimiento de todos cuando dijo: «Necesitamos papel. Mejor así con papel, para después no joder con libres».

## 7

**L**OS DOS últimos días, Enrique Sánchez y Roque Roldan estuvieron repasando un mapa detallado de la región que ellos mismos habían levantado por el camino, altímetro en mano, y deteniéndose en cada río, en cada quebrada, en cada tambo. Lo del mapa era muy importante para el proyecto de resguardo ya que los mapas que los dos funcionarios habían recibido en Bogotá eran muy incompletos: incluso había ríos muy grandes que no aparecían. Aprovechando la revisión del mapa, también trataban de hacer un censo preliminar de familias con la ayuda de los emberá más viejos. El censo arrojó un resultado de cuatro a cinco mil habitantes.

Mientras Roque y Enrique contaban gente y revisaban los nombres de ríos y montañas, algunos indígenas nos explicaban a los demás miembros de la comisión

cómo funcionaban las cerbatanas. Éstas eran varas perforadas de macana, de casi dos metros de largo, que disparaban dardos envenenados a una distancia de hasta cien metros. Los dardos los fabricaban con tallos sacados de una palma. En la parte de atrás, cada dardo estaba envuelto en lana de balso: eso les permitía volar. Los dardos eran lanzados con un soplo de aire, aplicando la boca en una de las puntas de la bodoquera. El veneno con que untaban las puntas de las flechas lo obtenían de una pequeña rana llamada cocoy. La rana se conseguía en los montes y después de atravesarla con un palo, la ponían a sudar junto a una fogata. El veneno era sacado de ese sudor y los emberá no se atrevían siquiera a tocarlo con las manos. El agente tóxico producido por el animal entra en el torrente sanguíneo y provoca la muerte de una persona en menos de cinco minutos. La muerte se produce por un paro cardíaco.

Jaime dijo que los indios sólo disparaban contra los blancos por líos de mujeres, cuando sentían que alguien de afuera «picareaba» a una muchacha emberá. O por el problema de la mina. Antes, las cerbatanas sólo eran usadas para cazar: luego de recorrer todo el torrente sanguíneo del animal y de producirle la muerte, el veneno puesto en los dardos vuelve a acumularse alrededor de la herida. Los emberá sólo tenían que cortar el pedazo, antes de consumir la carne de la presa.

Partimos de Río Colorado, de regreso, a mediados de diciembre. Entre los miembros de la comisión casi nadie sabía la fecha exacta ni el día. En la selva, todos los días son iguales, incluso los de diciembre. Para poder salir, tuvimos que aguardar más de tres horas junto

al río Azul, mientras bajaba el nivel de las aguas. Esa madrugada había caído una tormenta en los farallones.

Por el camino, conversando con algunos emberá, nos dimos cuenta de que la lucha por la mina, a pesar de todo, les había traído algunos beneficios. Por primera vez en muchos años se sentían a sus anchas en un territorio que iba desde la misión de Aguasal hasta Paságuera, Río Colorado y El Chuigo. En los últimos siete meses, ningún comerciante de San Marino o Bagado había podido penetrar a sus territorios a robarles el oro o a «mezquinar» las tierras. Y ya ningún blanco se atrevía a castigarlos o a colgarlos, o a quebrar sus bateas, o a meterlos al calabozo por trabajar el oro de sus tierras. Los tambos destruidos por los trabajadores de la mina vieja y por la policía volvían a levantarse sobre las orillas de los ríos. Sin embargo, nos quedamos impresionados con los problemas de salud y con la miseria, especialmente en las zonas más bajas del territorio.

A lado y lado del río Andágueda, por las vegas de Paságuera y Río Colorado, a lo largo del camino, encontramos en medio de las selvas muchos tambos abandonados. La gente nos dijo que eran las casas de los muertos. Según una costumbre emberá, los familiares del que muere abandonan la casa mientras dura el sufrimiento que deja su ausencia. La gente vuelve cuando «se han pasado los pensamientos» y el tiempo ha borrado la presencia de los muertos. Mientras tanto, la casa sigue siendo respetada por todos y continúa solitaria.

Pude sentir en el aire el olor de la muerte al día siguiente, en la puerta de una fonda de Conondo, cuando pasaron con el cadáver de un emberá, amarrado en dos guadas y envuelto en unos trapos verdes desteñidos.

Lo llevaban dos hombres que iban solos hacia el cementerio de la misión de Aguasal. El indio muerto era uno de tantos que morían cada semana, cada mes, a causa de la tuberculosis. La escena podría haber sobrecogido a cualquier extraño. Sin embargo, en la fonda, todos los indios siguieron tomando aguardiente.

En esa fonda me di cuenta de que en el Alto Andágueda la muerte era una cosa corriente. Más abajo, en la misión de Aguasal, el padre Betancur me lo explicó más crudamente: cuando alguien le pregunta a un emberá cuántos hijos tiene, casi siempre contesta: «Tres vivos y dos muertos...». «Cuatro vivos y tres muertos...».

En el puesto de salud de la misión no había médico desde hacía meses pero una promotora de salud llevaba algunos cuadernos con las listas de los muertos. Cuando le pregunté por las enfermedades mortales más comunes, ella dijo que algunos indios se morían de «dolor de estómago». Bajo este nombre se esconden entre los emberá un montón de enfermedades estomacales e intestinales producidas por parásitos. La muchacha también dijo que muchos niños morían de «dolor de cabeza y fríos», consumidos por las fiebres palúdicas, o acosados por las diarreas con sangre y los destrozos intestinales de la amibiasis aguda. La mayoría de la gente, según ella, tenía en su familia a alguien que se quejaba de «tos con sangre» y que lentamente sucumbía, respirando con dificultad, con los pulmones perforados por la tuberculosis. Esta última enfermedad, dijo, se acelera con la desnutrición. Dos o tres años antes el hambre había causado una mortandad tan grande en la región que las autoridades sanitarias de Risaralda habían tenido que atravesar los límites de su

departamento para internarse en el Chocó a vacunar la gente. Pero esa misma hambre, sin embargo, no había permitido erradicar el mal y en los últimos meses otra ola de muerte había comenzado a correr por las orillas del Andágueda, como un vendaval, acabando con viejos, niños y jóvenes.

La promotora de salud también dijo que en el caso de las mujeres, un rito ancestral —el de la «desfloración»— practicado con las niñas, había marcado a muchas de ellas con una anemia incipiente que, a su vez, permitía que su cuerpo fuera pasto dócil para muchas enfermedades en la más temprana infancia. Por esta causa la muerte se había ensañado con las mujeres y era difícil hallar en las familias a más de una adolescente que alegrara el tambo con su cara pintada y sus collares de chaquiras.

Según la promotora, cuando una emberá del Alto Andágueda llega a los veinticinco años, casi siempre ha tenido ocho o diez hijos, de los cuales se han muerto la mitad.

Después de hablar con la muchacha eché un vistazo al cementerio indígena de la misión de Aguasal. Estaba lleno de cruces. Muchas de ellas —se notaba— recién clavadas en la tierra.

## 8

**A**DEMÁS DE la muerte de tantos emberá causada por enfermedades que en el resto del mundo ya han sido derrotadas por el hombre, lo que más me impresionó en el camino de regreso fue la figura del padre José Antonio Betancur. Lo había conocido de paso la noche en que llegamos por primera vez a la misión de Aguasal. Sin embargo, ahora, después de oír tantas historias de boca de los indígenas, quería hablar con él. Pensaba que si la mina de oro había cambiado la vida de los indios en la parte de arriba del resguardo, abajo la había cambiado la misión. Esa idea podía comprobarse fácilmente: bastaba mirar ese edificio enorme, levantado en medio de la selva, a tantos kilómetros de la «civilización».

Pregunté por el padre a una maestra del internado y ella me dijo que estaba en la capilla acabando de ce-

lebrar la misa. Sólo entonces me di cuenta de que era domingo. Cuando fui a buscarlo, el padre ya había salido para la tienda de la misión. Busqué la tienda. Quedaba en un costado del edificio. Apenas entré, vi que el padre Betancur estaba pesando oro en un balancín. Al otro lado del mostrador había un indígena que acababa de llegar de la mina de Río Colorado. Después de él llegaron otros indios. Casi todos traían oro en polvo, guardado en pequeñas bolsas que escondían debajo de la ropa. El padre los atendía con distancia, pero con amabilidad. La mayoría de ellos cambiaron el oro por víveres para llevar.

Apenas cerró la tienda, el misionero vino a estrechar mi mano y me preguntó en tono amable por los demás compañeros de la comisión. Le dije que se habían quedado en Conondo en una reunión.

—¿Reunión de qué?

—Con los indígenas...

—¿Y qué es lo que quieren hacer con ellos? —dijo. Tenía la expresión de un padre herido que trata de averiguar qué piensan hacer con sus hijos de toda la vida, sin consultarlo.

Yo le hablé del estudio del Incora y del proyecto de resguardo. El padre Betancur me escuchó en silencio, con una sonrisa de menosprecio.

En ese momento, por los indígenas y por la documentación que habían traído los funcionarios del Incora, yo ya sabía que el sacerdote hacía parte de la congregación claretiana y que había sido formado por la primera generación de misioneros de esa comunidad llegados de España a tierras del Chocó a principios del

siglo, con el fin de bautizar indígenas y fundar las primeras misiones.

Sabía también que una de esas misiones había sido la de Vivícora, un caserío indio donde los misioneros abrieron potreros, levantaron casas, sembraron pastos, trajeron las primeras vacas y construyeron un internado indígena, parecido al de Aguasal, aunque muchísimo más modesto. Allí, según Enrique Sánchez, se había dado el primer conflicto entre indígenas y misioneros en esa región del Chocó. Cuando ya éstos habían levantado la iglesia y construido la escuela, y la maestra había empezado las clases con unos veinticinco indios, llegó a vivir al pueblo un jaibaná viejo, que tenía fama de brujo, y entre la gente corrió el rumor de que en cuantas partes había vivido, todo lo había dejado embrujado. Fue así como de un momento a otro los indios abandonaron el pueblo sin que el misionero pudiera contenerlos, pensando que el jaibaná le había puesto «jai» a las reses, las gallinas y hasta a las plantas y los alimentos que les servían de sustento. Después de esta experiencia aleccionadora, los sacerdotes claretianos entraron al resguardo de San Antonio del Chamí y fundaron un internado indígena en la población de Purembará. Al otro lado de los ríos San Juan y Agüita, mientras tanto, a partir de 1940, el padre claretiano Francisco Javier Mejía comenzó a fundar la misión de Santa Ana de Aguasal, con la ayuda de las hermanas misioneras de la Madre Laura, para reemplazar el internado de Purembará, entregado por disposición del Vicariato Apostólico a la Diócesis de Pereira.

Esa era la misión a la cual había llegado el padre José Antonio Betancur en 1953. Por esa época, en el lugar no había más que unas cuantas casas

La conversación con el padre Betancur se prolongó hasta el mediodía. Al final, le pedí que me alquilara una de las muías del internado para ir hasta la carretera de Pueblo Rico. El padre me miró de pies a cabeza y me preguntó quién me iba a servir de guía. Yo le contesté que hasta el momento no había conseguido a nadie. Era domingo y en Aguasal nadie quería trabajar. Le dije que Enrique me había hecho un mapa.

El padre me llevó hasta el corredor, revisó el mapa y me dio algunas indicaciones sobre el camino. Me dijo que, ante todo, buscara la montaña llena de selva que se veía allá lejos, en el horizonte. De ahí en adelante la ruta a seguir era muy clara. Simplemente, había que seguir la trocha.

—No se vaya a salir del camino —insistió un rato después, entregándome las riendas de un macho sudoroso que acababa de llegar de Docabú, cargado. El animal opuso alguna resistencia cuando vio que lo iban a ensillar pero al final aceptó su mala suerte y salió de mala gana de los corrales del internado. Después de recorrer un trecho de tres o cuatro kilómetros, el macho empezó a abandonar la trocha y a errar por los potreros de la misión, en busca de pasto, sin hacer caso de mis gritos. Varias veces tuve que bajar a tierra y obligarlo a regresar halándolo de las riendas. Una manada de novillos nos alcanzó más adelante y el macho apuró el paso, acosado por ellos. Con muchas dificultades logré llegar hasta la puerta de la última cerca que dividía los potreros de la misión de la espesa selva que cobija las montañas del alto de Currupipí. El animal se plantó allí y se rebeló a dar un paso más. Yo me di por vencido y me puse a mirar el cielo para tratar de averiguar la

hora. No era capaz de imaginarme la llegada de la noche en medio de esas soledades.

En ese momento oí la voz del padre Betancur. Venía por el potrero con su atuendo de viajero, montado sobre un caballo que debía valer una fortuna, y con un revólver amarrado a la cintura. Apenas el macho percibió la presencia del misionero, se puso muy nervioso. El padre le dio un par de fuetazos en las ancas y enseguida el animal atravesó obediente la puerta y tomó el camino que iba hacia la montaña.

Lo primero que el padre Betancur hizo apenas vio que el macho se había plegado a su autoridad fue explicarme que él jamás avisaba a nadie con anticipación cuándo iba a salir por el camino. Por eso, dijo, no me había pedido que lo esperara para salir con él ese día.

A partir de ese momento, los dos nos sumergimos en una conversación muy larga que se prolongó hasta el anochecer. Mientras hablábamos, subíamos por un camino angosto y muy empinado que parecía un túnel labrado debajo de los árboles inmensos. Entre los árboles se veía una luz extraña, de color mortecino. Arriba, el cielo había desaparecido. Miles de hojas verdes se movían con el viento. El padre confesó en algún momento que en esa montaña habían intentado matarlo muchas veces. También me mostró un abismo por el que se había despeñado con muía y todo, hacía unos años. Logró salir maltrecho pero alcanzó a llegar a Docabú. Allí, cuando desensilló el animal y abrió las alforjas, halló una mapaná enroscada en uno de los bolsillos.

Apenas abandonamos el bosque espeso, empezamos a descender por la montaña. En ese lugar, dijo el

padre, dejábamos atrás el Chocó y entrábamos en territorio del departamento de Risaralda.

La conversación sólo acabó cuando ya era de noche y amarramos las dos bestias junto a los corredores de la fonda de Docabú, a unos metros de la carretera a Pueblo Rico. En ese momento yo no sabía cuál iba a ser el final del padre. Sin embargo, cuando nos despedimos, tuve la sensación de que acababa de conocer a un hombre grande. Alguien que era capaz de darlo todo por un sueño, por una idea, así al final de la vida entendiera que estaba equivocado. Cuando digo todo, quiero decir un hombre capaz de arriesgar lo único que de verdad poseemos: la propia vida. Tal vez por eso era un ser tan lleno de contradicciones. Tal vez por eso los indios lo amaban, lo temían y lo odiaban. No puedo ocultar que a pesar de no estar de acuerdo con muchas de sus ideas sobre el papel de las misiones, durante esas horas en que recorrimos juntos los últimos tramos de selva (y, años después, tratando en vano de reconstruir su vida) sentí mucha admiración por el padre Betancur y por todos los demás misioneros que han sacrificado sus vidas en las selvas de Colombia.

## 9

**E**L PADRE Betancur llegó a las selvas del Alto Andágueda en 1953 cuando era apenas un sacerdote con unos pocos años de experiencia que empezaba a foguearse en el durísimo trabajo de las misiones y estaba a punto de cumplir los cuarenta años.

El misionero había nacido el 14 de mayo de 1914 en San Antonio de Prado, un corregimiento de Medellín poblado por campesinos y situado al suroeste de la ciudad. Siendo apenas un adolescente, ingresó al seminario menor de los padres claretianos en la población de Bosa, Cundinamarca, donde terminó el bachillerato. Luego hizo estudios de filosofía en el seminario mayor de El Cedro, en Zipaquirá, y viajó a Europa apenas terminó los estudios de teología. Fue ordenado sacerdote el 20 de diciembre de 1942. Estando aún en Europa lo

sorprendió el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Para entonces ya se había aficionado a la radio y durante muchos días se dedicó a rastrear las comunicaciones de las tropas alemanas y aliadas que luchaban en ese continente.

En Colombia, su primer trabajo lo desempeñó en la iglesia de Nuestra Señora de Chiquinquirá, en Barranquilla. Todavía era un clérigo muy joven cuando fue enviado a las selvas del Chocó, en calidad de misionero, y asumió el cargo de cura párroco de la iglesia de Bagado, un caserío de población negra situado a orillas del río Andágueda. Muchos pobladores viejos de esta zona olvidada del Chocó todavía recuerdan su llegada en 1948 por sus habilidades como fabricante de pólvora. Cuentan que durante las fiestas de Nuestra Señora de la Candelaria, patrona del pueblo, el padre llenaba de luces de colores los cielos de las noches. Hacía silbadores, pilas de colores y cohetes que surcaban el cielo, y con toda esa parafernalia alegraba a la gente de Bagado y daba a las fiestas patronales un toque grandioso.

Estando en esa población tramitó la cédula de ciudadanía que, muchos años después, le descubrieron en sus bolsillos los médicos de la Policlínica de Medellín, cuando fue internado en la sección de urgencias del Hospital de San Vicente, a raíz de un accidente de tránsito.

Cuando estalló la violencia política en Colombia, al padre Betancur le tocó una de las misiones más difíciles de su vida: reemplazar, en Catrú, al padre Modesto Arnaus, un misionero claretiano que fue asesinado a balazos por un jefe político de la zona la víspera de las elecciones del 16 de marzo de 1947. El asesinato ocurrió a orillas del río, junto al internado indígena de Catrú,

ante los ojos de muchos indios que eran llevados a votar, sonsacados y coaccionados por José Ayala, un cacique liberal de la región. Tal vez desde esa época el padre Betancur se acostumbró a andar armado y a no dejarse sorprender por la espalda.

En Catrú, con la energía que siempre derrochó a montones en su trabajo como misionero, el padre Betancur reorganizó la misión por encima de las amenazas de los jefes políticos y fortaleció la presencia de la religión católica entre los indígenas.

En 1953, los superiores de la comunidad claretiana le encomendaron continuar la obra iniciada por el padre Francisco Javier Mejía en los años treinta, en la margen izquierda del río Andágueda, aguas arriba de Bagado. En esa región, los misioneros habían planeado construir un internado indígena que reemplazara el internado de Purembará, entregado a la diócesis de Pereira por disposición de las jerarquías eclesiásticas. El padre Mejía había construido un salón-capilla y había abierto algunas cuadras de potrero, con la condición de que el sitio se siguiera denominando Santa Ana de Aguasal. Por esa época, Pueblo Rico era un caserío de colonos paisas llegados de Antioquia y Caldas que habían empezado a tumar monte en las selvas que aún hoy separan a los departamentos de Risaralda y Chocó. En ese caserío, al cual se llegaba por caminos de arriería, los claretianos habían intentado abrir un seminario menor que tuvo una vida efímera y que fue cerrado durante los primeros años de la década de los cincuenta.

A ese poblado llegó en 1953 el padre Betancur con la intención de construir la misión de Santa Ana de Aguasal, aguas arriba del Andágueda. El sacerdote

pisó las selvas del Andágueda el 24 de septiembre y desde ese día, como un colono lleno de sueños y ambiciones, se empeñó en sacar adelante la obra: un enorme internado indígena para evangelizar a los indios embeberá. La primera piedra del edificio fue colocada y bendecida por monseñor Pedro Grau en enero de 1954.

Para construir la obra, el padre Betancur no ahorró ningún esfuerzo. Él mismo hizo las veces de ingeniero y de oficial y dirigió los trabajos de construcción con la ayuda del hermano claretiano José Dolores Restrepo.

Los materiales fueron llevados a lomo de muía y en hombros de los indios a través de la selva en un recorrido de más de sesenta kilómetros, por terrenos empinados y pantanosos, hasta depositarlos en los potreros recién abiertos donde iba a levantarse el edificio. En esa época el trayecto se hacía a pie desde el mismo casco urbano de Pueblo Rico pues todavía no existía la carretera que hoy comunica a esa población de Risaralda con el departamento del Chocó, cruzando las selvas y los ríos que separan a Tadó del valle del Risaralda.

La obra quedó terminada el 8 de septiembre del año siguiente. Era una casa enorme, de dos plantas, de cuarenta y un metros de frente por veintiocho de fondo y trece de alto y con una capacidad inicial para albergar a más de ochenta indígenas.

«A pesar de las dificultades de todo género que salieron al encuentro, gracias al dinamismo y habilidad del padre Betancur, encargado de la obra, pronto surgió en estas soledades un esbelto edificio de dos pisos, con capacidad para más de ochenta alumnas. A él se trasladaron las hermanas misioneras con las niñas indias, felices al poder salir de la estrechez e incomodidad en

que habían vivido durante varios años; a él se trasladaron también los padres misioneros, dejando la casa que habitaban para dormitorio de los indios», cuenta el misionero claretiano Constancio Pinto.

«La inauguración del nuevo edificio, todo él de concreto y materiales modernos, sería un día consagrado a la Virgen: el 8 de septiembre», dice el padre Pinto. «Entrada ya la noche, el excelentísimo padre dio la bendición con el Santísimo a todos los concurrentes y, acto seguido, bendijo el edificio con todas sus dependencias. El padre Betancur le tenía reservada una sorpresa. Por su propia cuenta e ingenio había instalado un motor a una pequeña dinamo. Cuando la noche empezaba a envolverlo todo en su negro manto, puso en movimiento el excitador del motor, comenzó éste su estrepitosa marcha y, al momento, apareció todo el edificio inundado de una brillante luz, ofreciendo el aspecto de un palacio encantado. La algazara de los indios que habían acudido a la fiesta de la bendición fue indescriptible».

Entonces, el padre ya era un hombre con una voluntad de hierro, duro y terco, como un misionero vasco. En las discusiones no cedía jamás. Defendía con la cruz y con la espada todas las convicciones que le habían inculcado en el seminario sus maestros, los misioneros claretianos españoles que llegaron a evangelizar el Chocó desde comienzos de siglo. Para él no había términos medios. El encuentro de la cultura de occidente con la cultura indígena era un choque y no un encuentro. De una cosa de esas no sale nada nuevo, decía. Triunfa una cultura y la otra es derrotada. Y la que triunfa es la cultura del más fuerte.

Su atuendo exterior estaba en completo acuerdo con sus ideas de misionero a la usanza antigua. Usaba una sotana blanca, de ruedo amplio, y un sombrero de cazador inglés, de los mismos que pueden verse entre los expedicionarios que se adentran en las selvas, en películas como «La reina africana». De no ser por la sotana y el sombrero de expedicionario inglés, el padre Betancur hubiera pasado ante los ojos de cualquier persona por ser un colono paisa: un antioqueño más, empeñado en tumbar el monte a golpes de hacha, limpiar los potreros, sembrar pastos, levantar el ganado y engordarlo, moler la caña.

Tal vez por eso los planes del padre Betancur no terminaron con el proyecto de construcción del edificio. Aprovechando sus conocimientos de radio, el misionero instaló un equipo de radioaficionado que le permitía mantenerse en comunicación con el padre Alcides Fernández, misionero aviador de su misma congregación religiosa, y con otros aviadores y radioaficionados de Colombia y del mundo.

A mediados de los años cincuenta, cuando el padre Alcides logró conseguir una avioneta para extender su labor misionera a parajes alejados del Chocó, el padre Betancur se dio a la tarea de construir una pista de aterrizaje en cercanías de la misión. La pista fue abierta con la colaboración de los indígenas en un pequeño valle formado por el río Conondo, entre la misión y el case-río, a unos pocos kilómetros del internado. En esa época, el padre Betancur también soñaba con aprender a volar y tener su propia avioneta para desplazarse con mayor rapidez hasta las selvas.

Sin embargo, a pesar de los intentos del padre Alcides, la idea del pequeño aeropuerto no alcanzó a tener un final feliz, debido a lo cenagoso del terreno. Y en medio de esas selvas y esas montañas había muy pocos lugares que reunieran las condiciones indispensables para construir la pista que requería el pequeño avión del misionero. Finalmente, el padre Betancur desechó la idea después de visitar algunas poblaciones indígenas del Chocó que ya tenían campos de aterrizaje para aviones pequeños y que empezaban a convertirse en sitios de atracción turística. Los turistas blancos son lo peor que puede existir para un indígena, decía el padre: «Los blancos siempre terminan corrompiendo y engañando a los indios y muy especialmente a las indias».

Durante la década de los sesenta, el misionero continuó con la construcción del internado para hombres, un edificio de tamaño similar al primero, con cocina, despensa y comedores. En la mitad de ambos levantó una capilla destinada al culto.

Según lo relató al padre claretiano Federico Vélez, durante los primeros días en que funcionó el internado, y cuando las primeras indígenas ya se habían adaptado un poco a su nueva vida, el padre Betancur montaba guardia todas las noches mientras los indios rodeaban el edificio con la intención de «raptar» a sus hijas.

En esa época de su vida, el padre Betancur ya sabía lo que era la violencia en las zonas de colonización, y por eso jamás descuidaba su revólver. Lo llevaba siempre en la cintura, encima o debajo de la sotana, y sólo lo dejaba a un lado para celebrar la misa en la capilla de la misión. Esta clase de precauciones, aunque parezcan un poco exageradas, le salvaron la vida en muchas

oportunidades. Porque son incontables los atentados de los cuales salió con vida el padre Betancur. En ocasiones, los atentados fueron obra de algunos indios. Otras, de los colonos paisas y negros que no se contentaron con acabar con el resguardo indígena de San Antonio del Chamí, sino que querían apoderarse de las mejores tierras de los emberá del Alto Andágueda. A ellos se enfrentó el padre Betancur no sólo con la cruz sino también con el revólver.

—Aquí no se le puede mostrar miedo a nadie —decía—. Aquí gana el que sea más macho... Y yo soy más macho que ellos...

Entre los indígenas de Aguasal y Conondo, el padre Betancur se volvió una leyenda. Los indios lo querían y al mismo tiempo lo odiaban y lo temían. Los que lo odiaban eran indígenas que habían sufrido en carne propia los rigores de la misión y habían visto cómo el sacerdote, aun en contra de su voluntad, les arrancaba a los hijos del seno de sus familias y se los llevaba a la fuerza para el internado con el fin de «civilizarlos». Los niños crecían en el internado aprendiendo a leer y escribir en lengua española y aprendiendo a vestirse y a comportarse como «rationales». La educación impartida en la misión, al mismo tiempo, destruía todos los valores propios de la cultura emberá, defendidos por los viejos. A cambio, los niños eran educados en los valores de la cultura occidental y de la religión católica. Cuando los niños, separados violentamente de sus familias, caían en profundas depresiones y huían del internado indígena, el padre Betancur mandaba a perseguirlos y a cazarlos, y después los sometía a severos procesos disciplinarios, hasta quebrantar su voluntad y

lograr su sometimiento a las reglas impuestas por la misión. Para perseguir y cazar a los menores que huían, el padre Betancur entrenó a un grupo de indios adultos y a algunos negros de Piedra Honda que trabajaban como peones en la hacienda. Los cazadores perseguían no sólo a los indios varones que se fugaban del internado sino también a las mujeres y a sus padres cuando éstos consentían recibirlos de nuevo en sus tambos. Muchos de estos padres emberá que se negaban a acatar los dictados del misionero fueron encarcelados en un calabozo que poseía la misicm y condenados a pagar su rebeldía con trabajos forzados, como peones sin salario, en los potreros y cultivos de la misión de Santa Ana de Aguasal.

Hoy podría juzgarse en términos muy duros la conducta del padre Betancur. Sin embargo, los que conocen de cerca los métodos empleados por los antiguos misioneros españoles, que buscaban extirpar de raíz la cultura indígena y destruir su religión y su familia, para implantar los valores de la llamada cultura occidental, ven en él a un misionero más de los de la vieja época, que luchaba por llevar el evangelio de Jesús a los indios, bautizarlos, salvar sus almas, y volverlos miembros de la comunidad cristiana. En otras palabras, un hombre empeñado en ser lo que durante toda la vida los superiores de la congregación claretiana, llegados de España, le habían enseñado, a la par con los himnos de la Falange: «ser un misionero de Cristo».

Una frase pronunciada por el mismo misionero en los corredores del internado de Aguasal podría resumir su filosofía: «A los indios hay que hacerles el bien aunque sea a las malas...».

Parte de la leyenda del padre Betancur tiene sus raíces en la guerra que él declaró a los jaibanás, a los que consideraba representantes del mal. Obstinado en recortar su poder y doblegarlos a las buenas o a las malas, el padre mandó recoger sus bastones rituales por la fuerza.

Los bastones son varas de macana, de textura muy fuerte, talladas a mano. En la punta de las varas, los jaibanás esculpen diversas figuras que representan a los jais. Cuando un jaibaná se inicia en el arte de dominar a los espíritus, participa de un ritual en el que un jaibaná viejo —casi siempre su padre o su abuelo— lo introduce en el conocimiento de los jais. Al final de la ceremonia, que dura varios días e incluye baños e ingestión de bebidas embriagantes, el jaibaná viejo le entrega al jaibaná joven un bastón tallado, símbolo de su nuevo poder sobre los jais. A lo largo de su vida, un jaibaná joven puede recoger varios bastones en ritos de iniciación con jaibanás viejos. Cada uno de ellos acrecienta su poder ya que cada bastón encarna un poder sobre determinados jais que le confiere cada brujo. Los jais son buenos y malos y sirven para aliviar a un enfermo, bendecir un cultivo, curar a un animal, salvar a una persona picada de serpiente o matar a un enemigo que está haciendo daño. Hay jais para casi todo, incluso jais contemporáneos, como el jai de avión, el jai de carro, el jai de paísa. Cada uno representa un poder especial que el brujo usa cuando lo necesita o cuando alguien acude a él pidiendo ayuda.

Pues bien: a esa clase de enemigos tan poderosos entre los emberá se enfrentó en vida el padre Betancur, convencido de que si quería evangelizar a los indígenas para incorporarlos a la iglesia católica y a la civilización occidental tenía primero que destruir el poder de los

jaibanás. Un producto de esa guerra contra los brujos primitivos es su colección de bastones rituales, que exhibía con orgullo ante algunos visitantes en la misión de Aguasal. Hoy, muchos de ellos (más de treinta) están guardados en un armario, metidos entre un costal, en el Centro de Pastoral Indigenista de la Diócesis de Quibdó. Son de un color oscuro, algunos casi negros. Varían de tamaño, de peso y de figura. Algunos son cortos y parecen más el juguete de un niño. Otros son largos y tienen tallas que representan figuras de animales. Otros ostentan en sus puntas extrañas figuras mitológicas que representan a los jais. En todos, sin embargo, cuando se toman entre las manos, se siente por momentos algo del viejo y derrotado poder de los jaibanás.

La leyenda del padre Betancur también se acrecentó cuando en la misión de Aguasal corrió el rumor de que el misionero había logrado salvar indígenas picados de culebra. El padre decía que el remedio se lo había inventado para quitarse de encima los problemas que le estaban causando los indios con el ganado. Según cuentan algunos misioneros que trabajaron con él, los indios se las ingeniaban para capturar culebras venenosas y llevarlas hasta los potreros de la misión con el fin de que picaran a las reses. Novillo o vaca que era picado por una mapaná o un verrugoso era desechado por el padre. Entonces los indios procedían a descuartizarlo y repartían su carne entre la parentela y los amigos. Muy pronto la sagacidad del padre le permitió entender lo que pasaba. Por eso se dedicó a fabricar un antídoto para salvar el ganado.

Dicen que en poco tiempo logró perfeccionarlo. El antídoto era a base de aguardiente y limón, mezclados con una planta venenosa de la cual jamás reveló el nombre.

Una maestra de la misión de Aguasal asegura que el antídoto no era más que un polvito blanco, muy venenoso, que el padre se había conseguido con un farmacéuta viejo, en Medellín. El polvo, al parecer, era extraído del curare. Cuando a la misión llegaban con un indio picado de culebra, el padre constataba primero que la herida sí hubiera sido producida por un reptil ponzoñoso porque de lo contrario su remedio podía matar a la persona. Enseguida se encerraba en su cuarto y preparaba el antídoto: el polvo que alcanzaba a coger con la punta de un cuchillo, disuelto en un vaso de limón. Otros dicen que a esa mezcla el padre le agregaba aguardiente.

Con esa pócima, el padre Betancur no sólo salvó sus reses sino que acabó de imponer su poder por encima de los jaibanás. Algunos de ellos, cuando ya no eran capaces de mantener con vida a un indio mordido de culebra, lo enviaban a la misión a que él lo salvara de la muerte. El misionero decía que había curado a muchos agonizantes que le enviaban los jaibanás cuando ya los tipos empezaban a sudar sangre y los brujos indígenas se sentían impotentes para curarlos.

Aparte de la recogida de los bastones y de su poder comprobado para curar las picaduras de serpiente, el padre Betancur también ganó fama de brujo entre los emberá del Alto Andágueda por otros poderes que se le atribuían. Uno de ellos era el de aparecer y desaparecer a voluntad en distintos sitios de la misión y a distintas horas.

Cuentan que a veces, cuando algunos indios rebeldes se juntaban a hablar para tramar su muerte, el padre se les aparecía a unos pocos metros de distancia,

vestido de sotana y con arrastraderas. Ellos se asustaban y el misionero les hablaba como si no hubiera sucedido nada extraño.

Un día, un grupo de indígenas de Pechúgare lo esperaba para matarlo por el camino de Docabú. El padre Betancur pasó por el lugar montado en su bestia, un «macho» que también era una leyenda y al que el sacerdote llamaba «Diablo», y sin embargo los indígenas que lo aguardaban no lo vieron.

Al darse cuenta de los poderes extraños que poseía el misionero, algunos emberá optaron por decir que el padre Betancur era un brujo y que sabía la oración del Justo Juez, la misma oración que hacía tiempos usaban los brujos paisas para desaparecer y aparecer donde les daba la gana, para convertirse en matas de plátano o en pájaros y para volverse invisibles cuando eran acosados de muerte por un enemigo. Todavía en el Chocó hay campesinos paisas que recuerdan apartes de la oración: «Oh Señor, a mis enemigos veo. Tienen pies, no me sigan. Tienen manos, no me toquen. Tienen ojos, no me vean...».

Al padre Betancur también se le atribuía el poder de la ubicuidad, es decir, el poder de estar en sitios diferentes al mismo tiempo. Por eso había días en los que lo veían pasar con su bestia por el camino de Pechúgare y por la noche había indígenas de Conondo, al otro lado de la misión, que aseguraban haberlo visto a esa misma hora cruzar a pie el puente del río Andágueda.

Realidad o leyenda, el padre Betancur era un misterio hasta para los misioneros claretianos más jóvenes que iban a ayudarlo por temporadas en su tarea de evangelizar a los indígenas. Algunos de ellos dicen que

el padre dormía muy poco y que cuando lo hacía, ya en la madrugada, guardaba el revólver debajo de la almohada y cerraba nada más un ojo.

Portándose a veces como un padre bondadoso, o como un terco misionero vasco de espada y cruz dispuesto a evangelizar a sangre y fuego a los indígenas, o como un próspero hacendado paisa que hacía cuentas, compraba oro y levantaba una hacienda ganadera en medio de las selvas del Chocó, otras veces portándose como un brujo o un curandero, durante más de treinta años el padre fue el amo y señor del Alto Andágueda. Y como amo y señor, doblegó a los jaibanás, construyó un internado y una iglesia llevando los materiales hasta lo profundo de la selva a lomo de indio y de muía, y «sacó de la barbarie» a miles de indígenas. En cambio a muchas de sus mujeres las mandó a trabajar como muchachas del servicio en familias «bien» de Medellín, pensando que esa era la mejor salida para sus vidas.

Su poder empezó a declinar a finales de la década de los setenta con la llegada de nuevos maestros del Vicariato Apostólico a la misión de Aguasal. Los maestros propusieron que los indios no fueran obligados por la fuerza a entrar al internado sino que la matrícula fuera voluntaria. También propusieron que el duro régimen del internado poco a poco fuera dando paso a un régimen de semi-internado, con el fin de que los alumnos pudieran visitar a sus familias durante los fines de semana.

El padre Betancur se opuso a todo eso porque, según él, si no se aprovechaba la infancia para enderezar el árbol torcido, como decían los evangelios, más tarde nadie lo podría enderezar.

Los nuevos maestros, poco a poco, lograron cambiar algunos de los métodos pedagógicos e implantaron con el apoyo del Vicariato una nueva modalidad escolar que permitía a los indígenas desplazarse hasta sus viviendas y compartir la vida con sus familias durante los fines de semana.

Hasta 1989, a pesar de que la violencia en el Andágueda había aumentado a niveles que amenazaban la existencia misma del colegio de Aguasal, el padre Bencur, sin embargo, logró imponer su última condición: que la educación se siguiera impartiendo en idioma español y que los maestros siguieran siendo blancos y no aprendieran la lengua emberá. De este modo, para poder estudiar, los indígenas se veían obligados a hablar en español. El padre también impidió como pudo el estudio del jaibanismo y, en general, el conocimiento de la cultura indígena por parte de los nuevos maestros. «Su labor no es esa», decía. «Su labor es civilizar a los indios y enseñarles los valores de la religión católica».

Mientras el misionero permanecía aislado imponiendo su ley a los infieles y tratando de mantener con vida la gran hacienda de las selvas del Andágueda, como un personaje de una novela de Joseph Conrad, la iglesia católica y la comunidad claretiana en particular se daban a la tarea de revisar su tradición misionera de varios siglos. En cumplimiento de ese propósito, se pusieron en tela de juicio los métodos seculares de evangelización heredados casi todos de la tradición colonizadora de los países europeos, principalmente de España. Esta discusión, iniciada en el Concilio Vaticano II, dio paso a nuevas ideas, nuevos propósitos y nuevos

métodos de llevar a las poblaciones indígenas de todo el mundo el mensaje de Jesucristo, sin destruir la cultura de los pueblos.

Frente a esas nuevas ideas, el padre Betancur guardaba un silencio discreto parecido al de los emberá. Un silencio difícil de calificar. Por momentos parecía lleno de humildad. Otras veces parecía lleno de soberbia. Cuando algún misionero joven insistía en discutir con él acerca de la tarea evangelizadora en comunidades marginales como las indígenas, el padre Betancur, que menospreciaba cualquier palabra de corte antropológico, se limitaba a responder:

—Usted se ve que no conoce a los indios...

## 10

**E**L 2 DE mayo de 1979, al caer la tarde, Jaime Montoya se sentía un poco cansado y, contra su costumbre, decidió quedarse a dormir en la casa de arriba, junto a la mina. Por eso mandó a desensillar su caballo. Hacía poco los trabajadores del turno de la tarde habían terminado su labor. La vieja edificación construida en madera por los dueños de Morrón estaba ya un poco deteriorada. Contraviniendo sus órdenes, los indios habían arrancado algunas tablas de las paredes y del piso para alimentar el fogón cuando estaban escasos de leña, pero la casa todavía conservaba algunas de las comodidades que tenía en el pasado. La cocina, por ejemplo, seguía funcionando y se podía preparar comida sin dificultades.

Abajo, en el campamento, a orillas del río Colorado, Jorge, su hermano, se acostó intranquilo, preocupado

por su tardanza. Estaba en el Alto Andágueda hacía varios días. Había llegado desde Medellín por la ruta de Pueblo Rico porque en La Argelia los policías todavía estaban acantonados en la antigua casa de la mina y seguían impidiendo el paso hacia el Andágueda por el camino de Andes.

En el campamento de Río Colorado, junto con Jaime y con Jorge, hacía una semana que estaba viviendo un cocinero que Jaime había mandado traer desde Andes. El hombre había llegado al campamento con su esposa y su hijo.

Ellos no lo sabían pero esa noche había movimiento en Río Colorado. Por el camino del alto de Cascajero habían subido algunos indios de Conondo y Aguasal. Estaban muy disgustados con los rumores que habían oído esa semana. La gente decía que Jaime los estaba traicionando y que, sin contar para nada con los indígenas, estaba negociando la entrega de la mina con los abogados de Ricardo Escobar. Los rumores los había echado a correr un muchacho blanco, amigo de Jaime, que vivía en el resguardo desde hacía más de un año.

Al día siguiente, Jorge se levantó temprano y ensilló una bestia. Después salió al potrero a recoger el ganado que pastaba en las orillas del río, con el fin de cerrarlo. El muchacho blanco lo estaba observando de lejos y les dijo a los indios: «Vieron, están recogiendo el ganado para devolvérselo a los Escobar...».

A las ocho de la mañana, la bestia volvió sola al campamento. El cocinero vio el animal y se sintió extraño de que regresara así. El caballo aún tenía puesta la silla.

Afuera merodeaban por el potrero algunos indios que parecían ir de cacería porque llevaban en las manos sus cerbatanas. El cocinero no distinguió a ninguno de los que había conocido esa semana en el campamento. Sin embargo, se atrevió a preguntarles si habían visto al patrón. Los indios le contestaron que no. El hombre les preguntó si había ocurrido algo.

«Usted para qué pregunta», dijo uno de ellos, disgustado. «¿O es que quiere que lo matemos a usted también?».

El cocinero no alcanzó a refugiarse en la casa. Los indios levantaron sus armas y soplaron. Varios dardos,, untados con el temido veneno de la rana cocoy se clavaron en su cuerpo.

Cuando su esposa y su hijo salieron a averiguar lo que pasaba también fueron atacados por los indios con las cerbatanas. La gente de Río Colorado dice que los tres tuvieron una muerte horrible.

En ese momento, el cadáver de Jorge yacía sobre la hierba de un potrero, atravesado también por varios dardos envenenados.

Poco después, un emberá amigo de Jaime Montoya subió corriendo a la casa de la mina y le dijo que unos indios de la parte de abajo del resguardo habían matado a Jorge.

El muchacho, ciego de ira, ensilló el caballo, cogió su revólver y salió por el camino en busca de los asesinos. Cuando llegó al canalón por donde pasa la quebrada se encontró cara a cara con un indio de abajo, alto y fornido, y le gritó, lleno de odio: «¡Vos mataste a mi hermano!».

Dicen que el indio sacó un cuchillo, se lanzó contra Jaime como una hiena y lo degolló, sin darle tiempo de usar el revólver ni bajarse del caballo.

Ese mismo día, los cadáveres de los dos hermanos, y los del cocinero y su familia fueron enterrados por los indios en algún lugar de la selva. Un juez penal que entró al resguardo con la misión de buscarlos jamás los pudo encontrar.

Un hermano de la esposa de Jorge Montoya también trató de rescatar los cuerpos, algunos días más tarde, pero fue asesinado por el camino que va hasta la misión de Aguasal. La gente se enteró del crimen porque al muchacho le robaron la camisa y el reloj. Y por el resguardo, andaban con esa camisa y ese reloj los indígenas Fernando Querágama y Fernando Arce. Tres meses después, una emberá fue a la misión y le contó al padre Betancur que el cadáver estaba enterrado en Cevédé, en un maizal. El misionero, acompañado por una maestra del colegio, fue hasta el lugar y entre los dos desenterraron el cadáver. Luego lo llevaron al cementerio de la misión, donde le dieron sepultura.

# 11

**D**OS SEMANAS después del asesinato de los hermanos Montoya, una nueva comisión del Incora visitó el Alto Andágueda con el fin de realizar un estudio socioeconómico de la región y recomendar en forma definitiva si era o no conveniente constituir en ese territorio una reserva indígena.

El envío de los funcionarios estuvo a punto de suspenderse por orden del Ministerio de Gobierno, ya que la División de Asuntos Indígenas había recibido informaciones fragmentarias sobre la muerte de los dos muchachos. A última hora, el ministerio autorizó el viaje, en vista de la urgencia de resolver el problema de la propiedad legal de las tierras de los emberá.

La comisión salió de Andes el 18 de mayo de 1979. De ella hacían parte el sociólogo Enrique Sánchez y el

ingeniero forestal José Wellington Camargo, lo mismo que funcionarios de la División de Asuntos Indígenas del Ministerio de Gobierno, el Instituto Colombiano de Antropología y el Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia.

El viaje a través de los farallones por el camino de arriería de Andes estuvo lleno de dificultades y duró casi dos días. El camino era más difícil de lo que en un comienzo todos pensaban. La cuesta era muy pendiente y el piso estaba lleno de piedras. Los arrieros, acostumbrados a hacer el recorrido a marchas forzadas, se fueron adelante con casi todas las provisiones. Varios estudiantes de antropología que iban a colaborar con un estudio etnográfico de los emberá se retrasaron desde el comienzo. Cuatro de ellos estuvieron perdidos durante un día en una confluencia de caminos, después de cruzar el alto de San Nazario. Esto obligó a desplazar una comisión que tuvo que devolverse desde el campamento de Río Colorado rastreando el camino. La búsqueda terminó al día siguiente, cuando los estudiantes aparecieron en un tambo indígena por la trocha de Cató. Allí los indígenas les habían dado techo y comida.

La desaparición temporal de los estudiantes causó alarma ya que los policías que estaban acantonados en la mina de La Argelia difundieron la noticia a través de la radio. La comisión del gobierno temía que los policías, con el pretexto de colaborar en la búsqueda, entraran a territorio del resguardo y se presentaran nuevos enfrentamientos con los indios, que tenían centinelas armados apostados a lo largo del camino.

Finalmente, todos los miembros de la comisión lograron llegar a Río Colorado, incluso un estudiante de

la costa atlántica que hizo la travesía con unos zapatos de plataforma. Algunos tardaron más de treinta y seis horas y tuvieron que amanecer a la intemperie bajo una lluvia helada, a más de tres mil metros de altura, en lo alto del cerro de San Nazario. Otros perdieron algunas de las uñas de los pies a causa de los golpes que se dieron contra las piedras.

En Río Colorado fueron recibidos con recelo por los indígenas. Algunos de ellos creían que en el grupo iban camuflados funcionarios judiciales con la intención de investigar la muerte de los hermanos Montoya.

El ambiente de hostilidad cedió a los pocos días, gracias a los buenos oficios del cabildo de Río Colorado que presidía el gobernador Enrique Arce. Mientras tanto, los estudiantes y los funcionarios aprovecharon el tiempo para curarse de las heridas y reponerse del cansancio, antes de emprender el viaje de regreso.

Durante los días que permanecieron en territorio indígena, los funcionarios del Incora comprobaron que la mina seguía en explotación, ahora bajo las órdenes del cabildo de Río Colorado, donde tenían representación casi todas las comunidades de la parte alta. La desaparición de los hermanos Montoya había aumentado la tensión, pero a su vez había permitido que muchos indígenas que tenían diferencias con Jaime volvieran a la mina.

Para la explotación, el cabildo recibía asesoría de algunos mineros blancos de Andes y de algunos negros de Piedra Honda, San Marino y Bagado, que hacían turnos trabajando como asalariados. Con ellos, los indígenas tenían relaciones de comercio. Los negros subían

por el río vendiendo pescado seco y aguardiente y en Río Colorado compraban oro.

Los funcionarios del Incora también comprobaron que las dificultades ocasionadas por el cerco de la policía en el camino de Andes se habían solucionado en buena parte gracias a la trocha entre Aguasal y Pueblo Rico. Por ella entraban casi todos los alimentos. En Aguasal, el padre Betancur les vendía muchos productos de primera necesidad. Al mismo tiempo, el misionero compraba a los indígenas muchos castellanos de oro, cada semana, en la tienda del colegio. El resto del oro lo vendían en Pueblo Rico.

Durante la visita, los funcionarios levantaron un censo de la población, estudiaron los recursos forestales, perfeccionaron un mapa del territorio y adelantaron un estudio socioeconómico. También analizaron sobre el terreno el problema de la mina descubierta por Aníbal Murillo. A comienzos de junio, para el regreso, el grupo se dividió en dos. El primero salió por el camino de Andes y el segundo por Pueblo Rico. Este último aprovechó el paso por Aguasal para estudiar el problema de las tierras que se había anexoado la misión.

Con los datos obtenidos en la visita, y después de estudiar la compleja situación de la región, la comisión enviada por el Incora recomendó constituir un resguardo como medida para la defensa territorial de los indígenas del Alto Andágueda.

La comisión concluyó que a pesar del derecho de los indígenas a la explotación de los yacimientos auríferos existentes en el Andágueda y cuyo laboreo habían efectuado ancestralmente, empresarios mineros no indígenas, aprovechándose del desconocimiento de los

nativos de la legislación minera, se habían hecho adjudicar permisos de explotación en detrimento de la tribu emberá.

Sobre el problema de la mina, el informe dijo: «El descubrimiento de un rico filón por el indígena Aníbal Murillo hace algunos años y la expropiación que se hiciera sobre este derecho por parte de una sociedad minera antioqueña, con posterioridad al descubrimiento de la veta, llevó a la comunidad a un enfrentamiento con los ocupantes mineros creándose una delicada situación social, agravada por la creación de un puesto de policía en el sitio denominado La Argelia, hecho que estiman los indígenas es una clara provocación contra su pueblo pues parece se han cometido serios atropellos policivos contra algunos dirigentes indígenas y se ha bloqueado el comercio de los emberá con el municipio de Andes. Dos escaramuzas armadas de la policía sobre la comunidad de Río Colorado, hechas parece en forma irresponsable, han puesto en peligro la integridad y vida de los indígenas que allí viven».

En relación con la presencia de la policía en La Argelia, la comisión sugirió «el retiro definitiva de la tropa del sitio de La Argelia» y propuso la realización de un cursillo «para dar instrucción a los uniformados sobre la importancia y valor que tienen las culturas indígenas del occidente e información sobre la legislación indígena vigente».

La propuesta de crear el resguardo fue presentada ante la junta directiva del Incora a finales del año. Su presidente, el ministro de Agricultura, Germán Bula Hoyos, pidió aplazar la decisión. Un grupo de abogados defensores de los indígenas constató días más tarde que

el funcionario tenía vínculos familiares y de amistad con el hacendado Ricardo Escobar y estaba casado con una pariente muy cercana. El grupo descubrió además que el primer cargo público que había ocupado el ministro había sido la gerencia de la Caja de Crédito Agrario en Andes.

Con base en esas averiguaciones, el grupo comenzó a preparar una queja formal ante la Procuraduría General de la Nación solicitando investigar su actuación en el caso.

En diciembre del mismo año, durante un viaje del ministro al exterior, la junta directiva del Incora se reunió y decidió estudiar de nuevo el problema. Finalmente aprobó la creación del resguardo. La medida quedó consignada en la resolución 0185 del 13 de diciembre de 1979. El documento fue firmado pocos días después por el ministro Bula Hoyos y por el secretario Fabián Gonzalo Rebeiz Cardona. Con esto se despejaron las dudas acerca de su conducta.

El territorio del resguardo, de acuerdo con la resolución, tenía una extensión aproximada de 50 mil hectáreas. Estas se hallaban delimitadas por una línea imaginaria que partía del lugar en el que confluyen los límites de los departamentos de Antioquia, Risaralda y Chocó en el nudo de San Fernando, seguía con rumbo noroeste por el filo de la cordillera, hasta el límite entre Antioquia y Chocó, y luego hasta los nacimientos del río Churina. A partir de allí continuaba por el río Churina, aguas abajo, hasta su desembocadura en el río Andágueda y seguía por el río Andágueda aguas arriba hasta la desembocadura de la quebrada Vivícora. Por último, subía por la quebrada Vivícora hasta sus naci-

mientos en la cuchilla de Mentuará y continuaba por el lomo de la cuchilla hasta encontrar el eje principal de la Cordillera Occidental, punto de partida.

La resolución fue notificada a los indígenas a comienzos del año siguiente. Los emberá la recibieron con mucha alegría porque pensaron que con esa decisión el problema de la mina había quedado resuelto a su favor. El Ministerio de Gobierno, sin embargo, no acogió la recomendación de la comisión de cerrar el puesto de policía de La Argelia. Por esta razón, los agentes continuaron obstruyendo el camino entre Andes y el Andágueda e impidiendo el paso de los indígenas.

## 12

**E**L SÁBADO 30 de agosto de 1980, apenas terminó el trabajo en la mina y bajó el sol, los emberá de Río Colorado se reunieron junto al campamento con una sola intención: tomarse todo el aguardiente que el negro Máximo Rentería había traído esa mañana desde San Marino: cuatro cajas repletas de botellas.

Rentería jamás había traído tanto licor en un solo viaje. Los que lo vieron esa tarde dicen que estaba muy nervioso y tenía «caminadera». Apenas vendió el trago, el negro resolvió irse río abajo.

Después de destapar la primera botella, los emberá cumplieron disciplinadamente la orden impartida por el gobernador del cabildo, Enrique Arce, y recogieron todas las armas. Luego las guardaron en una de las pie-

zas del campamento con el fin de evitar trifulcas. Bebieron como unos condenados durante varias horas hasta que la noche acabó por tragarse sus gritos y sus risas. Después de las doce, echados unos encima de otros, en los corredores y en los cuartos del campamento, se abandonaron al sueño plácido del aguardiente sin saber que los aguardaba un baño de sangre.

A las cinco de la mañana, más de cien hombres vestidos de paisanos, en bermudas, y usando sombreros parecidos a los suyos, los atacaron con ráfagas de ametralladora, fuego de fusiles, granadas y bombas lacrimógenas. Sólo en ese momento los indígenas comprendieron por qué Rentería había preferido regresar a San Marino por la tarde, contrariando su costumbre de dormir los sábados en Río Colorado. Algunos que no habían tomado mucho aguardiente alcanzaron a llegar hasta el cuarto de las armas y trataron de responder al fuego pero los hombres ya tenían rodeado el campamento por todos los costados. En medio de los disparos y la confusión, las mujeres empezaron a salir al corredor, gritando. Algunos niños asustados por la lluvia de balas huyeron hacia el río Azul. Cuatro de ellos —Alirio Arce, Jairo Rivera, Gustavo Murillo y Ofelia Murillo— desaparecieron arrastrados por la corriente mientras trataban de ganar la otra orilla.

«Se sentía el olor a pólvora desde los matorrales», dijo uno de los testigos de la matanza, que logró huir y llegar con vida a Medellín.

Los disparos empezaron a escasear cuando el reloj marcaba las siete de la mañana. Para entonces ya habían muerto el gobernador del cabildo emberá, Enrique Arce, y los indígenas Roberto Murillo y Jairo Rivera,

padres de los niños desaparecidos. Uno de ellos recibió un balazo en el cuello. También estaban heridos los indígenas José María Sintuá, Jesús Rivera, Aníbal Murillo y Justo Sintuá.

En medio de los restos vacíos de las cuatro cajas de aguardiente, los desconocidos lograron ocupar el campamento y se apoderaron de las armas que los emberá usaban para defender la mina. Luego, procedieron a amarrarlos con lazos, uno a uno. Sólo entonces se identificaron como agentes de la policía.

El grupo penetró al resguardo indígena por solicitud del juez séptimo de instrucción criminal de Quibdó, Proscopio Ríos Rentería, guiado por dos muchachos del municipio de Andes (uno de nombre Javier Flórez y otro apodado «Paloverde»), pagados por Ricardo Escobar. El juez Ríos Rentería era un funcionario judicial que desde hacía más de un año se hallaba investigando el ataque al helicóptero y el caso de la mina. Según varios testigos, el juez entró al campamento montado en una muía, cabalgando como un vaquero del Oeste, y lleno de júbilo por la contundencia del ataque. El funcionario dijo después que había entrado al Andágueda a buscar a algunos «delincuentes» ubicados en las minas de Palomas Uno, Palomas Dos y Morrón, asentados allí desde hacía algún tiempo.

Durante el resto del día, los agentes se dedicaron a requisar tambos «fumigando bala, lanzando granadas y destruyendo los ranchos». Los indígenas dijeron que entraron a las casas disparando sobre las ollas y los colchones y decomisando machetes y hachas utilizados por ellos para las labores del campo. Muchos de estos

utensilios fueron arrojados a las aguas de los ríos Colorado y Azul.

Los agentes duraron diez horas ingiriendo licor, saqueando los tambos de Río Colorado y despojándolos de sus pertenencias. Según un documento presentado por la sección indígena de la ANUC (Asociación Nacional de Usuarios Campesinos) al Tribunal Russell, las familias indígenas más afectadas fueron las siguientes:

—Luis Enrique Arce, gobernador (muerto) y familia desaparecida, quedó la señora viuda con un niño enfermo de paludismo y anemia crónica, sin casa ni utensilios de cocina, sin ropa porque fue saqueada por la policía con lo siguiente: una grabadora de cinco bandas, marca Silver, cuatro libras de chaquiras, veinticinco pantalones con camisas más la ropa de la señora, veinte castellanos de oro y ciento cincuenta mil pesos en efectivo.

—Jairo Rivera (muerto), la familia desaparecida, la viuda como la anterior perdió ciento veintidós mil pesos en efectivo, quince castellanos de oro, tres libras de chaquiras, una grabadora Silver de tres bandas, una radiola de dos bandas marca Silver, doce pantalones y camisas más los vestidos de su esposa.

—Roberto Murillo (muerto), familia perdida, esposa despojada de todas las pertenencias, perdió una grabadora Silver de cuatro bandas, quince pantalones y camisas más la ropa de su esposa, ocho castellanos de oro, diez y ocho mil pesos en efectivo y cuatro libras de chaquiras.

—José María Sintuá (herido) fue despojado de ochenta mil pesos en efectivo, dos libras de chaquiras,

ocho pantalones y camisas, la ropa de la esposa y de la familia, un radio de tres bandas.

—Jesús Rivera (herido) fue saqueado en catorce mil pesos en efectivo, cinco pantalones y camisas, la ropa de la esposa y familia, ocho castellanos de oro, dos libras de chaquiras, una grabadora marca Silver de cinco bandas.

—Aníbal Murillo (herido) fue despojado de veinticinco castellanos de oro, sesenta mil pesos en efectivo, seis libras de chaquiras, siete pantalones y camisas, ropa de la esposa y familia destruida, dos grabadoras, una de marca Silver de tres bandas y otra de marca Hitachi de cinco bandas, dos muñas aparejadas avaluadas en treinta y cinco mil pesos marcadas con las letras A. M. en el cuadril derecho.

La noticia de la incursión policiva se regó muy pronto por las cincuenta mil hectáreas de la reserva. Al mediodía, montones de emberá que subieron desde la misión de Aguasal hasta las cabeceras del Andágueda comenzaron a acechar a los policías con sus cerbatanas. El comandante de la operación pidió por radio algunos refuerzos. Por este motivo, la noticia del asalto al resguardo se filtró a la prensa. Cerca de cincuenta agentes fueron desplazados desde Medellín para ayudar a sus compañeros, casi todos pertenecientes al comando de policía del Chocó.

La policía, de acuerdo con los informes oficiales, abandonó el resguardo el mismo domingo a las tres de la tarde y regresó al puesto de La Argelia, donde se quedaron treinta uniformados. Los demás miembros de la comisión se llevaron a trece indígenas presos, sindicados de rebelión contra las fuerzas del orden. Diez de

ellos fueron puestos en libertad a los cuatro días y tres permanecieron detenidos cuatro días más en la cárcel de Andes, en Antioquia.

Una denuncia presentada unas semanas después ante el Tribunal Russell por el indígena José Silvio Tabasco reveló que durante la incursión en el Alto Andágueda «los policías hicieron gala de la mayor brutalidad y violencia y su intención más clara fue acabar con la población aborígen».

«Hicieron prácticamente despatriar la comunidad emberá», dijo Tabasco. «En estos momentos más de quinientas personas se encuentran aguantando física hambre, se han tenido que internar en la selva, y allí se alimentan exclusivamente de cogollos de palmas y frutas silvestres de montaña. Fueron despojados de todas sus pertenencias, utensilios de cocina, todos sus enseres fueron arrojados aguas abajo del río Colorado, lo que no echaron al agua lo perforaron y lo destruyeron a bala; los indígenas se han replegado a la montaña a causa de la violenta arremetida de la policía. Hasta ahora no han podido regresar ni a mirar las ruinas en que dejaron sus chozas los agentes del orden que al mando del terrateniente Escobar y del juez Proscopio Ríos han despojado a la comunidad emberá de todas las tierras del resguardo».

Los datos consignados en la denuncia ante el Tribunal Rusell fueron recolectados por el indígena José de los Santos Arce, natural del Alto Andágueda, quien vivió y declaró sobre los hechos y quien informó y presentó su declaración en la vereda de Cristianía, en Andes, adonde se trasladó enfermo de anemia y paludismo en compañía de dos indígenas viudas, también

enfermas, cuyos nombres eran Ana María Mamundia y Mélida Tequia, y los heridos Jesús Rivera, José María Sintuá y Justo Sintuá.

Las autoridades civiles del Chocó deploraron el ataque y dijeron que no fueron informadas previamente de la operación policial, a pesar de ser los directos responsables del mantenimiento del orden público en esa región del país. La actuación de la policía, según ellos, los dejó «perplejos».

El jefe nacional de Asuntos Indígenas, Julián Narvárez, viajó a Medellín para reunirse con oficiales de la policía y el ejército. Durante su estadía en Medellín, Narvárez desmintió informaciones de algunas organizaciones indígenas que lo acusaban de haber prometido a los emberá la construcción de una escuela, un centro de salud y un salón comunal si accedían a devolver la mina en litigio a la familia Escobar.

En Quibdó, mientras tanto, centenares de indígenas de la Orewa (Organización Regional Emberá Waunana) marcharon por las calles protestando por la masacre.

La muerte del gobernador Enrique Arce y de sus compañeros de cabildo fue denunciada en Bogotá por una delegación que viajó hasta esa ciudad para pedir la intervención del gobierno nacional en la solución del problema de la mina. De ella hacían parte los indígenas Ovidio Sanapí, Hugo Tequia, Epifanio Tequia y Raúl Murillo. La delegación llevó restos de bombas lacrimógenas, vainillas de fusil y esquirlas de granadas para demostrar ante el gobierno la brutalidad de los ataques y entre el 2 y el 5 de septiembre denunció los hechos en el juzgado 26 civil de Bogotá.

Según los indígenas, la policía disparó a corta distancia contra ellos y retuvo a algunos heridos durante varios días en el campamento de La Argelia, sin que recibieran ninguna clase de atención médica.

- El abogado indígena Aníbal Tascón, de origen emberá, se encargó por su parte de presentar una queja formal ante la Procuraduría General de la Nación pidiendo que se investigaran los abusos de la policía.

La comisión emberá que viajó a Bogotá también entregó una carta dirigida al presidente Julio César Turbay Ayala. En ella, los indígenas decían: «¿Cómo es posible que después de aprobar la creación del resguardo por usted, señor presidente, se mande al ejército y a la policía con fusiles, ametralladoras, granadas y demás armamentos para asesinarlos y buscar nuestro desalojo?».

# 13

**D**ESPUÉS DEL ataque de la policía a la reserva emberá recién creada por el gobierno y de la muerte del gobernador Enrique Arce, la política del Estado en materia indígena empezó a ser cuestionada por algunos periódicos del país.

Los métodos usados por los agentes durante el asalto, pero sobre todo la estratagema cruel de las botellas de aguardiente llevadas la víspera hasta Río Colorado para embriagar a los indígenas, causaron indignación entre los colombianos.

En Bogotá, el periódico *El Tiempo* criticó duramente la conducta de la policía, especialmente el engaño a los indígenas con las cajas de licor llevadas desde San Marino. El diario, en su página editorial, pidió el retiro in-

mediato de los agentes del territorio emberá. Lo mismo exigieron todas las organizaciones indígenas del país.

A partir de ese momento, el Ministerio de Gobierno rectificó su posición y ordenó a la policía retirarse de la zona. De este modo se cerró un capítulo en la historia de la mina y la disputa se trasladó a los juzgados, a las oficinas del Incora y a las del Ministerio de Minas, donde la familia Escobar tramitaba una licencia para explotar el filón de oro descubierto por Aníbal Murillo.

- Para defender sus derechos, los emberá decidieron contratar al abogado indígena Aníbal Tascón, un hombre moreno y bonachón, de cincuenta y cinco años, que gracias a una beca pudo graduarse como abogado en la Universidad de Antioquia. Había nacido en Andes y había sido gobernador del cabildo indígena de Cristianía, un poblado emberá situado en la carretera entre Andes y Jardín.

, Tascón presentó una queja formal ante la Procuraduría por la actuación de los agentes en el asalto al campamento de Río Colorado y pidió investigar la conducta del juez Proscopio Ríos Rentería, quien tenía a su cargo la investigación penal de los hechos en el caso de la mina y era el funcionario que había solicitado la intervención de la policía en la zona del Andágueda.

Además, Tascón pidió al gobierno el levantamiento judicial de los cadáveres de los indígenas asesinados por la policía en Río Colorado.

En un comienzo, la policía aceptó abandonar el territorio emberá. Diez días después del sangriento ataque, sin embargo, todavía permanecían veintidós uniformados de la policía del Chocó en cercanías de la re-

servación, con el pretexto de «defender» a los aborígenes y mantener la paz. El juez, por su parte, se retiró a La Argelia y continuó interrogando a algunos indígenas. Un tiempo después fue retirado del caso.

« El abogado Tascón asistió a los emberá que habían sido detenidos en todos los procesos judiciales en que se vieron involucrados después del ataque de la policía, hasta lograr su libertad. Luego se encargó de continuar al frente del litigio por la posesión de la mina y por los derechos de explotación.

Al mismo tiempo, en Cristianía, los hermanos de raza del abogado se hallaban enfrascados en un conflicto de tierras. Más de dos mil indígenas sobrevivían allí, arrinconados por la pobreza, en un terreno de ciento veinte hectáreas situado en el corazón de la zona cafetera del suroeste de Antioquia. El desespero por tener un pedazo más de tierra que el Incora les había prometido desde 1978 —como consta en la resolución 0056 de ese año, que expropió varias haciendas cafeteras montadas en un territorio que antiguamente era del resguardo— llevó a los indígenas a invadir los terrenos de una hacienda del abogado Libardo Escobar, primo de Ricardo, que lindaba por un costado con sus tambos. El 9 de julio de 1980, los emberá habían quitado el cerco. Las doscientas cincuenta familias del resguardo se pusieron entonces a sembrar café y plátano en las nuevas tierras. Pero el 15 de julio, veinte policías los sacaron de allí a punta de fuste, garrote y patadas, según el testimonio de varios indios que estuvieron presos en la cárcel de Jardín.

- En junio de 1983, Tascón estaba comprometido en varios pleitos que tenían que ver con sus hermanos de

raza. De un lado, seguía representando legalmente a los emberá del Alto Andágueda en el litigio de la mina. De otro, defendía legalmente a sus hermanos de Cristianía envueltos en el lío de las tierras. Además, en la población de Andes corrían rumores de que también había aceptado ser el abogado de un indígena de Río Colorado que había descubierto una nueva mina de oro en territorio del resguardo emberá.

Un viernes de junio de 1983, el abogado subió a un taxi colectivo que hacía la ruta entre Jardín y Andes. Apenas cruzaron el puente Pizano, situado en las afueras de Jardín, un pistolero a sueldo que se había camuflado entre los pasajeros, vestido como un campesino, hizo detener el carro, se bajó, y sin decir una palabra, sacó un revólver y disparó tres veces sobre la cara de Tascón. El cuerpo del abogado indígena se derrumbó sobre la silla del automóvil.

El «pájaro» contratado para cometer el crimen huyó por las montañas que bordeaban la carretera y jamás fue capturado por la policía.

Tascón venía de adelantar algunas diligencias en el juzgado penal del municipio de Jardín, relacionadas con la muerte de Mario González Yagarí, otro indígena del resguardo de Cristianía asesinado por un blanco el primero de marzo de ese año, en una fonda cercana al resguardo. A pesar de las evidencias presentadas en el juicio, el asesino de González Yagarí había sido sobreseído por un jurado formado por gente blanca de la región. Tascón había apelado la decisión y luchaba por un nuevo juicio, con todas las garantías, en una jurisdicción diferente a la de Andes.

Cinco días antes de su muerte, Aníbal Tascón había revelado a un periodista del diario *El Mundo*, de Medellín, que algunos hacendados ofrecían cien mil pesos por su cabeza. «Me cogerán cuando se vaya la luz o cuando venga al resguardo», dijo. Y ese mismo día, durante una reunión, les habló así a sus hermanos de Cristianía: «Si quieren vivir como humanos y no ser tratados como perros, continúen luchando por la madre tierra y demuestren que el indio catío no se va a doblegar aunque nos amenacen o nos maten».

**E**N 1981, DURANTE los primeros meses del año, una columna del M-19 de la que hacían parte Carmenza Londoño —«La Chiqui»— y Elmer Marín entró al territorio del resguardo del Alto Andágueda por la zona de El Chuigo. Los guerrilleros venían huyendo de un cerco que les tendieron tropas del ejército después de la toma de la población de Mistrató. Como ninguno de los hombres del M-19 conocía la zona, la columna buscó ayuda entre la población indígena.

El ejército envió soldados al Alto Andágueda desde Manizales y Medellín. La compañía que llegó de Manizales se concentró en Aguasal. La de Medellín empezó a patrullar la parte alta del resguardo, taponando el camino entre Andes y Río Colorado y controlando el territorio donde se hallaba la mina.

En el Andágueda, los guerrilleros del M-19 sufrieron una de las peores derrotas de su historia. El ejército puso precio a sus cabezas y muchos indígenas se dedicaron a perseguirlos como si fueran presas de caza.

Los miembros de la columna no habían tenido contacto previo con la población indígena ni habían llevado a cabo ninguna clase de trabajo político en la región ni en sus alrededores. Los emberá, por su parte, a raíz del conflicto de la mina, se mantenían atentos a la entrada de cualquier persona ajena al resguardo, sobre todo si se trataba de gente con armas.

Los guerrilleros fueron cayendo uno a uno, en combates aislados con las tropas del ejército, en emboscadas y en celadas tendidas por los mismos indígenas.

«La Chiqui», por ejemplo, murió al lado de dos compañeros —uno de ellos, una guerrillera en embarazo— en la región de El Chuigo, en una emboscada, después de que un indígena informara al ejército de su presencia en el resguardo.

Otro guerrillero que andaba rezagado, lejos de sus compañeros de grupo, fue asesinado mientras tomaba agua en una quebrada. El que lo mató era un indígena que le seguía los pasos y que quería cobrar la recompensa de treinta mil pesos que daba el ejército por cada guerrillero en el puesto de Aguasal.

En los alrededores de El Chuigo, tres guerrilleros que iban muy cansados aceptaron la colaboración de varios indígenas que se ofrecían a llevarles las armas y los morrales. Después de un trecho, los tres hombres les pidieron que se detuvieran un rato a descansar. Los tres se sentaron a tomar un poco de aire. En ese momento,

uno de los indígenas sacó un machete y mató a uno de los guerrilleros cortándole la cabeza. Los otros dos alcanzaron a reaccionar a tiempo y huyeron por la selva, horrorizados y sin armas. El indígena que cometió este crimen fue poco después a Aguasal, reclamó la recompensa y fue recibido como un héroe por varios oficiales del ejército en la base militar del Carmen de Atrato.

Los emberá dicen que de esa columna del M-19 se salvaron solamente cuatro guerrilleros que alcanzaron a pasar el resguardo y salieron hacia el suroeste de Antioquia atravesando los farallones del Citará.

El aislamiento en que habían quedado los guerrilleros del M-19 era tan deplorable que los cuerpos de muchos de ellos tuvieron que ser entregados a los sacerdotes de la región para que les dieran sepultura. Así sucedió, por ejemplo, con «La Chiqui» y sus compañeros. Sus cuerpos fueron llevados a Bagado y allí el párroco, un cura claretiano de origen español que había sido simpatizante del franquismo durante la Guerra Civil de 1936, celebró un oficio fúnebre en la iglesia principal del municipio y los sepultó bajo el rito católico en el cementerio, a pesar de las protestas de los militares. «Ellos también eran cristianos», dijo el sacerdote, con valentía, cuando fue interrogado acerca de su conducta por oficiales del ejército.

En junio de 1981, la Cuarta Brigada del ejército, con sede en Medellín, envió por el camino de Andes una columna de soldados del Batallón Girardot con la misión de vigilar la zona de Río Colorado. En ella iban cuatro muchachos bachilleres que estaban prestando servicio militar y que tenían el encargo de alfabetizar a los indígenas. Los soldados, con su equipo de campaña,

se demoraron cuatro días para ir desde Andes hasta Río Colorado. Los muchachos bachilleres, que tenían orden de ir vestidos de civil, hicieron el camino, con unos arrieros, en dos días.

Uno de esos muchachos era Juan Carlos Márquez. Hasta mediados del año, Márquez había estado prestando servicio en el oriente de Antioquia. De allí fue enviado a Medellín, donde le dictaron un curso de dos semanas con el fin de prepararlo para su nueva misión: alfabetizar indígenas en el Alto Andágueda.

Márquez llegó a Río Colorado con tres compañeros más. Iban vestidos de civil y sin armas a la vista. El superior era un cabo segundo que apenas cargaba en su morral un revólver y dos granadas. Los indios los alojaron en el campamento de Río Colorado que entonces era mitad escuela, mitad calabozo y mitad casa. Los soldados dormían en un zarzo de la escuela. En la casa vivía el jaibaná Gabriel Estévez, un patriarca de la región, tío de los mestizos Humberto y Orlando Montoya.

Durante su estadía, Juan Carlos no vio a ningún guerrillero vivo. Casi todos habían sido exterminados por los indios. En cambio vio un guerrillero muerto. Su cadáver fue hallado por un emberá que buscó al comandante de la compañía, le entregó el morral del guerrillero y reclamó la recompensa. Cuando fueron a recoger el cuerpo, se dieron cuenta de que había muerto hacía más de un mes.

En Río Colorado, Juan Carlos trabajó solamente en tareas civiles, al lado de cuatro promotores de salud de origen indígena que habían sido capacitados por el ejército, en desarrollo de un convenio con la comunidad emberá. De vez en cuando el comandante del Ba-

tallón Girardot viajaba en helicóptero hasta Río Colorado, cargado de tulas con mercados, ruanas, cobijas, telas y otros enseres que el ejército les regalaba a los indígenas.

Durante los seis meses que estuvo en el Andágueda, Juan Carlos trabó amistad con varios emberá, pero especialmente con el jaibaná Gabriel Estévez, a quien todos llamaban familiarmente «El Tío». En esa época, la mina era explotada por los indios de Río Colorado, en turnos rigurosos. La gente de Río Colorado era la única del resguardo que tenía derecho a trabajar en el molino. Los indígenas de las otras regiones podían subir a la mina, recoger piedras y barequear. Pero la molienda se la turnaban, semana a semana, y de manera exclusiva, los hermanos Humberto y Orlando Montoya, los hermanos Muriel y Alipio Campo, Aníbal Muriillo, Maximiliano Murillo, Aníbal Murrí, Justo y Gabriel Sintuá, y el jaibaná Gabriel Estévez.

El molino, recuerda Juan Carlos, trabajaba día y noche. La molienda y la lavada de cada semana ya no producían los dos o tres kilos de oro a que estaban acostumbrados los indígenas en los buenos tiempos, pero sí daban los castellanos suficientes para que los jefes de clan de Río Colorado sostuvieran a sus familias. También estaba programada la llamada «molienda de la comunidad», con la que se recogían fondos para el cabildo y para obras de beneficio común tales como la escuela y el puesto de salud.

A la mina subían entonces muchos trabajadores negros de Piedra Honda y de San Marino, expertos en dinamitar las rocas y triturarlas a punta de mazos. Casi todos ellos trabajaban como asalariados.

Durante el tiempo que estuvo en Río Colorado como maestro, Juan Carlos no presenció ningún choque armado. Los guerrilleros del M-19 ya habían sido exterminados y los mismos indígenas mantenían una vigilancia permanente del territorio, en colaboración estrecha con el ejército. Según él, «de junio a diciembre de 1981, todo estaba en paz».

En materia de salud, las cosas eran muy distintas. Entre los indígenas había mucha tuberculosis, mucho paludismo y mucha desnutrición. El caso más grave que conoció Juan Carlos fue el de Rosendo Estévez, un hijo del jaibaná Gabriel Estévez. El muchacho tenía unos diecisiete años y apenas pesaba algo más de veinte kilos.

«Parecía un niño de diez o doce años» dice Juan Carlos. «Tenía una tuberculosis tan avanzada que la infección se le había regado por todo el cuerpo. Incluso tenía llagas en la espalda que le supuraban».

Cuando terminó de prestar el servicio militar obligatorio, Juan Carlos regresó al Alto Andágueda tres veces. En una de esas visitas vio que Rosendo ya no podía ni siquiera caminar. Se había encorvado debido a que la enfermedad le había atacado la columna vertebral.

Juan Carlos se demoró varios días para lograr convencer a Gabriel Estévez y a la madre del muchacho de que lo dejaran traer a Rosendo a Medellín. Apenas obtuvo el permiso, con la ayuda de un amigo que lo había acompañado hasta Río Colorado, se echó al indígena a las espaldas y emprendió el camino de regreso a Medellín. Esta vez, para salir del resguardo, prefirió la trocha que iba a dar a Pueblo Rico, porque por el camino de Andes no había un solo lugar dónde resguardarse de la

lluvia y el frío por las noches. Aunque Rosendo estaba casi en los huesos, la travesía por las selvas fue penosa y duró tres días. En la misión de Aguasal, una enfermera les ayudó a curarle las heridas de la espalda. En Pueblo Rico tomaron un bus. Cuando llegaron a Medellín, Juan Carlos llevó a Rosendo directamente al Hospital de San Vicente de Paúl. Los médicos que lo examinaron dijeron que el indígena tenía una tuberculosis gangrenaria que le había infectado todo el cuerpo. La infección en los huesos, a su vez, le había producido osteomielitis. Además, el muchacho tenía mal de Pott, una enfermedad que destruye el tejido óseo de la columna vertebral. Todas las enfermedades habían sido producidas por una tuberculosis inicial que no fue tratada a tiempo, una enfermedad, por lo demás, muy común entre la población indígena del Alto Andágueda, a pesar de que la humanidad logró derrotarla en el resto del mundo hace casi un siglo.

Rosendo Estévez permaneció internado en el hospital durante medio año. Los médicos atacaron la infección con toda clase de antibióticos. Para reconstruir su columna vertebral le reimplantaron tejido óseo tomado de otras partes de su cuerpo. Luego enyesaron su tórax, tratando de devolverlo a la posición erguida, de ser humano, que había perdido hacía tiempos. Seis meses más tarde, el muchacho volvió a caminar. Un año después regresó al Alto Andágueda, por la trocha de Andes, caminando solo, con sus propios pies.

**D**ESPUÉS DE la aniquilación de la columna del M-19 y de la campaña cívico-militar de la Cuarta Brigada del ejército en Río Colorado, en la reserva del Alto Andágueda hubo un período de paz que duró casi cinco años.

La policía se retiró de La Argelia. El hacendado Ricardo Escobar, acosado por las deudas que le dejó la guerra con los indígenas, abandonó la lucha por recuperar la mina. El padre Betancur dejó de ser el misionero amenazante de la época antigua. Los cambios ocurridos en la comunidad claretiana, en la iglesia y en el internado lo habían obligado a ceder un poco de su antiguo poder. Hasta aceptaba, de vez en cuando, ir hasta Río Colorado a celebrar misa, a casar a las parejas que contraían matrimonio y a bautizar a los niños recién nacidos.

Si en la parte de arriba, con la mina, las cosas habían cambiado, abajo, con la resolución del Incora que creaba el resguardo, la situación también empezaba a ser distinta. Por eso, en la misión, el padre Betancur enfrentaba los primeros problemas.

En varias reuniones celebradas en Medellín y en Aguasal, los superiores de la comunidad claretiana habían expresado su intención de devolver a los indígenas las tierras de la misión, acatando la resolución del Incora. El padre Betancur no estaba de acuerdo. Decía que los potreros y el edificio los había hecho él. Que el ganado lo había levantado con mucho sacrificio. Que durante muchos años él había sido el misionero, el albañil, el mayordomo, el enfermero, el capataz de la misión. Que todo eso lo había hecho para sostener el internado y educar a los indígenas en la religión.

Los superiores escucharon los argumentos del padre Betancur. Sin embargo, le advirtieron que no podía olvidar que todas esas cosas las había hecho en un territorio que por tradición pertenecía a los emberá.

En 1983, el padre Luis Fernando Tobón, superior provincial de los claretianos, devolvió a los indígenas las tierras de la misión. La comunidad conservó, solamente, el colegio de Aguasal y decidió seguir dirigiéndolo en forma conjunta con el Vicariato Apostólico de Quibdó.

El padre Betancur, un poco contrariado, pidió la dispensa de sus votos, abandonó la comunidad claretiana y se vinculó al clero secular del Vicariato Apostólico. Mientras tanto, siguió viviendo en la misión y manejando la tienda, donde aún compraba oro cada semana a los indios de Río Colorado. De igual forma

mantuvo la decisión de permitir el paso de provisiones por el camino de Pueblo Rico a la gente de arriba del resguardo.

En Río Colorado, mientras tanto, después del asesinato del gobernador Enrique Arce, el cabildo se había reorganizado. En su reemplazo, había sido elegido Aníbal Murrí. Éste murió al poco tiempo, en circunstancias extrañas, al parecer envenenado por algunos enemigos. Murrí fue reemplazado en el liderazgo del cabildo por los hermanos Humberto y Orlando Montoya.

Cuando la policía atacó la zona de Río Colorado y mató a Enrique Arce y a sus compañeros, los hermanos Humberto y Orlando Montoya se hallaban en Paságuera levantando sus nuevas familias. Ambos se habían ido a vivir allí y se habían casado con mujeres indígenas después de la muerte de su primo Jaime Montoya. Humberto lo hizo con Xenobia Murillo. Orlando, por su parte, se casó con Nohelia Tequia. Los dos matrimonios los vincularon de por vida a clanes indígenas. Antes de eso, los dos mestizos eran considerados indígenas a medias: aunque su madre tenía sangre emberá, su padre, Eduardo Montoya, el antiguo heredero de la mina de Morrón, tenía sangre blanca.

Luego de la muerte de Aníbal Murrí, los Montoya regresaron a Río Colorado. Allí se establecieron con sus familias y reorganizaron el trabajo de la mina. Gracias a su habilidad como empresario, heredada de su padre, Humberto se mantuvo como gobernador del cabildo desde 1981 hasta 1984. Después fue elegido tesorero.

Durante ese tiempo, a su alrededor se mantuvo el mismo grupo que había apoyado a Jaime en el pasado. Ahora el grupo tenía el respaldo de su tío, el jaibaná

Gabriel Estévez, una de las cabezas de clan familiar más tradicionales de Río Colorado. También tenía el apoyo de Justo Sintuá y la ayuda permanente de algunos amigos de Andes. Éstos conseguían dinamita para el trabajo de la mina, lo mismo que repuestos para el molino, drogas y víveres.

El grupo de Humberto Montoya mantuvo el dominio de la zona de Río Colorado a lo largo de seis años. Ese dominio se acrecentó con la participación en el trabajo de la mina de los hermanos Muriel y Aquileo Campo, Maximiliano Murillo, Aníbal Murillo, los familiares de Aníbal Murrí y Gabriel Sintuá. Todos ellos tenían turnos en el molino de pisones, semana tras semana. Los demás indígenas podían subir a la mina a trabajar como asalariados o a barequear.

La paz, sin embargo, se vio amenazada por algunos rumores. La gente hablaba de la llegada al resguardo de nuevos grupos guerrilleros. En El Chuigo, por ejemplo, decían que Miguel Murrí estaba formando un grupo armado con jóvenes de la región. El grupo hacía prácticas de tiro y se entrenaba por las montañas. Por allí, según la gente, estaban entrando muchos extraños.

Un tiempo después, por los lados de Mombú, se acrecentaron los rumores sobre la llegada de nuevos guerrilleros. Esta vez, la gente decía que eran miembros de una columna del Ejército de Liberación Nacional que operaba en la zona de Carmen de Atrato, sobre el kilómetro 18 de la carretera Medellín-Quibdó, y que se desplazaba hasta el Alto Andágueda y el suroeste de Antioquia cruzando el territorio del resguardo.

Estos rumores causaban alarma entre los indios de Río Colorado que habían colaborado en forma estrecha

con el ejército en las labores de exterminio de la columna del M-19. Uno de ellos era Muriel Campo.

Campo, según varias denuncias recogidas por la Orewa, dirigía un grupo paramilitar que se había formado con ayuda del ejército por la época de las operaciones contra el M-19. El grupo estaba bien armado y entrenado y vigilaba en forma constante la parte alta del territorio emberá, desde Río Colorado hasta Cascajero.

Apenas se detectaba la presencia de cualquier extraño, el grupo reaccionaba de inmediato y salía en su búsqueda. Por esa época, en el Alto Andágueda, la costumbre era matar primero y después preguntar quién era el muerto. Así encontró la muerte un loco de Andes que se voló de su casa y se fue por esos lados a caminar. Del mismo modo fueron asesinados varios desconocidos que se cruzaron con el grupo por el camino entre Andes y Río Colorado.

El grupo de Muriel Campo hacía sus cosas en forma clandestina pero por los caminos era común encontrarse en el barro las huellas que dejaban sus botas.

Los rumores enturbiaron la paz y contribuyeron a aumentar las rivalidades que existían entre las comunidades de abajo (Conondo, El Chuigo y Aguasal, principalmente) y las de arriba (Río Colorado, Cascajero y La Península). A fines de 1986 podía decirse que abajo estaban los más pobres y resentidos y arriba los ricos que sacaban el oro de la mina. Por otra parte, la gente de Río Colorado ya no dependía tanto de la misión de Aguasal pues Humberto Montoya, con dinero del cabildo, había mandado construir una escuela y un centro de salud. Los auxiliares del puesto y los maestros de la escuela habían sido capacitados por personal del ejército.

De todos los conflictos, el más grave era el de las rivalidades por la mina. A Guillermo Murillo, por ejemplo, le habían negado una vez el derecho a instalar un monitor. También había problemas por la dinamita: Orlando y Humberto la fiaban a algunos indios de abajo y ellos después no pagaban. Así se fueron acumulando deudas y rencores. Al final, dos comunidades nada más (las de Río Colorado y Cascajero) tenían acceso a la mina. Las otras doce, no.

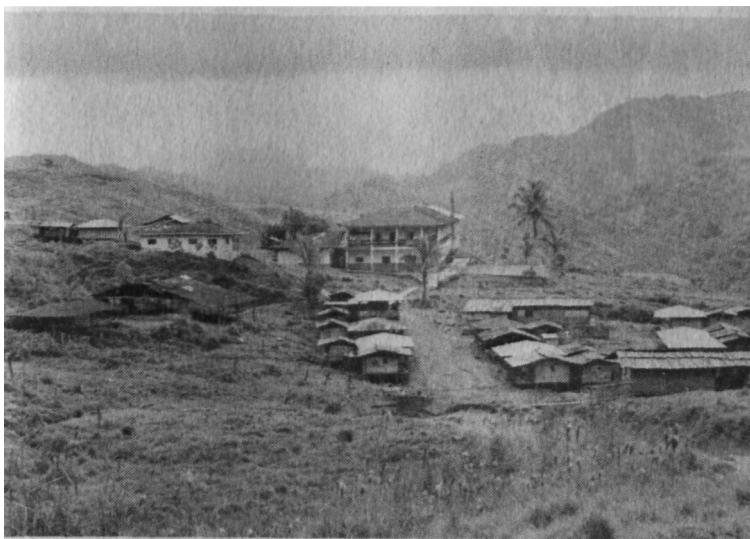
En cambio, según los indígenas de Aguasal, eran cada vez más los paisas de Andes y los negros de Piedra Honda que tenían acceso a la explotación de la mina. A ellos se sumaban algunos politiqueros que cedulaban a los indígenas para llevarlos a votar por sus candidatos a Bagado y a Andes.

Casi nadie recuerda la fecha en que empezaron los roces por el camino de Aguasal, cuando la gente de arriba bajaba a Pueblo Rico o la misión a comprar provisiones. Los habitantes de Conondo, a veces, hasta les negaban el paso por el puente del Andágueda.

Por esa época, Miguel Murrí se preparaba ya con sus hombres para atacar la mina.

El grupo de blancos nacidos en Andes que apoyó a los Montoya también sufría de algunas divisiones. Luis Eduardo Ospina, por ejemplo, se había alejado del resguardo hacía años a causa de algunas diferencias con Humberto y Orlando.

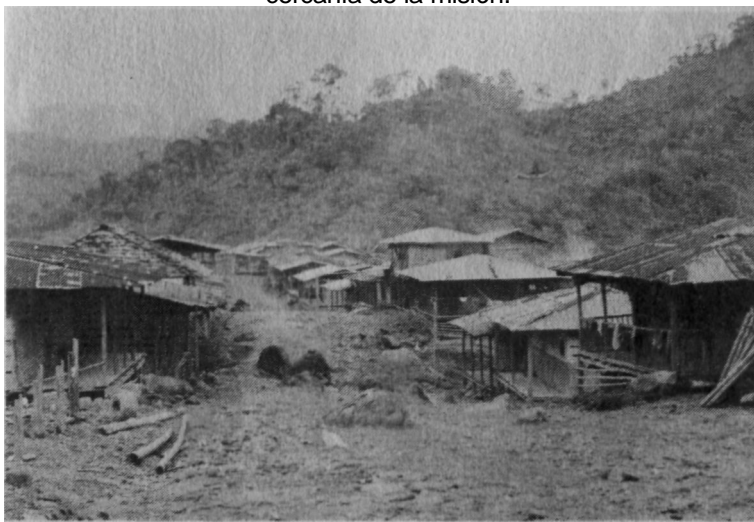
Así estaban las cosas a finales de 1986. Pero el oro de la mina no dejaba ver nada. Aunque los problemas estaban ahí, la gente se olvidaba de ellos cuando podía sacar unos cuantos castellanos.



• • • H H U S

La misión de Aguasal. A unos metros, el primer caserío que se formó junto al colegio apenas empezó la guerra.

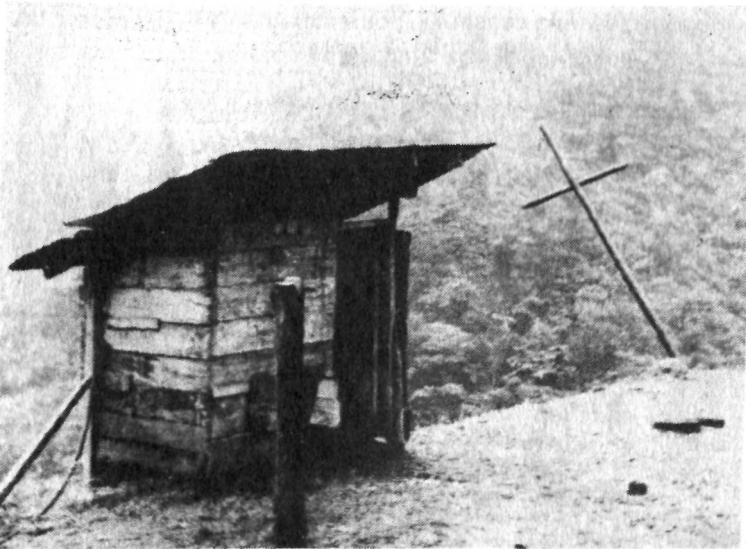
Segundo caserío construido por refugiados de la guerra en cercanía de la misión.





La muerte, una cosa corriente en el Alto Andágueda.

Una cruz en medio de la selva, en cercanías de la mina descubierta por Aníbal Murillo.





Mina descubierta por Anibal, vista desde Palomas Uno.

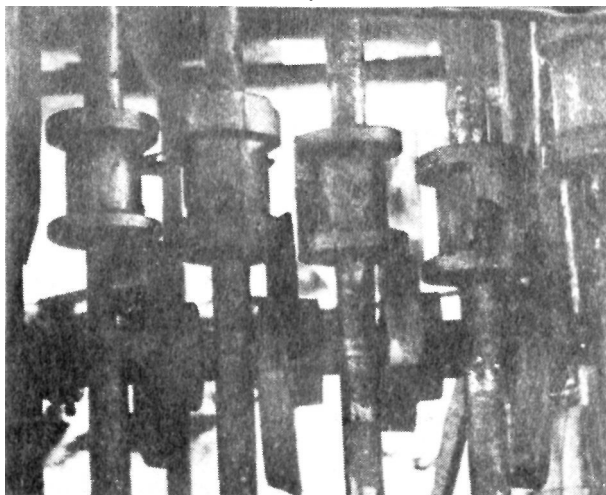
Socavones en la mina de Morrón.





Cantera de Palomas Uno.

Pisones del molino californiano donde los emberá trituran las rocas para extraer el oro.

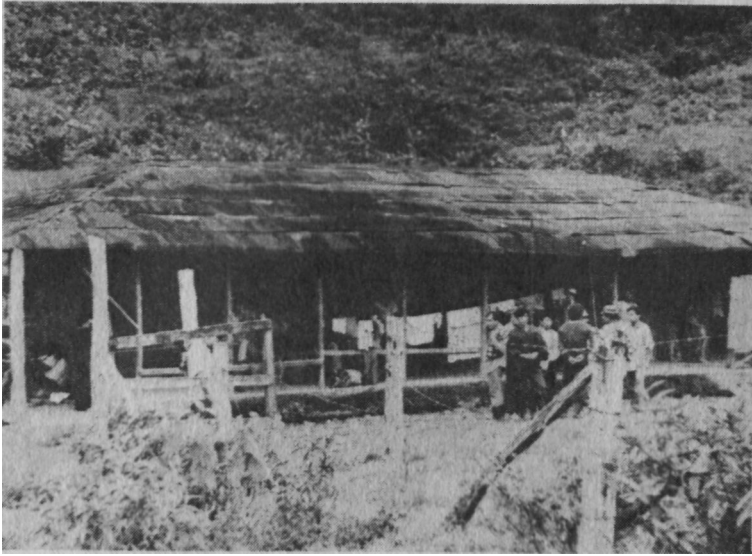




Los emberá celebran la noticia de que pronto habrá una reservación, en diciembre de 1979.

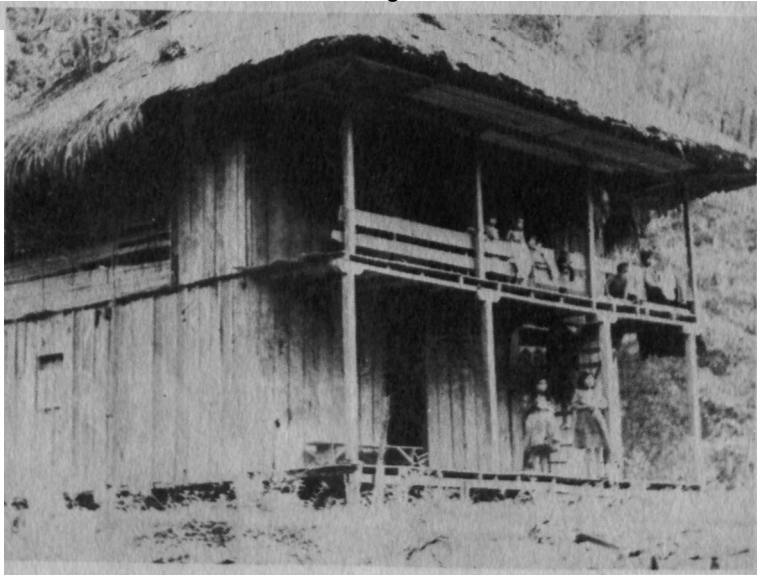
Enrique Arce, gobernador del cabildo de Río Colorado, asesinado por la policía en agosto de 1980.





Campamento de Río Colorado.

Rancho de Bernardo Arce, en Conondó. Aquí se construyó el caserío más grande del Andágueda cuando estalló la guerra entre los indígenas.



**E**N LENGUA emberá, en el Alto Andágueda, no existía la palabra moneda a comienzos de este siglo. Las relaciones económicas entre los indios de las distintas zonas del territorio eran de trueque. Se cambiaba maíz por pescado, plátano por carne, madera por víveres. No había que contar muchas cosas. Para hablar de los billetes de los blancos, los emberá decían «kidúa», que quiere decir papel. Cuando entraron los primeros billetes, hace años, se acostumbraba a contarlos diciendo, en lengua emberá, un kidúa, dos kidúas... aunque fueran billetes de cien pesos o de mil. Así lo relata el misionero claretiano Constancio Pinto, principal estudioso de la lengua emberá. Tuvieron que pasar muchos años para que los «kidúas» ganados jornaleando en las haciendas cafeteras y ganaderas de los alrededores lograran ser reconocidos por los indios.

Cuando aprendieron a distinguir los billetes, la base de su numeración —que es el cinco— les trajo nuevos problemas. Antes, al comprar o al vender tenían que hacerlo calculando montoncitos de a cinco. El número siete, por ejemplo, se representaba diciendo cinco más dos. La palabra treinta y tres era un fonema de difícil pronunciación que tenía más de veinte sílabas. Los billetes, en cambio, introdujeron los «ojos» en la forma de contar. Estos son equivalentes a los ceros de la numeración arábiga. Hoy, después de la bonanza del oro, los emberá cuentan el número de ceros de los billetes y las cifras grandes por el número de «ojos».

Esta es una de las muchas cosas que el oro de la mina de Río Colorado trastornó en el mundo pequeño y pobre —pero, hasta hace unos años, apacible— de los emberá del Alto Andágueda.

Además de la forma de contar, el oro y los billetes cambiaron las costumbres, la idea de los viajes, el pelo, los dientes, los techos de los tambos, los relojes, la música...

El oro no se gastó solamente comprando fusiles AK-47. En los tambos de Aguasal, Conondo, El Chuigo, Paságuera, Río Colorado, el oro sacado de la mina provocó una revuelta en las costumbres como nunca antes se había visto y se gastó a manos llenas para comprar grabadoras Silver, Sony, Hitachi, relojes vistosos de todos los modelos y tamaños, cajas y más cajas de aguardiente y alcohol, kilos y más kilos de chaquiras de colores...

En la época del oro, al resguardo empezaron a llegar por miles frascos de agua oxigenada que muchas indias usaban para desteñirse el pelo e imitar la apariencia de las rubias. Después, el agua oxigenada em-

pezó a ser usada también por algunos jóvenes, como los del grupo de Miguel Murrí, en El Chuigo. La gente cuenta que a los muchachos se los distinguía de lejos no sólo por los morrales y las armas sino por su pelo de color rubio.

Detrás de los frascos de agua oxigenada llegaron los tubos de Kolestone, los fijadores y la gomina. «En esa época, en el resguardo había pelos de todas las formas y colores», recuerda una maestra del colegio de Aguasal.

Durante la bonanza de los primeros años muchos jefes de familia también decidieron cambiar los techos de palma de los tambos por tejas de zinc, iguales a las del campamento y la mayoría de Río Colorado. Los nuevos techos eran más caros y vistosos que los tradicionales, contruidos a base de palma, pero cuando hacía sol, el calor se volvía insoportable en los tambos y la gente se veía obligada a abandonarlos, sobre todo al mediodía, para buscar un lugar fresco bajo la sombra de los árboles.

Con los dientes pasaron cosas similares. Hubo gente que iba a los consultorios odontológicos de Pueblo Rico o Pereira a forrárselos en oro. En Río Colorado hubo un indígena que se los mandó forrar en platino.

Los viajes en avión también se pusieron de moda en el resguardo. La costumbre la iniciaron los miembros del cabildo de Río Colorado que aprovechaban las comisiones a las oficinas del Incora, en Bogotá, para ir al estadio El Campín a ver los clásicos que jugaban Santa Fe y Millonarios. «Llegaban los viernes, compraban las boletas y después iban a las oficinas a pedirnos el favor de que les guardáramos las cosas hasta el lunes», cuenta Enrique Sánchez. «Con el tiempo nos dimos cuenta

de que ahí, con la ropa, casi siempre traían oro en polvo en pequeños talegos. El lunes, después del partido, vendían el oro, hacían las vueltas y volvían al Andágueda por Pereira».

Después, la fiebre de los aviones se volvió común. Los indígenas llegaban al aeropuerto de Pereira, compraban un montón de tiquetes, se montaban en el avión y se iban a darle la vuelta al país. Hubo gente que durante un fin de semana nada más estuvo en Cartagena, Bogotá, Barranquilla, Cúcuta, Medellín y Cali.

«El disfrute de ellos era saber que allá arriba no viajaban sino los blancos», dice Alonso Tobón, un funcionario de la Organización Indígena de Antioquia que visitó el Alto Andágueda durante la bonanza. «Ellos allá en medio de esas selvas no habían visto los aviones sino cuando pasaban por el cielo... Y en cambio ahora podían volar en ellos y estar en las nubes, mirando para abajo. Eso era una sensación muy grande. Eso para ellos era fabuloso. Y después llegaban allá a contar cómo era».

Durante la época del oro, en el Alto Andágueda había relojes por todas partes. Algunos eran enormes, de números romanos, y ningún indígena era capaz de leerlos. «Ser mediodía. Tal vez tres, cuatro horas, tal vez veinte minutos»: así contestaban cuando les preguntaban por la hora. También se pusieron de moda las gafas verdes, para proteger los ojos del sol, y los zapatos de cuero, y los sacos y las corbatas.

Una antropóloga de la Universidad de Antioquia halló una vez a un grupo de indígenas de sombrero y corbata trabajando con sus machetes en la despejada de una trocha.

En Andes, cuando los indios llegaban a la zona de prostitución, los fines de semana, las putas se los peleaban porque sabían que llegaban cargados de oro y de billetes.

Lo mismo sucedía en Pueblo Rico. Allí los indios se enloquecían con los billetes llenos de «ojos» que les daban en las compras de oro y se gastaban el dinero comprando zapatos, vestidos, gafas, sombreros y montones de cosas que no servían para nada en la selva. Cuando volvían al resguardo, el domingo por la noche, se metían al monte con esos vestidos. Al día siguiente los botaban en cualquier potrero o cañada. Cuentan que en el pueblo había una casa donde un negociante les vendía vestidos de cachacos. Casi todos eran de segunda, pero a ellos no les importaba eso.

En Pueblo Rico, una vez, el cabildo en pleno llegó a posesionarse en el juzgado municipal. En Río Colorado les habían advertido muy claramente que no podían emborracharse hasta que acabaran la diligencia. Como el juzgado estaba cerrado, fueron al barrio y contrataron varias putas. Después se las llevaron para el hotel y las hicieron desvestir, una detrás de otra. Las estuvieron mirando toda la tarde, sin tomarse un trago. Al día siguiente fueron al juzgado, se posesionaron de sus cargos, y regresaron al resguardo, borrachos, en un bus expreso que los llevó por la carretera hasta la fonda de Docabú.

En Andes hubo un indígena de Río Colorado, llamado Meraldo, que hizo historia. Un día llegó al pueblo cargado de billetes y se le metió en la cabeza comprar un taxi. Pagó de contado el primero que encontró. El carro era un Ford viejo que trabajaba llevando gente

hacia las veredas. Meraldo contrató un chofer y empezó a andar en el taxi por las calles del pueblo, para arriba y para abajo. Cuando se emborrachaba, lo hacía estacionar frente a la cantina. El hombre estuvo en Andes, con el carro, varias semanas. Después se fue a viajar de pueblo en pueblo por Antioquia y por Caldas. Cuando regresó, el taxi estaba casi desbaratado. En Andes se le fundió el motor. Meraldo lo dejó abandonado en una calle y se devolvió a pie, por la trocha, hasta Río Colorado.

«Uno se los encontraba en Medellín o en Bogotá paseando, bebiendo por ahí, caminando... Ellos hacían su plata y luego la botaban», dice Enrique Sánchez.

Un viernes de 1980, cuando el gobernador Enrique Arce todavía estaba vivo, salió de Río Colorado una comisión que debía rendir una declaración sobre el problema de la mina en un juzgado de Pereira. El grupo estaba formado por unos diez indígenas. El cabildo comisionó a Alonso Tobón para que fuera el responsable. Algunos de los miembros de la comitiva eran el propio Enrique Arce, gobernador del cabildo, Aníbal Murillo, descubridor de la mina, su yerno, Narciso, y Aníbal Murrí, un indígena educado en Andes que se defendía muy bien con el idioma español.

«Hubo algunos que salieron adelante. Los que íbamos atrás llegamos a la misión de Aguasal al mediodía», cuenta Alonso Tobón. «Allí los indígenas vendieron el oro. Entre todos recogieron como un millón de pesos. Almorzamos donde el padre Betancur y preguntamos por los otros y nos dijeron: esa gente ya va lejos... Cuando llegamos al río Agüita y salimos a la Unión, más abajito de Docabú, no había ni rastro de la gente.

Entonces nos bañamos. Cuando llegamos a Pueblo Rico, por ahí a las cuatro de la tarde, los indios que iban adelante ya no estaban. Nos pusimos a buscarlos. Y resulta que a las mujeres las habían dejado encerradas con llave en el hotel... Nos pusimos a averiguar y nos dijeron: esa gente está en el barrio... Y nosotros fuimos al barrio y allá estaban. Eran como las siete de la noche. Estaban en una cantina, todos con unas gafas muy grandes, y con sombreros. Estaban de cachacos, encorbatados. Los pelados estaban fumando cigarrillos y con una botella de Ron Viejo de Caldas en la mesa, poniendo música y con viejas. Toditos estaban ahí. Brincaban y gritaban y le daban trago a todo el mundo. Estaban muy borrachos. El dueño del negocio nos dijo que le habían comprado la cantina...».

«Entonces yo le dije a Enrique: cuál declaración va a haber con esta gente... Nos fuimos a ver una película y después a dormir al hotel», dice Alonso Tobón.

«Al día siguiente, me levanté muy temprano, pensando en el viaje. Miré el reloj y eran las cinco de la mañana y no vi a Enrique en el hotel. Cuando salí y abrí la puerta, al primero que veo allá al frente, en un hotel de puertas azules situado en la plaza, es a Enrique Arce, el gobernador, también borracho».

Para el viaje, Tobón decidió alquilar un carro expreso. Sabía que en la Flota Occidental, con la gente en ese estado, los bajaban del bus o había pelea.

«Ese viaje fue de lío en lío porque en toda fonda que veían querían bajarse», recuerda Tobón. «Por el camino hubo que bregar mucho con ellos. Uno sacó un cuchillo y empezó a amenazar a los compañeros. Quería que compráramos más trago...

«Afortunadamente, en un punto de la carretera, junto a una cascada, Aníbal Murrí hizo parar el carro y hasta a Enrique lo hizo meter al chorro y lo hizo bañar», recuerda Tobón. «Ahí se les quitó un poco la borrachera y empezaron a componerse. Cuando llegamos a La Virginia, querían quedarse en la zona de tolerancia. Ellos conocían mucho por ahí porque en tiempo de cosecha de café trabajaban en toda esa zona y bajaban a beber a esos barrios de putas. Y allá hicieron parar el carro y se metieron a una cantina. El chofer ya estaba azarado. Cuando empezaron a tomar, yo le dije al chofer: vamos. Entonces se montaron. Cuando llegamos a Pereira ya querían bajarse era en la entrada del zoológico porque querían ver los animales. Como estaban borrachos todos, nos fuimos para la galería de Pereira y en uno de esos hoteles hicimos lo mismo que hicieron ellos con las mujeres en Pueblo Rico: los encerramos con llave, en los cuartos, hasta que se les quitó la borrachera».

El domingo amanecieron distintos. Estuvieron en el zoológico, vieron los animales, pasearon por Pereira y se acostaron todos temprano, obligados. El lunes fueron al juzgado. Después de concluir la diligencia, salieron a andar y a comprar cosas. Sobre todo, máquinas de coser y grabadoras.

Por la tarde, cuando Alonso Tobón volvió al hotel, los encontró otra vez vestidos de cachacos y con gafas. Casi todos estaban acompañados de prostitutas.

«Entraban al hotel con una mujer del brazo, subían a la pieza, se encerraban con ella durante un rato, y después salían», cuenta Tobón. «Al rato volvían con otra y hacían lo mismo. Hubo algunos que ese día entraron hasta cinco mujeres...»

«Todos se emparrandaron, menos Narciso, que estaba recién casado, Aníbal Murri y Enrique Arce, que ya sí estaba en sano juicio y andaba pendiente del grupo».

Mientras tanto, las mujeres que habían venido con ellos del Alto Andágueda veían televisión en la recepción del hotel. Algunas se reían cuando los veían entrar, otra vez borrachos, abrazando a las putas.

Al día siguiente, la parranda continuó. Alonso Tobón, previendo el desastre, habló con Aníbal Murri, uno de los pocos que todavía estaba en sano juicio. Entre los dos les quitaron el dinero que necesitaban para el viaje de regreso. Luego fue con él a la Flota Occidental a contratar un bus expreso.

«Yo dejé contratado eso, cancelé la cuenta del hotel y me fui», dice Tobón. Un amigo de Pereira le contó después que, cuando se les acabó la plata, los indios vendieron las máquinas de coser y las grabadoras para seguir bebiendo. Cuando, de nuevo, se quedaron sin un peso en los bolsillos, llamaron el bus y regresaron a Pueblo Rico. Después se fueron a pie por la trocha, y caminaron selva adentro durante dos días hasta volver a la mina de Río Colorado.

II

LA SANGRE

# 1

**E**L 30 DE enero de 1987, por la mañana, había mucho movimiento en el resguardo emberá. La noche anterior, una comisión del Ejército de Liberación Nacional había dormido en Mombú y había subido de madrugada hasta el campamento de Río Colorado, seguida por un montón de indígenas de El Chuigo y de Conondo.

Los indígenas de esas zonas se habían quejado ante los guerrilleros del comportamiento de Humberto y Orlando Montoya. Según ellos, los dos hermanos y sus amigos estaban «mezquinando» el oro de la mina. Algunos habían tenido enfrentamientos verbales por esa causa con miembros del cabildo de Río Colorado y con los Montoya.

Al oro estaban ligados muchos otros problemas: odios viejos, rivalidades entre clanes, deudas no pagadas, venganzas, líos con la dinamita que se usaba en la mina. Pero el oro era el pretexto que había juntado todo eso. Muchas de esas cosas las ignoraban los guerrilleros.

La comisión del ELN estaba compuesta por algunos militantes de una columna que hacía trabajo político y militar en las zonas rurales de los municipios de Andes, Bagado y Carmen de Atrato. Uno de sus integrantes era un indio chamí que hablaba lengua emberá y que había pertenecido en el pasado al M-19. El muchacho había estado antes en el resguardo. Allí la gente le tenía miedo porque en muy poco tiempo se había hecho célebre por su arrojo y su falta de escrúpulos. Muchos decían que era un matón sin Dios ni ley. Su fama de malo se había extendido a casi todas las zonas campesinas que lindan con el resguardo emberá, no sólo en el Chocó sino en Risaralda y Antioquia. En Andes, estaba sindicado de un asesinato. Cuando iba a ser reclutado por el ELN, algunos militantes que conocían los rumores se opusieron. Los mandos no tomaron en serio sus objeciones: les parecía un candidato ideal para sus filas sobre todo porque dominaba el chamí, una variante de la lengua emberá muy parecida a la que hablaban los indígenas del Alto Andágueda.

La misión del grupo era muy clara: reunirse con los hermanos Montoya y conminarlos a entregar la mina a un cabildo mayor en el que estuvieran representadas todas las comunidades del resguardo, y no sólo los indios de Cascajero y Río Colorado amigos de los hermanos Montoya.

En la mañana, los miembros del grupo subieron hasta la boca de la mina. Allí sólo encontraron a Orlando. Antes de regresar al campamento de Río Colorado, hablaron con él y con los trabajadores. A estos últimos, la mayoría de ellos negros de Piedra Honda y Agüita, los obligaron a abandonar las instalaciones y a salir del territorio indígena. A partir de entonces les, dijeron, sólo iba a haber gente emberá trabajando en la mina.

A Orlando decidieron dejarlo en el lugar, custodiado por varios compañeros.

Enseguida, la comisión bajó hasta el río y reunió a los indígenas junto al campamento. Durante el resto del día se discutieron las quejas de los representantes de las comunidades excluidas de la explotación de la mina y se habló del manejo que había que darle en el futuro. Al caer la tarde, se eligió un nuevo cabildo y se destaparon algunas botellas de aguardiente para celebrar los acuerdos alcanzados en la reunión.

En ese momento, los mandos del ELN creían haber cumplido con su misión. Sólo faltaba enviar una comisión a la casa de Humberto, situada en cercanías del campamento, y comunicarle las decisiones que habían tomado los indígenas.

A esa hora, arriba, en la mina, hacía rato que los indígenas que custodiaban a Orlando ya lo habían matado y habían enterrado su cuerpo junto a una quebrada.

Cuando cayó la noche, en el campamento de Río Colorado el indio chamí empezó a hablar en lengua emberá con los demás indígenas. Dicen que estaba muy alterado. Quería saber dónde estaba la gente del grupo paramilitar que dirigía Muriel Campo. Según él, Cam-

po había atacado a un grupo de guerrilleros, hacía unos días, por el camino entre Andes y el Andágueda. También quería saber dónde vivía el indígena que había entregado a «La Chiqui» y a los demás compañeros de su columna. Todo eso lo preguntaba en lengua. Más tarde se fue con varios indios borrachos y armados a buscar la casa de Humberto.

Con excepción de los quince o dieciséis miembros del grupo —muchos de los cuales ya están muertos— nadie sabe a ciencia cierta lo que pasó después en esa casa.

Dicen que la comisión llegó al lugar cuando ya iban a ser las siete de la noche. Al frente iba el chamí, todavía hablando en lengua. Estaba lleno de rabia. Quería cobrar deudas viejas. Quería vengar a sus compañeros muertos.

Humberto se hallaba en la casa con su mujer y sus dos hijos. Hablaba con un amigo de Andes que trabajaba con él de guardaespaldas y con dos arrieros que habían llegado hacía poco por la trocha. La comisión los obligó a salir a un pequeño monte situado a poca distancia de la casa. Hablaron durante algún rato en lengua emberá. El indio chamí pedía a la gente que le dijeran cuáles eran los buenos y cuáles los malos. A medida que los indios hablaban, Humberto y los blancos eran separados a uno y otro lado.

La matanza empezó a los pocos minutos. Humberto fue atacado a garrotazos por varios indígenas que lo insultaban en lengua. Otros también lo atacaron a cuchilladas. Después lo remataron a punta de machete. Lo mismo hicieron con los dos arrieros que habían llegado de Andes.

Al final, el cuerpo de Humberto fue descuajado a machetazos y clavado en una estaca. Antes de abandonar el sitio, uno de los indígenas le sacó el corazón y se lo metió en la boca.

Después, obligaron a la mujer de Humberto a que les sirviera comida.

Al guardaespaldas de Humberto, por una equivocación, le perdonaron la vida. El muchacho ensilló una muía y se fue huyendo por el camino de herradura a pesar de que ya estaba demasiado tarde

Cuando la comisión regresó al campamento, alguien se dio cuenta de que traían la ropa manchada de sangre y de que el indio chamí tenía puesto el reloj de Humberto. Uno de los hombres del ELN preguntó por él. Un indígena le contestó: «Ya lo mataron...»

Y por el campamento corrió la voz de que habían matado a Humberto Montoya y a Orlando. En medio de la confusión causada por la borrachera general y por la matanza, los miembros de la comisión se dieron cuenta de que hacía rato habían perdido el control de la situación y decidieron abandonar Río Colorado, muy asustados. A pesar de que sus compañeros se lo exigieron con energía, el chamí se negó a acompañarlos y se quedó bebiendo con los demás indígenas.

El jaibaná Gabriel Estévez estaba a esa hora en la casa de Río Colorado. Cuando sintió la bulla, salió al corredor a preguntar qué pasaba. Apenas se enteró de la muerte de sus dos sobrinos, lleno de ira, el anciano se acercó a los indios que habían matado a Humberto.

Ellos no escucharon sus palabras y con las mismas armas lo mataron a él y a su hijo, Pedro Estévez, que

corrió a defenderlo. Esa noche, los hombres del grupo comandado por el indio chamí también mataron al segundo gobernador del cabildo de Río Colorado, Gabriel Sintuá, a Fermín Guatiquí y a Muriel Campo, jefe del grupo paramilitar.

Después se fueron a seguir el rastro del amigo de Humberto al que habían dejado vivo por equivocación. Lo persiguieron varios kilómetros por el camino hacia el cerro de San Fernando, tomando aguardiente, pero no lo pudieron alcanzar porque el muchacho, lleno de espanto, ya les había tomado mucha ventaja.

## 2

**A**L DÍA siguiente, la noticia de la matanza en Río Colorado se regó como una bola de fuego por ríos y montañas del territorio emberá.

La historia se supo de labios de algunos arrieros que venían de la parte alta. Apenas se conocieron los nombres de los muertos y los indígenas se enteraron de que entre ellos estaba el jaibaná Gabriel Estévez, tío de Humberto y Orlando Montoya, empezaron a abandonar los tambos y a huir, llenos de miedo. Los de la parte alta se fueron casi todos a Andes y a Piedra Honda. Los de la parte sur se refugiaron en caseríos de Risaralda situados cerca de la carretera Pueblo Rico-Tadó. Algunos más prefirieron quedarse en el resguardo y empezaron a concentrarse en Conondo y Aguasal.

La mina fue abandonada y el indígena chamí permaneció algunos días más en Río Colorado, tratando de ponerse al frente de su explotación. Pero la gente estaba muy asustada y lo dejó solo. Después abandonó el resguardo y se fue al departamento del Cauca. Cuando el ELN lo expulsó de sus filas, el indígena se vinculó al grupo Quintín Lame.

El asesinato del jaibaná Gabriel Estévez provocó mucho dolor y mucha rabia entre los emberá. El viejo era acatado y querido por la gente de todo el resguardo desde hacía muchos años. En el cabildo de Río Colorado, los gobernadores lo consultaban para tomar cualquier decisión. Para casi todos los emberá él era una especie de patriarca que encarnaba las tradiciones heredadas de los abuelos «de Antigua».

Estévez no tenía mucha claridad sobre el mundo de los blancos. Su mujer ni siquiera hablaba español. La única amistad que había tenido con un blanco —su cuñado, el viejo Eduardo Montoya— se había dado por razones de parentesco. Aunque durante los últimos años había estado muy cerca de la gente blanca e india que explotaba la mina, Estévez no era ambicioso ni buscaba sobresalir. Por ser tío de los hermanos Montoya, y por vivir en el campamento, junto al río, tenía un turno en el molino y éste le servía para sacar un poco de oro y sostener a su mujer y a sus hijos. Sin embargo, se había inmiscuido muy poco en los problemas. Luchaba, nada más, por vivir en paz. Con los blancos era acogedor, pero retraído. Los miembros de la comisión que visitó el Alto Andágueda en 1978 lo recordamos siempre como una persona con un alma transparente: un emberá de los viejos, un abuelo bueno.

La noticia del éxodo indígena y de la matanza llegó a Quibdó a los pocos días. El vicario apostólico, monseñor Jorge Iván Castaño, decidió enviar a la zona al director del Centro de Pastoral Indigenista, Agustín Monroy.

Cuando el sacerdote llegó al colegio de Aguasal, los maestros ya habían empacado su ropa y se preparaban para cerrar el internado y abandonar el resguardo. El padre Agustín se reunió con ellos para evaluar la situación. Una de las maestras le dijo: «Padre, aquí han matado gente de uno y otro lado, pero nunca había sucedido algo tan grave... Matar a un jaibaná viejo es una cosa muy complicada. Significa maldiciones, significa todo lo que usted quiera... Lo mejor es que cerremos el colegio y nos vayamos. Esto se va a reventar...».

En ese momento, el padre Betancur no estaba en la misión. El enviado del obispo de Quibdó, a pesar de la gravedad de la situación, decidió permanecer en el resguardo. Quería dialogar de algún modo con los indígenas.

Por esos días, Justo Sintuá, gobernador de Río Colorado, se había refugiado con su familia en Piedra Honda, un caserío poblado por colonos negros y situado a orillas del río Andágueda. Desde allí viajó a Bagado y a Pueblo Rico, con el fin de denunciar la matanza ante las autoridades y pedir al ejército que entrara al resguardo y detuviera a los culpables.

Sintuá acusó del crimen a por lo menos dieciséis indígenas. Entre ellos estaban el chamí, que había llegado con la comisión del ELN y que hablaba emberá; Hipólito Vitucay, de Conondo; Sigifredo y Lázaro Vitucay (hijos de Gabriel Vitucay), de Mombú; y Miguel Murrí, jefe del grupo armado que se entrenaba en las monta-

ñas de El Chuigo. Según el gobernador, la noche de la matanza iban con ellos algunos indígenas de la parte de abajo del resguardo. Entre éstos, el más importante era Santiago Rivera, conocido en Aguasal con el apodo de «Chindío». Rivera había cambiado de nombre varias veces porque lo perseguían las autoridades de Risaralda, acusado de cometer algunos crímenes en varios caseríos situados en cercanías del resguardo.

Los ruegos y las denuncias del gobernador de Río Colorado, Justo Sintuá, no fueron atendidos por los jueces ni por el ejército. Según ellos, la situación de orden público en el Andágueda era tan grave que la entrada de las tropas podía provocar más enfrentamientos y más matanzas. El gobernador indígena regresó decepcionado a Piedra Honda y desde allí comenzó a preparar la venganza con todos sus aliados. A los pocos días, tal como había dicho la maestra, empezaron las muertes en todas partes.

El 24 de marzo, miércoles santo, cuarenta enmascarados armados con pistolas y fusiles entraron al resguardo por el caserío de Piedra Honda y atacaron El Chuigo, a las seis de la mañana, cuando la gente todavía dormía.

Durante el ataque, varias mujeres y ancianos fueron golpeados. Los enmascarados mataron a Enrique Tequia y a Jaime Batiquí, robaron la tienda comunitaria, mataron los cerdos y las gallinas que se encontraron a su paso, destruyeron algunos tambos y dañaron los cultivos de maíz que tenían los indígenas.

Cuando se retiraron, se llevaron con ellos a Cristóbal Viscuña y a ocho indígenas más.

En un comienzo, el ataque fue atribuido al ejército en forma equivocada. La conjetura partió del hecho de que los enmascarados parecían buscar con insistencia a algunos indígenas de dos familias, acusados de tomar parte en la matanza de enero. Días más tarde, sin embargo, algunos indígenas que vivían río abajo dijeron que entre los enmascarados había gente de Río Colorado que se había refugiado en Piedra Honda después de la muerte de los hermanos Montoya y el jaibaná Estévez.

La noticia del ataque a El Chuigo se conoció en Aguasal por Alvaro Murillo. Según varios sobrevivientes, los enmascarados iban buscando a Miguel Murri y a su grupo para cobrar venganza por su participación en la matanza de Río Colorado.

En ese momento, en los alrededores del colegio de Aguasal había empezado a formarse un caserío con refugiados que venían de la parte alta del resguardo, amenazados de muerte por el problema de la mina.

El mismo día del ataque a El Chuigo, un helicóptero con varios mineros de Andes y Frontino aterrizó en la zona de Río Colorado. La nave llevaba tres molinos de bola para la mina. Según declaraciones de varios indígenas, en el helicóptero iban Luis Eduardo Ospina, Francisco Correa y otro blanco de nombre Germán, de unos cincuenta y cinco años, de quien se dijo que era un minero de Frontino.

Ospina era un muchacho de Andes que había participado en la lucha por la mina con Jaime Montoya, en 1978. Luego había tenido algunas diferencias con él y con sus primos Orlando y Humberto. Por esta razón había abandonado el resguardo hacía varios años.

La llegada del helicóptero fue recibida con sorpresa por los pocos indígenas que todavía vivían en Río Colorado, ya que la mina estaba abandonada desde el día de la matanza.

A los pocos días, la gente se enteró de que Luis Eduardo Ospina y un grupo de mineros blancos habían hecho un pacto de palabra con Justo Sintuá, el gobernador, y Tintiliano Guatequi, para reabrir la mina y trabajarla en forma conjunta. Sin embargo, muchos indígenas que ya estaban cansados con los problemas causados por la presencia de los blancos en Río Colorado se opusieron al pacto.

Los mineros contrataron dos aserradores, dos oficiales de albañilería y dos mecánicos con el fin de reparar el molino y adecuar las instalaciones de la mina para ponerla a producir en poco tiempo. Los seis hombres, acompañados por los mineros, comenzaron las obras esa misma semana. Pero a los pocos días tuvieron que suspenderlas. El clima de violencia se había extendido a todo el territorio emberá y los indígenas que no estaban de acuerdo con su presencia los obligaron a abandonar la región. Los mineros blancos se retiraron de Río Colorado a regañadientes y muy decepcionados. Luis Eduardo Ospina, el líder del grupo, murió por el camino de herradura, de regreso a Andes, al ser empujado a un abismo.

Mientras tanto, en la parte baja del territorio emberá continuó la violencia. El 14 de abril, otro grupo de enmascarados atacó de nuevo el caserío de El Chuigo. Según la Orewa, esta vez pertenecían a un grupo paramilitar entrenado por el ejército. Durante su incursión,

mataron a Emilio Batiquí y a cinco indígenas más, dos de ellos adolescentes.

Los enmascarados se llevaron a Alipio Vitucay y a tres mujeres de familias emberá. Pocos días después, todos ellos aparecieron vivos por los lados de la quebrada Iracal.

El nuevo ataque a El Chuigo dejó claro entre la gente de la parte baja del resguardo que la venganza de los indígenas de Río Colorado no iba a ser una cosa pasajera. Por eso, muchas familias que se habían quedado decidieron abandonar sus casas.

El 19 de abril, el ejército entró a Río Azul, en El Chuigo, en cercanías de Mombú. Los indígenas que todavía estaban viviendo en esa zona huyeron de sus tambos y se internaron en el monte.

Mientras tanto, en el colegio de Aguasal, el padre Agustín Monroy se esforzaba por entender el conflicto y recibía testimonios de muchos emberá que conocían la historia de las peleas por la mina de Río Colorado. El misionero trataba de tender puentes para que hubiera un diálogo entre los bandos enfrentados. Lo mismo hacían los maestros y los seglares que trabajaban en la misión. Pero la guerra continuaba.

El 2 de mayo llegó al puesto médico de Aguasal la indígena Matilde Vitucay. La mujer venía con una bala incrustada en una pierna y, en los brazos, un niño de siete u ocho años con esquirlas de granada en la cabeza. El inspector Libardo Tequia la recibió. La muchacha hablaba muy poco español y el personal del colegio no lograba entender lo que decía. Sin embargo, traía una carta escrita por sus familiares donde se denunciaba un

ataque de varios hombres enmascarados a la casa de la familia Vitucay, en Cascajero.

Cuando los maestros leyeron la carta se dieron cuenta de que había sucedido una nueva desgracia. Esta vez habían matado al jaibaná Bernardino Vitucay un anciano de setenta años. Con él habían muerto dos de sus yernos y dos de sus nietos.

El jaibaná Bernardino era otro patriarca y otra cabeza de familia tan importante entre los emberá como Gabriel Estévez. Su casa estaba situada al terminar la loma de Cascajero, por el camino entre la misión y el Río Colorado, poco después de la casa de Guillermo Murillo. Era un tambo grande y bien construido donde el viejo vivía acompañado de sus hijas, sus yernos y sus nietos.

En la carta, uno de los sobrevivientes decía que el ataque había sido de noche. Los enmascarados rodearon la casa y «fumigaron» a tiros al jaibaná y a su familia. Después lanzaron contra ellos algunas granadas. Unos pocos se salvaron porque alcanzaron a huir, aprovechando la oscuridad, cuando sintieron los primeros disparos.

Por la firma, el inspector de Aguasal se dio cuenta de que la carta había sido escrita por Herlinda Vitucay, nuera del jaibaná asesinado. Herlinda decía que, a pesar de las máscaras, ella estaba segura de que la gente que había matado a su suegro y a su familia venía de Conondo.

La afirmación de Herlinda dejó desconcertados al inspector y a todos los indígenas de Aguasal que se enteraron del asunto: el jaibaná muerto era familiar de Hipólito Vitucay, líder de Conondo. La carta sirvió para

que los maestros del colegio y los misioneros seculares que trataban de mediar en el conflicto empezaran a entender que la guerra entre los emberá y el problema de la mina estaban siendo aprovechados por gente de los dos bandos para cobrar toda clase de venganzas.

" Matilde Vitucay y el niño herido con esquirlas recibieron atención médica en el puesto de salud. Después fueron entregados a sus familiares.

Las noticias que trajo Matilde dejaron intranquilo a todo el mundo. Ese mismo día, un grupo armado se llevó por la fuerza a Pedro Virichara y a tres indígenas que andaban con él. Todos ellos estaban cazando en la región de Paságuera, que linda con El Chuigo. En el resguardo no se volvió a tener noticia de ellos.

El 12 de mayo, en esa misma zona, mataron a Rodolfo Sanapí, Pedro Nel Rivera y Amelia Sintuá.

Esa semana, nuevas familias bajaron de las montañas de la parte alta y se refugiaron en el caserío que se había formado junto al colegio.

El 15 de mayo sucedió algo peor: gentes de Río Colorado y de la mina, borrachos y armados hasta los dientes, entraron por Piedra Honda, y atacaron de nuevo el caserío de El Chuigo. Allí, los indígenas se habían reunido a esperar una comisión del gobierno que había prometido mediar en el conflicto. La comisión no llegó en todo el día pero, en cambio, a las ocho de la noche, llegó una turba enfurecida y le prendió fuego a los dieciocho ranchos que todavía quedaban en pie.

Mientras los ranchos ardían y las mujeres gritaban, llenas de pavor, los hombres que habían llegado de Pie-

dra Honda se dedicaban a matar a balazos y a machete a toda la gente que encontraban a su paso.

Los ranchos, construidos con guadua y palma, fueron consumidos por las llamas en muy poco tiempo. Dentro de ellos murieron quemados doce niños que a esa hora de la noche ya estaban durmiendo. Siete mujeres también desaparecieron.

Según la Orewa, por lo menos ocho hombres más murieron durante la refriega.

Sangre cobrada con sangre: la turba iba otra vez en busca de Miguel Murrí, Gabriel Vitucay y sus hijos Sigifredo y Lázaro Vitucay. Pero ellos se volaron antes del ataque y huyeron del resguardo por una trocha, buscando la carretera entre Medellín y Quibdó. Casi todos estaban señalados como responsables directos de la matanza de Río Colorado.

Los Vitucay eran mirados con recelo por la gente de la mina desde hacía varios años porque, según Justo Sintuá, habían sido los primeros en tener relación con el M-19, cuando los guerrilleros entraron al resguardo por un sitio de El Chuigo llamado Río Azul. Una cosa parecida sucedía con los Murrí. La gente decía que Miguel era amigo de la columna del ELN que andaba por los límites de Antioquia y Chocó. También lo acusaban de tener nexos con el indígena chamí, militante del ELN, que había encabezado la matanza de enero en Río Colorado.

El ataque a El Chuigo fue instigado también por algunos pobladores negros de Piedra Honda que tenían intereses en la mina y eran amigos de los indígenas de Cascajero y Río Colorado. Muchos de ellos trabajaban

allí durante la época de los Montoya. Algunos subían por el Andágueda a cambiar oro con los indios por plátano, maíz, pescado y aguardiente.

Después de la matanza, detrás de Gabriel Vitucay, Miguel Murrí y sus hijos y hermanos, quinientos indígenas más se fueron hacia la carretera Medellín-Quibdó. A partir de ese momento, el poblado de El Chuigo desapareció.

Esta fue la peor matanza en la guerra desatada en el Alto Andágueda después de la muerte del jaibaná Gabriel Estévez. Cuando la noticia fue conocida en Bogotá por el gobierno nacional, ante la gravedad de la situación, se decidió enviar una comisión que dialogara con los indígenas y propusiera una solución al problema.

La comisión estaba formada por Martín von Hildebrand, jefe de Asuntos Indígenas del Ministerio de Gobierno; Patricia Cleves, funcionaria del Plan Nacional de Rehabilitación; Anatolio Quirá, presidente de la Organización Nacional Indígena; Tobías Querágama, delegado de la Orewa; el procurador delegado para las Fuerzas Militares y la gobernadora del Chocó, Eva María Álvarez de Collazos.

El grupo viajó el 23 de mayo hasta el Andágueda y logró llegar en un helicóptero a Bagado. Tobías Querágama, el delegado de la Orewa, había sido escogido para la comisión porque era katío y había nacido en Aguasal. Cuando empezó la reunión en Bagado, los indios de Río Colorado, que habían bajado desde Piedra Honda, le dijeron a Querágama, muy alterados: «Ustedes los de la Orewa fueron los que mandaron matar al jaibaná Gabriel Estévez y a los hermanos Montoya». La acusación, hecha delante de toda la comisión, caldeó

el ambiente y provocó el fracaso de la reunión. Al final, la comisión se enteró de una nueva matanza, ocurrida la víspera.

Esta vez el crimen había sucedido en el alto de Cascajero, muy cerca de la casa de Bernardino Vitucay. Allí había sido asesinado el 22 de mayo el jaibaná Donato Vitucay. El brujo tenía sesenta y cinco años y era familiar de Hipólito Vitucay, líder del caserío de Conondo. El crimen fue recibido por la gente de abajo del resguardo como una nueva retaliación de la gente de la mina. Junto con el viejo fueron asesinados Evelino, Virgilio y Fermín Vitucay.

Los miembros de la comisión regresaron a Bogotá impresionados con tantos crímenes y sin entender muy bien lo que estaba pasando en el resguardo emberá.

El 1° de junio hubo una nueva matanza. Varios hombres armados con pistolas, cuchillos y machetes atacaron por la noche el tambo de Eugenio Vitucay, en Paságuera. Allí mataron al jefe de la familia y a sus dos hijos. También asesinaron a una mujer que estaba en embarazo. Los asesinos se llevaron con ellos a la esposa de Eugenio, Celmira Sanapí, y a la indígena Licenia Tequia, junto con sus niños.

Esta fue otra matanza difícil de entender para la gente. En la región de Aguasal se cree que el ataque a la casa de Eugenio Vitucay fue llevado a cabo por Fernando Arce y su hijo Laureano, junto con algunos compañeros, al parecer cobrando otra vieja venganza.

El asesinato de Vitucay y de sus dos hijos fue presenciado por su padre, Baltazar Vitucay. El viejo logró salvarse y alcanzó a huir hacia Piedra Honda, donde se

refugió durante algún tiempo. Luego se fue a vivir a la región de El Salto.

A partir de este momento, la gente que aún vivía en la parte de abajo del resguardo abandonó sus casas y se fue en un éxodo masivo hacia la misión de Aguasal. Los maestros del colegio dicen que al internado llegaron más de seiscientas personas, buscando refugio. Entre ellas estaba Guillermo Murillo, quien tuvo que huir de Cascajero junto con todos sus hermanos y familiares, lo mismo que con su suegro, Mamerto Murillo, suegro del finado Humberto Montoya. También se vinieron a vivir a Aguasal algunos indígenas de Morro Pelón, un caserío situado por el camino hacia el río Vivícora.

La afluencia de tanta gente hizo que en los alrededores de la misión de Aguasal se formara otro caserío, en la parte de enfrente, donde se asentaron Guillermo Murillo y su familia y luego Fernando Arce, también con su familia. Al lado del colegio se construyeron nuevas casas para alojar a los recién llegados que huían de Cascajero y Paságuera, como Ricardo Querágama y Servelión Sintuá.

Otro grupo de emigrantes se concentró en Conondo, al lado del antiguo rancho de Bernardo Arce que también servía de cantina. En poco tiempo, después de esta ola de crímenes, el pueblo creció de tal manera que pasó a convertirse en el caserío más grande del resguardo.

En la parte alta, la gente de Cascajero y Río Colorado que no había salido aún, emigró a Piedra Honda y a Andes. Muchas familias de Cevedé y Aguasal, en cambio, se fueron para Santa Teresa y Marruecos, dos poblados situados en territorio de Risaralda, en los límites del resguardo.

En junio de 1987, las selvas del Andágueda parecían deshabitadas. Era como si una peste bubónica hubiera acabado con toda la gente. La Orewa asegura que de los catorce caseríos que había en el resguardo, sólo cuatro quedaban habitados. En ellos, la gente que todavía no había huido estaba cavando trincheras.

**M**IENTRAS CORRÍA la sangre y la guerra se extendía por todo el territorio emberá, el padre Agustín Monroy caminaba de un caserío a otro, como un sonámbulo, hablando del diálogo y de la paz en medio de los tiroteos y las matanzas. No usaba sotana blanca, como el padre Betancur, sino cachucha y bluyines, pero los indígenas que aún vivían en Conondo y Aguasal ya sabían que él era el nuevo misionero que había llegado a trabajar en el colegio.

Para el padre Agustín ésta era su primera misión de sacerdote. Se había ordenado apenas dos meses antes. Había estudiado la carrera en una de las casas de formación de los misioneros claretianos en Medellín. Y el obispo de Quibdó, monseñor Jorge Iván Castaño, le ha-

bía encargado la tarea más difícil del Vicariato en ese momento: ir al Andágueda y tratar de parar la guerra.

Y desde febrero de 1987 empezó a luchar por esa causa con arrojo y entusiasmo. Hasta ese año, había oído hablar muy poco del asunto del Andágueda, a pesar de que cuando era estudiante participó en un comité de solidaridad con los pueblos indígenas. Del padre José Antonio Betancur y de la misión de Aguasal sólo sabía lo que decían sus maestros, en el seminario. Pero jamás pensó que en el resguardo se iba a desatar una guerra de esas y menos que su primera misión de sacerdote iba a ser entre los indios emberá.

En abril, el padre Agustín seguía haciendo lo mismo de febrero y de marzo: andar por las selvas del Andágueda de arriba a abajo, atravesar los ríos, visitar los caseríos, hablar con los indígenas refugiados, caminar, caminar... Y hacer de correo de un lado a otro.

Después de que se enteró de la crueldad del ataque a El Chuigo y de la muerte de los doce niños en el incendio de los tambos, en mayo, el padre Agustín logró el primer resultado concreto de su trabajo. Con la ayuda de la Orewa, en Quibdó, lanzó un SOS internacional pidiendo ayuda al gobierno y a las organizaciones indígenas para detener la guerra.

En respuesta a esa petición, y preocupado con la violencia que había alcanzado el conflicto entre los emberá, el gobierno nacional envió una comisión que fue hasta Bagado y se entrevistó con algunos líderes. Ese fue también el primer fracaso del misionero: la tensión causada por las nuevas matanzas ocurridas en el resguardo echaron a pique la reunión y los funcionarios decidieron no volver a la región.

«Les daba miedo entrar al Andágueda», dice el padre Agustín. «Y tenían razón. Por eso nos dejaron solos con el problema. Sin embargo, nosotros decidimos seguir luchando...».

En mayo, algunos funcionarios del gobierno nacional empezaron a plantear en forma pública que lo del Alto Andágueda era un problema de guerrilla y que la única salida posible era una intervención militar. La Orewa, por su parte, sostenía que el conflicto tenía su origen en la intromisión de la gente blanca de Andes en el asunto de la mina de oro. Los indios de Río Colorado, en cambio, aseguraban que los culpables de la situación eran los miembros de la Orewa, a los que acusaban de haber propiciado de algún modo la matanza de Río Colorado.

A fines de mayo, sólo dos instituciones sostenían que el problema del Andágueda era más complejo de lo que se pensaba a primera vista y que para solucionarlo había que contar con los indígenas. Una era la Consejería Presidencial para la Paz. La otra, el Vicariato Apostólico.

El 5 de junio, durante una reunión promovida por el gobierno del Chocó en el Club de Leones, en Quibdó, el padre Agustín Monroy comprendió hasta qué punto habían ganado fuerza los sectores partidarios de una intervención militar. Durante una discusión, al final de la reunión, el comandante de la policía División Chocó dijo: «Que me perdonen los padres, pero allá lo que hay que hacer es arrasar. El problema del Andágueda es de guerrilla y los idiotas útiles de los guerrilleros han sido los misioneros del Vicariato».

El padre Agustín cree que nunca en la vida va a olvidar las palabras usadas por el oficial: «la solución es

arrasar». Movido por ellas, fue al Vicariato Apostólico apenas terminó la reunión. Estaba seguro de que en el Andágueda ya había demasiadas armas desde 1978, y de que éstas, en vez de contribuir a una solución de los conflictos, lo que habían hecho era causar más muerte y más daño entre la población indígena. El vicario lo envió a Bogotá a entrevistarse con Martín von Hildebrand, director de Asuntos Indígenas, y con Patricia Cleves, de la Consejería Presidencial. Los dos eran miembros de la comisión enviada por el gobierno a Bagado. El misionero les hizo un recuento del conflicto y les pidió intervenir antes de que el ejército o la policía entraran al resguardo y provocaran con sus armas un nuevo desastre.

Los dos funcionarios estuvieron de acuerdo con el misionero en que el problema principal del Andágueda en esos momentos era el de las matanzas y que una incursión del ejército o de la policía no conduciría sino a agravarlo.

En tiempo de guerra no se oye misa: el padre Agustín regresó al colegio de Aguasal y siguió caminando por el Andágueda. A fines de julio ya había ido a Cascajero, a Río Colorado, a Conondo, a Andes, a Piedra Honda, a Bagado, a Cevedé, a los poblados de la carretera Medellín-Quibdó. Por donde se iba un grupo de indígenas huyendo de la guerra y de la muerte, por ahí mismo se iba él, detrás, a hablar con ellos buscando una salida.

Para ese duro trabajo no tenía más ayuda que la de la maestra Odila Echeverry que permanecía al frente del internado de Aguasal, y del misionero laico Eugenio Valencia. Todos los demás blancos que vivían en el

resguardo, incluidos los maestros, se habían ido, y el padre Betancur pasaba casi todo el tiempo en Pereira. En lo peor de la guerra, gracias a su trabajo, el Centro de Pastoral Indigenista de los padres claretianos era la única institución que los emberá admitían sin reservas en su territorio. Él, por su parte, era la única persona que podía cruzar de un lado a otro las líneas que separaban los territorios que estaban en guerra. Por eso, a partir de mayo, empezó a cargar con la responsabilidad principal de lograr una salida pacífica al conflicto. Por fortuna, en ese momento, sabía que podía contar con la ayuda de dos funcionarios del gobierno que pensaban que el problema no iba arreglarse nunca a punta de balazos.

En el mes de agosto tuvo que caminar todavía más. En las visitas, el misionero llevaba siempre una propuesta: hacer una reunión en Quibdó con todos los gobernadores para detener la guerra y dialogar como hermanos en busca de una solución pacífica. A veces, en ese trabajo, sufría desengaños. Uno de ellos le ocurrió por el camino de Aguasal, el día en que encontró a una columna del ejército que había entrado por sorpresa y había decomisado mucho armamento.

«Yo pensaba que los indígenas de Aguasal y de Conondo aceptaban el diálogo de paz con sinceridad», dice. «Pero ese día me di cuenta de que tenían armas muy buenas pero las tenían enterradas bajo tierra».

Aún así, decidió continuar con su tarea, como si fuera «un caballero de la triste figura». «En un comienzo nadie aceptaba sentarse a hablar de paz», cuenta el misionero. «Los más tercicos eran los de Cascajero. Ellos decían: Nosotros lo único que aceptamos, padre, es que el ejército venga y mate a los de El Chuigo y Conondo

porque ellos son los culpables de todo esto. Que el ejército los coja. Ellos fueron los que empezaron las matanzas».

Cuando oía hablar así, sabía que los indígenas le estaban recordando el triste episodio de enero en Río Colorado. Pero sabía también que hablaban, sin palabras, de venganzas viejas entre familias, odios escondidos, envenenamientos, peleas de jaibanás con jaibanás, rivalidades ancestrales por el territorio...

En agosto, monseñor Jorge Iván Castaño fue con él a Piedra Honda. Allí hablaron con varios líderes de la zona de Río Colorado. Después el obispo fue a Aguasal. Allí se reunieron con varios gobernadores de los cabildos indígenas de la parte baja. El más importante de ellos era el de Conondo, lugar donde se había concentrado la mayor parte de la gente del bando de Hipólito Vitucay.

Por esa época, la situación de Aguasal era muy curiosa. A raíz de la guerra, los indígenas habían construido muchas casas alrededor del colegio y la gente se estaba acercando cada vez más al viejo edificio construido por el padre Betancur. Enfrente, al otro lado de una pequeña quebrada, había surgido otro pueblo. Los que estaban más cerca al internado eran familias emparentadas con gente de Cascajero y Río Colorado. Los del otro lado de la quebrada tenían amigos y parientes en Conondo.

«En Aguasal, casi sin darnos cuenta, se habían armado dos bandos de indígenas que representaban los dos grandes bandos de la guerra. No se enfrentaban, por la proximidad con el colegio, pero sabían cada uno que en esa guerra estaban con un bando diferente»,

dice el padre Agustín. «Ahí fue donde yo empecé a conocer todo lo complejo que era ese problema».

La reunión de Aguasal, a pesar de las tensiones entre los dos caseríos, terminó con muy buenos resultados. Los gobernadores indígenas, en presencia de monseñor Castaño, aceptaron participar en la reunión de paz que proponía el Vicariato y firmaron el 8 de agosto un documento que decía así:

«Las comunidades indígenas de Cevedé, Aguasal, Conondo y Mázura nos comprometemos ante Dios y en presencia de monseñor Jorge Iván Castaño y del padre José Agustín Monroy Palacio a perdonar y nacemos un pacto de perdón, unión y paz. Para esto es importante que se haga verificación del acuerdo, por tanto nos reuniremos los gobernadores de las respectivas comunidades el próximo 29 de agosto para verificar y comprobar si el pacto se está cumpliendo. Allí se fijarán otras fechas de verificación».

El documento fue firmado por Tulio Pepe, gobernador mayor de Aguasal; Maximiliano Dominichá, gobernador de Conondo; Constantino Querágama Campo, gobernador de Cevedé, y Ciríaco Baniamá, gobernador de Mázura.

Monseñor Castaño regresó a Quibdó a continuar con los preparativos de la reunión de paz. El padre Agustín se fue a Andes. Allí también se habían concentrado muchas familias de Río Colorado.

«En esa época uno ya identificaba a los cabecillas y sabía quiénes eran los que mandaban en un lado y otro», dice. «Realmente quienes dirigían los dos bandos más importantes eran Justo Sintuá, arriba —Río Colorado y

Cascajero—, e Hipólito Vitucay, abajo —Conondo y Aguasal—. Ambos estaban influidos por grupos blancos, en Andes, y negros, en Piedra Honda, que azuzaban el conflicto por los intereses que tenían en el oro de la mina. En ese momento, la cosa era evidente: la gente de arriba estaba concentrada casi toda en Piedra ílon-da. Los demás, casi todos, estaban en Conondo».

En la carretera Medellín-Quibdó había un tercer grupo, aliado de Conondo, y dirigido por gente de las familias de Miguel Murri y Gabriel Vitucay, que habían huido de El Chuigo después de la quema del caserío, en mayo.

Un cuarto grupo, aliado de Río Colorado y Cascajero, se hallaba refugiado en las afueras de Andes, junto a la Quebrada Arriba, muy cerca de la casa de Eduardo Montoya, padre de los dos muchachos asesinados en Río Colorado, y cuñado del jaibaná Gabriel Estévez.

En Andes, el padre Agustín Monroy se entrevistó con el director de Asuntos Indígenas y la delegada de la Consejería Presidencial. Ellos habían viajado desde Bogotá para dialogar con los indígenas refugiados y con los líderes del municipio. Junto con el grupo de Piedra Honda, liderado por Justo Sintuá, el de Andes era el más reacio a participar en cualquier conversación de paz.

«En Andes, hicimos una reunión con todo el concejo municipal», recuerda el padre Agustín. «También asistieron el alcalde y el párroco. La gente insistía que esa mina era de ellos. Y decían: históricamente, nosotros siempre hemos tenido esa mina. El problema de ahora lo crearon la Orewa y la guerrilla».

En esa reunión, según el sacerdote, «la gente de Andes que tenía que ver con el problema de la mina <mostró el cobre>. Y la conclusión que sacamos fue ésta: realmente si había algunos culpables de ese conflicto eran algunas de esas personas de Andes, que siempre habían atropellado desde el punto de vista cultural, económico y de degradación a esas comunidades indígenas».

Durante el diálogo con los concejales, los funcionarios del gobierno se convencieron de que «mientras cierta gente de Andes no sacara la mano del problema del Andágueda y mientras no dejaran de pensar que esa mina era de ellos, el problema jamás se iba a resolver».

«Porque ellos, mientras no abandonaran ese punto de vista cerrado, iban a meter siempre la mano en el conflicto», dice el padre Agustín. «Además, ellos crearon ese conflicto. Lo creó Ricardo Escobar cuando metió la policía al resguardo en 1980. También crearon el conflicto los Montoya cuando se casaron con mujeres indígenas y empezaron a aliarse con ciertas familias del resguardo para explotar las minas de oro, ayudándoles a los indígenas dizque a conseguir el resguardo... Es decir: si en el problema ha habido terceros, esos terceros, casi siempre, han sido las gentes de Andes que se han metido en el problema de la mina...».

El padre recuerda que durante el diálogo había gente con posiciones todavía más agresivas que las de los indígenas de Río Colorado. «Y no eran siquiera los Escobar. Ellos ya se habían retirado del asunto. Eran los concejales del pueblo que tenían relación con los mineros», dice el misionero. «Ellos aseguraban y perjuran, hasta el punto de ser agresivos con los funcionarios del gobierno, que lo que había que hacer en el Andágueda

era meter el ejército y la policía y acabar con los indígenas de la parte de abajo del resguardo que, junto con la Orewa, eran los causantes del problema».

«¿Cuál era la propuesta nuestra?», explica el padre Agustín. «Uno, que Andes reconociera que el Andágueda era un resguardo y que era tierra de los indígenas. Dos, que sacaran las manos del Andágueda para que por ahí comenzara a arreglarse el asunto. Tres, que debía hacerse una reunión de los gobernadores indígenas para que ellos denunciaran todo lo que tuvieran que denunciar y para comenzar a definir unas líneas de juego claras que permitieran restablecer la paz».

En ese momento, la presencia de los indígenas refugiados en Andes estaba causando un grave problema sanitario. «La gente estaba desesperada», recuerda el padre Agustín. «Los indígenas hacían sus necesidades fisiológicas en el río, y ese era el mismo río donde se recogía el agua para el acueducto del pueblo».

Después de varios días de conversaciones, los indígenas que estaban en la región aceptaron ir a la reunión de paz. Pero pusieron una condición: hablar con los indígenas de Aguasal. Como Aguasal queda tan cerca de Conondo, y en Aguasal —en uno de los dos pueblos que se habían formado junto al colegio— estaban los Murillo, que eran aliados de los de Conondo, los indígenas dijeron: «Si vamos allá, de pronto nos matan».

El padre Agustín les dijo: «Yo me comprometo a llevarlos bajo mi responsabilidad, si ustedes se comprometen a ir a la reunión de paz en Quibdó».

«Entonces me dijeron que sí», recuerda, con una sonrisa. «Y me llevé a dos indígenas de Andes hasta

Aguasal. Pasamos por Conondo con mucho miedo. Apenas llegamos a Aguasal, los metí al colegio. Y resulta que estos benditos tipos se me volaron para una fiesta que estaban haciendo por ahí. Porque había una cosa curiosa: cuando llegaba el cura a algún lugar, había uno o dos días de distensión. Porque se suspendían los ataques. Ellos respetaban eso. Entonces los indígenas sabían que estando uno ahí, no había muertos. Y por eso el día que uno llegaba a un caserío siempre había fiesta, siempre. Y ellos se emborrachaban... En cambio cuando había luna llena, eso era terror en la zona...».

«Esa noche casi no me puedo acostar... Me pasé un montón de horas ahí, en el corredor del colegio, esperando que volvieran. Espérelos y espérelos y espérelos y nada... Yo pensaba: no hay luna llena, pero si los matan, esto ya no tiene solución... Como a las doce de la noche vi llegar a uno de ellos y, vea, por Cristo que yo lo vi todo ensangrentado... Pero no, estaba bien, no le había pasado nada: era que estaba todo sudado y el sudor le chorreaba por la camisa, y yo pensé que era sangre... Y él llega y me dice, riéndose: <Padre, ahí están diciendo que al que hay que matar es a usted...>. Yo le pregunté por qué, muy extrañado. El tipo contestó: 'Dizque porque usted está aliado con la gente de Conondo...'. Esa noche dije yo: aquí fue... Y sentí mucho miedo en un comienzo pero, después, como estaba tan cansado del viaje, me dormí...».

Ese no fue el único susto que pasó el padre Agustín mientras iba de un lado a otro por las selvas hablando con la gente. En la carretera Medellín-Quibdó, en El Noventa, El Diecisiete, El Consuelo y Río Playa, la gente se estaba armando para vengar la matanza de El

Chuigo. Estos pueblos no eran propiamente comunidades del Alto Andágueda. Eran caseríos de mucho antes, pero en ellos se había refugiado mucha gente que huía del resguardo. Por eso el padre fue a hablar con ellos.

Casi todos eran allegados de los Vitucay. Antes de la guerra, los Vitucay vivían en un sitio llamado Río Azul. Allí ocurrió una de las matanzas de Iracal y El Chuigo.

Según cuenta el padre Agustín, «ésta era la familia que andaba buscando la gente de Justo Sintuá para matarla, cuando atacaron esa región. Los Vitucay se volaron y se fueron a vivir a un sitio que se llama El Noventa. De allí salieron hacia Río Playa, también por la carretera, pero muy adentro, y formaron otra comunidad».

«Yo estuve en Río Playa hablando con Gabriel y Lázaro Vitucay. Ellos tampoco querían ir a la reunión de paz porque no le perdonaban a Justo Sintuá la matanza de El Chuigo, el incendio de los tambos y la muerte de tantos niños que se quemaron esa noche. Decían que nunca se iban a reunir con él... Ellos eran aliados de la gente de Conondo. Sin embargo —explica el padre Agustín—, eso no es tan matemático, porque en El Noventa también había aliados de los indígenas de Río Colorado y Cascajero. Era una comunidad de emigrados: había familias de todas partes».

«Estando ahí, en El Noventa, y en Río Playa, me tocó correr dos veces. Estaba durmiendo en un rancho cuando dijeron: viene una luz por la carretera. Eso es de las cosas más impresionantes que puede pasar en un caserío de esos, donde toda la gente está esperando que los maten. Las mujeres cogieron ahí mismo los canastos que mantenían siempre colgados y listos, alzaron los

niños en los brazos, y salieron corriendo para el monte. Yo salí detrás. Y un montón de indígenas, detrás, también. Como la noche estaba muy oscura, no veíamos nada. Al otro día por la mañana no veía uno sino gente cortada y aporreada, gente vuelta nada... Solamente de eso, de correr por la noche a esconderse entre el monte...».

«Otra vez me tocó llevar unos indígenas de Aguasal aliados de los de Río Colorado y Cascajero, y pasarlos por Conondo», recuerda el padre. «Eso era una cosa inaudita: pasar por todo el camino de Conondo, yo... con esos tipos, en plena guerra... Yo casi no era capaz ni de respirar...».

Al padre Agustín le pasaron muchas cosas más. Pero al mismo tiempo, a los indígenas también. El Ministerio de Minas prohibió en forma terminante explotar la mina, mientras continuara el problema de orden público. Entonces la gente de Piedra Honda y Cascajero, que era la más obstinada, comenzó poco a poco a ceder. Lo mismo hicieron los de Andes y los de los caseríos de refugiados de la carretera Medellín-Quibdó.

«Hubo que hacer muchas reuniones más en Aguasal, en Andes, en Piedra Honda, en El Noventa, en Cascajero... Hasta que por fin, el 15 de octubre de 1987, logramos que todos fueran a Quibdó a la reunión de reconciliación», dice el padre Agustín. «Yo creo que el logro fue de tanto caminar, de tanto insistir...».

## 4

**L**A REUNIÓN de paz de Quibdó no estuvo tan concurrida como esperaba el padre Agustín Monroy. Todos los grupos enviaron delegados con poder de decisión. Pero el padre hubiera querido ver sentados en la mesa, cara a cara y hablando de paz, por ejemplo, a Justo Sintuá, a Hipólito Vitucay, a Gabriel Vitucay. Sin embargo, algunos de ellos accedieron a mandar a sus hijos.

Y el 15 de octubre, en la sede del Vicariato Apostólico de Quibdó, después de hablar durante varias horas, los representantes de once comunidades del Alto Andágueda firmaron un documento en presencia del obispo y de varios delegados del gobierno nacional. En él decían que estaban dispuestos a poner fin a la guerra y a buscar una paz duradera en el resguardo emberá.

Los puntos principales del acuerdo establecían la suspensión inmediata de las hostilidades y los actos de violencia en todas las zonas donde estaban asentados los distintos grupos. Además, proponía un plan de emergencia apoyado por el gobierno que permitiera el regreso de los indígenas a sus territorios.

En el acuerdo también se contemplaba la creación de unos grupos de apoyo formados por profesionales de distintas ramas —médicos, enfermeras, técnicos agrícolas— que serían desplazados a los focos del conflicto, en representación del gobierno.

Los apartes más importantes del documento decían:

«A partir de la fecha, todas las comunidades del Alto Andágueda y la zona de la carretera se comprometen a no volver a robar, atacar, herir o matar ent/e las comunidades indígenas».

«El gobernador, como representante legal de la comunidad, es el responsable de que este acuerdo se cumpla para lograr la paz. Por lo tanto, todos los miembros de las comunidades deben someterse a la autoridad del gobernador del cabildo respectivo».

«La Presidencia de la República, el Ministerio de Gobierno y la Gobernación del Chocó se comprometen a poner los centros de apoyo de Cascajero, Aguasal, El Noventa y Piedra Honda, con los programas de producción, arreglo de caminos, salud, educación y el suministro de alimentos mientras se recogen las primeras cosechas».

«Los equipos de apoyo ayudarán a que este acuerdo se cumpla, como representantes del gobierno».

«Se realizará un próximo encuentro en el mes de diciembre, convocado por el Vicariato Apostólico de Quibdó, Presidencia de la República y organizaciones indígenas».

«La mina no se explotará hasta que el gobierno no verifique este acuerdo de paz, y se encuentren los medios para la explotación comunitaria».

«Quien incumpla este acuerdo deberá someterse a la autoridad del cabildo, quien impondrá los castigos. Si el gobernado, no lo hace, será responsable ante el gobierno».

«Cuando existan miembros de la comunidad que no respeten la autoridad del gobernador y que no cumplan este acuerdo, el gobernador deberá presentarlos ante la Justicia del gobierno nacional».

«Las co: -«unidades indígenas del Alto Andágueda y la zona de la carretera se comprometen a no continuar con las venganzas».

«Se buscarán todos los medios necesarios para lograr y mantener la paz entre las comunidades indígenas».

El documento fue firmado por los gobernadores de los cabildos de Aguasal, Conondo, Cevedé, Cascajero, Mázura, El Salado, El Consuelo, El Noventa, La Puria, Río Playa, El Diecisiete y Río Azul, así como por el obispo, monseñor Jorge Iván Castaño Rubio, el padre Agustín Monroy, encargado del CPI, y representantes de la Presidencia, el Ministerio de Gobierno, la Secretaría de Gobierno del Chocó, el PNR, el equipo de apoyo de Cascajero, la ONIC, la Orewa, el equipo de apoyo de Aguasal y el párroco de Bagado.

Los que no sabían escribir, firmaron con una cruz o estamparon sobre el papel su huella digital.

Al día siguiente, los gobernadores empezaron a volver a sus comunidades a organizar el regreso.

Este fue muy lento. No era fácil volver a pisar la misma tierra donde habían caído tantos muertos y se había derramado tanta sangre.

El regreso era más difícil, sobre todo, para los grupos de Andes y Piedra Honda, que tenían que volver a una tierra donde se había derramado sangre de jaibanás. En estos casos, adelante de la gente, iba siempre un jaibaná haciendo conjuros y luchando con los espíritus.

«Eso parecía una peregrinación», dice uno de los muchachos del grupo de apoyo de Cascajero. «El jaibaná iba adelante, recitando en lengua y haciendo aspersiones, y la gente iba detrás, muy temerosa, esperando a que él limpiara de malos espíritus la tierra que ellos iban a pisar otra vez».

Los jaibanáo enían especial cuidado con los espíritus de los jaibanás que habían muerto en la guerra. Según la tradición emberá, a ando alguien mata a un jaibaná, éste se convierte en un espíritu malo que no deja en paz a la gente en muchas leguas a la redonda. En el Andágueda, a estos espíritus los indígenas los llaman «mohanes».

Una vez que los «mohanes» fueron aplacados, la mayor parte de la gente se congregó en tres caseríos. Los de la parte de arriba, en Cascajero. Los de la parte de abajo, en Conondo y Aguasal.

Los de Cascajero tuvieron más trabajo. Allí existían nada más tres o cuatro ranchos de familias que los ha-

bían dejado solos y habían huido a causa de la guerra. Muchos de ellos, ahora, no podían volver por miedo a las venganzas. En ese lugar se concentraron Justo Sintuá y las familias de la gente que había huido hacia Piedra Honda o hacia Andes. El gobierno departamental de Antioquia envió un equipo de profesionales de la Secretaría de Desarrollo de la Comunidad con el fin de colaborar con los indígenas refugiados en Andes en el proceso de reasentamiento en esa parte de su territorio.

En Conondo se construyeron nuevos ranchos para albergar a los que volvían. Esto hizo crecer aún más el caserío. Allí se concentraron las familias que hacían parte del bando de Hipólito Vitucay Los que vivían en pequeñas veredas situadas en los alrededores prefirieron quedarse en el caserío. Tenían miedo de que en cualquier momento hubiera nuevos ataques de la gente de arriba.

En Aguasal, mientras tanto, se mantuvieron los dos pueblos que se habían formado durante la guerra y a ellos llegaron nuevos refugiados.

La gente de El Chuigo no quiso volver. Se quedó casi toda en la carretera Medellín-Quibdó. Apenas regresaron unas cuantas familias.

El 7 de diciembre, los indígenas volvieron a reunirse en Quibdó para verificar el cumplimiento del acuerdo de paz. A la nueva reunión asistieron los gobernadores de los cabildos de Covedé, Aguasal, Cascajero, Conondo, Mázura, Uripa, El Noventa, El Chuigo, El Diecisiete, Río Azul, Río Playa y El Consuelo.

Los indígenas se concentraron en la sede de la Orewa a esperar la llegada de los delegados del gobierno

para evaluar los compromisos pactados en la reunión del 15 de octubre. A pesar de que el nuevo encuentro había sido convocado por la División de Asuntos Indígenas del Ministerio de Gobierno, la delegada del Plan Nacional de Rehabilitación del Chocó y la asesora de la Consejería Presidencial, ninguno de estos funcionarios se hizo presente en Quibdó.

Alberto Háchito, presidente de la Orewa, les dijo entonces a los gobernadores: «¿Y es que los indígenas no podemos hablar solos de los problemas de nosotros?». Enseguida, mandó retirar de la sede a todos los delegados de instituciones no indígenas, incluido un policía vestido de civil que había ido al encuentro a hacer trabajo de inteligencia.

Cuando ya estaban solos, Háchito aprovechó la ocasión para explicar cuál había sido la posición de la Orewa a lo largo del conflicto y desmintió en forma enfática los rumores propagados por algunos indígenas de Río Colorado, instigados por gente de Andes, sobre el papel de la Orewa en los hechos de violencia de enero de 1977.

Háchito también preguntó a los gobernadores qué habían ganado los indígenas con tanta violencia: «¿Están más pobres que antes, o no? ¿Pueden dormir tranquilos? ¿Pueden sembrar?».

El presidente de la Orewa dijo que había muchas familias que estaban aguantando hambre por culpa de la guerra y había muchos indígenas que ni siquiera podían volver a sus casas por miedo a las venganzas... «¿Les gusta eso?», volvió a preguntarles.

Después de una discusión que se prolongó hasta el 8 de diciembre, los gobernadores llegaron a las siguientes conclusiones:

«Las comunidades indígenas estamos cumpliendo el pacto firmado. A partir de la firma del acuerdo no se han registrado muertes en las comunidades. Todos estamos impulsando el trabajo comunitario. Analizando el punto tercero y la primera parte del punto quinto del pacto de octubre, vemos que tanto el gobierno nacional como el departamental no han cumplido compromisos como: colocar el centro de apoyo en Piedra Honda, Aguasal, El Noventa, arreglar los caminos e impulsar los cultivos».

Los gobernadores indígenas propusieron al gobierno nacional y al del Chocó que el equipo de apoyo que estaba proyectado para Piedra Honda fuera trasladado a Paságuera, porque ya todos los indígenas que estaban en Piedra Honda se habían trasladado allí.

También desmintieron la noticia de la muerte de cuatro indígenas el día lunes 7 de diciembre y repudiaron las falsas alarmas propagadas por el alcalde de Bagado, quien según ellos quería hacerse pasar por ser «el salvador de la comunidad» sin conocer sus problemas.

Los gobernadores exigieron al gobierno nacional la creación de los equipos de apoyo prometidos para los lugares mencionados, con todos sus programas, y no como en Aguasal, donde sólo habían nombrado un médico. De igual modo pidieron que el PNR y Asuntos Indígenas entregaran en forma rápida los presupuestos asignados para los programas de rehabilitación.

Por último, hicieron un llamado a «los señores políticos» para que no se fueran al Alto Andágueda durante ese año: «Vemos que no es conveniente, en vista de que todavía no se ha normalizado por completo la zona. La presencia de caras nuevas puede generar nuevos conflictos».

El 17 de diciembre de 1987, los indígenas fueron invitados a otra reunión en la sede de la gobernación del Chocó, en Quibdó. A ella asistieron representantes de la Orewa, el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, la Acción Comunal, la Secretaría de Salud Pública, el alcalde de Bagado y el Vicariato Apostólico. La reunión había sido convocada por la División de Asuntos Indígenas y la delegada de la Consejería Presidencial para la Paz. Como no se presentó ningún funcionario de estas dos últimas instituciones, la reunión fue suspendida.

El 3 de marzo del año siguiente, extrañado con el incumplimiento del gobierno nacional a las promesas hechas a los indígenas en la reunión de paz de octubre, y preocupado por el fracaso de las dos últimas reuniones en Quibdó, el gobierno de Antioquia envió a Bogotá a una funcionaria de la Secretaría de Desarrollo de la Comunidad. Ella se reunió con el jefe de la División de Asuntos Indígenas. La funcionaria cuestionó la actitud indolente del gobierno nacional en un conflicto que tenía origen en el Chocó y que hasta ese momento venía siendo solucionado por el departamento de Antioquia.

Durante el diálogo, el director de asuntos indígenas explicó que se habían presentado inconvenientes de última hora para asistir a las dos últimas reuniones, pero reconoció que las instancias gubernamentales de carácter nacional habían incumplido parcialmente las tareas

asignadas a cada organismo y que solamente el departamento de Antioquia había cumplido con los compromisos pactados.

Según el funcionario, todo ello se debía a problemas de coordinación entre las instituciones e inconvenientes de carácter administrativo que no habían permitido el flujo de fondos y el nombramiento de algunos funcionarios.

El director de Asuntos Indígenas estuvo de acuerdo en que no había existido la más mínima disposición de los gobiernos del Chocó y Risaralda para participar en la solución del problema, a pesar de que éste se presentaba en su jurisdicción y prometió luchar por una mayor comunicación y coordinación de las acciones que adelantara el Estado en el Alto Andágueda, de carácter nacional o departamental. También se comprometió a nombrar un coordinador de los programas para el Andágueda antes del 31 de marzo y a enviar un médico, una enfermera, un técnico agrícola y un odontólogo para el equipo de apoyo de Cascajero.

Para cumplir con todos esos propósitos, el gobierno sólo tenía destinada una partida de seis millones de pesos.

El 5 de abril los indígenas fueron convocados a una nueva reunión para discutir programas de salud, educación, construcción de viviendas y producción agropecuaria. A ésta no quisieron asistir los delegados emberá porque se sentían engañados y burlados por el gobierno: en ese momento, aún no se había iniciado ninguno de los programas acordados en el pacto de paz de octubre de 1987, con excepción del grupo de apoyo de Cascajero.

El 18 y 19 de abril, el gobierno desplazó al Andágueda al jefe de Asuntos Indígenas del Chocó para insistir en la presencia de la gente del resguardo en una nueva reunión. El funcionario dijo que ya todo estaba listo, que había que cuantificar los costos para la compra de semillas, animales y herramientas y conformar los equipos de trabajo.

Los delegados de los cabildos fueron a la reunión pero durante ella el jefe de Asuntos Indígenas advirtió que sólo se contaba con un presupuesto de un millón de pesos. Los demás funcionarios del gobierno, a partir de ese momento, se retiraron de la reunión.

El 20 de abril, debido a todo lo que estaba sucediendo, los indígenas fueron a la Gobernación a pedir una audiencia con la gobernadora del Chocó, Eva María Álvarez de Collazos. «Nos quedamos en el edificio hasta las nueve de la noche y en vez de llegar la gobernadora, nos enviaron treinta policías para sacarnos del edificio», dice Alberto Háchito. «El teniente al mando se acercó y nosotros le explicamos que no era una toma del edificio sino que necesitábamos hablar con la gobernadora porque el gobierno nos había invitado a una reunión. Finalmente la gobernadora llegó y se comprometió a darnos lo solicitado dentro de los diez días siguientes. Transcurrió el plazo y sólo entregó unas pocas herramientas y algunos mercados...».

Mientras tanto, en la carretera Medellín-Quibdó continuaban los problemas con los refugiados. Algunos de ellos, en forma aislada, con las armas compradas para la guerra, estaban realizando asaltos en la carretera. Por esos hechos se estaba inculcando en forma indiscriminada a toda la comunidad emberá. Para discutir

esta situación, el comité ejecutivo de la Orewa convocó a una reunión en el municipio de Carmen de Atrato con el alcalde, representantes de la Gobernación, el comandante de la policía, el Vicariato, dirigentes indígenas y campesinos. La reunión se realizó el 5 de junio y en ella se aclaró que los asaltos eran cometidos por un grupo aislado de indígenas, para los cuales se exigió la captura inmediata. «No queríamos que por esa causa siguiera el hostigamiento y persecución de los dirigentes indígenas de estas comunidades», dice Alberto Háchito. «Porque para concretar los programas para el desarrollo de las comunidades el Estado está ausente, pero para reprimir y perseguir a los indígenas no falta su presencia».

En mayo, la situación en el resguardo seguía igual. El gobierno aún no cumplía con sus promesas y se sufría un hambre impresionante. La gente había dejado de sembrar hacía mucho tiempo y las nuevas cosechas todavía no se podían recoger. Por el hambre murieron muchos niños. Las mujeres que estaban embarazadas perdieron a sus hijos, casi todas. No había carne: buena parte del ganado se había vendido para comprar armamento. Este seguía guardado, porque la gente, a pesar del pacto de paz, continuaba apertrechada y preparada para la guerra.

No había muertos por montones, como en 1987, pero sí se presentaban incidentes aislados. Y por debajo seguían las tensiones y las venganzas. En Cascajero, por ejemplo, el 8 de diciembre del año anterior, habían matado al niño Octavio Estévez, de doce años. El 9, en El Chuigo, mataron a Pedro Julio Murillo.

A comienzos de marzo, el ambiente volvió a caldearse. Gente de Aguasal, armada, fue de noche hasta El Salto. Cuando llegaron al caserío no encontraron a nadie. La gente se había ido: alguien les avisó del ataque. Los indígenas mataron los animales que se encontraron a su paso y saquearon las casas.

El 29 de marzo, en Paságuera, el mismo grupo de Aguasal hirió a bala a un joven y mató a otro.

En las dos ocasiones los ataques fueron por la noche, aprovechando la luz de la luna durante el cuarto creciente.

En un informe enviado a la Orewa, un médico que había sido contratado para los grupos de apoyo de Aguasal y Cascajero decía: «Los indígenas vigilan más en esta época porque saben que los grupos rivales se desplazan cuando hay luz. Cuando no hay luna, bajan la guardia...».

Más adelante agregaba: «Tengo oportunidad de sentir el clima de intranquilidad en el que se vive cuando, el mismo día de mi llegada y después de la cena, se produce una falsa alarma. Gritos, movimientos, niños llorando, y para mi asombro (me quedo estúpidamente quieto, sin saber cómo reaccionar) los compañeros del equipo de apoyo cogen sus bolsas y se ponen las botas dispuestos a salir adonde sea. Afortunadamente, sólo eran unos indígenas que traían un cargamento a lomo de muía desde Andes».

El médico fue testigo de las elecciones de ese año. En Aguasal hubo cuatrocientos votos, todos por el candidato conservador de Bagado, que les había prometido materiales para arreglar los techos de las casas y

crear algunos cargos con sueldos, para los indígenas. Por eso ellos no quisieron ir a votar a Pueblo Rico. El día de la votación, según el médico, «se repartieron unos números entre los votantes que permitieron que todos recibieran su media libra de res».

La población de Cascajero, por su parte, se trasladó en masa a Río Colorado. En Aguasal pensaron que los indígenas estaban huyendo por miedo a un ataque de la gente de Conondo. «La realidad era otra y bien sencilla», dice el médico español. «Se habían marchado temporalmente a Río Colorado porque allá estaban las mesas electorales, los políticos y los regalos».

Mientras los incidentes iban aumentando, los programas prometidos por el gobierno en la reunión de paz —con excepción de los grupos de apoyo de Cascajero y Aguasal—no arrancaban. Unos pollos, los primeros comprados con fondos del Estado para los programas de cría de aves de corral, llegaron casi todos muertos al resguardo.

Refiriéndose a ese período, un documento de la Orewa decía, con razón: «En el Andágueda nada ha sido resuelto... Se continúa viviendo en el terror y el olvido».

## 5

**E**L PRIMERO de mayo de 1988 fue un día de fiesta en Aguasal. En la misión, el padre había bautizado a muchos niños y luego se había prendido la fiesta. Era domingo. En la tienda de Arnobio Arce, junto al colegio, estaban tomando aguardiente algunos indígenas de Conondo y Aguasal. Algunos eran enemigos, pero hasta las ocho o nueve de la noche no se había presentado ninguna pelea.

En la misión estaban durmiendo un médico español y una médica colombiana, miembros de los equipos de apoyo de Cascajero y Aguasal. De pronto llegó un grupo de mujeres, habitantes del caserío del lado del colegio. Querían que las dejaran dormir adentro, en uno de los salones. Las mujeres hacían eso cuando sentían que la situación estaba tensa y presentían algún peligro.

La maestra Odila Echeverry, encargada del internado, les dijo: «¿Van a dejar solos a sus hombres? ¿Van a dejar que se maten?».

Las indias no contestaron. Al poco rato subieron al segundo piso, se encerraron en un salón y trancaron la puerta.

Los médicos y la maestra se acostaron. Estaba haciendo frío y estaba lloviznando. A las once de la noche, Odila tuvo un sueño.

«Soñé que por el río bajaba mucha sangre y que una indígena que estaba herida me llamaba por mi nombre, pidiéndome auxilio. Yo no era capaz de hacer nada porque estaba aterrorizada viendo correr toda esa sangre. Era como si por el río, arriba, hubieran matado a un montón de gente. La indígena empezó a acercarse, a acercarse, lamentándose, y ella también toda ensangrentada. Y sentí miedo. De un momento a otro, se abalanzó contra mí», recuerda Odila. Entonces oyó la voz del inspector Laureano Arce, que desde abajo le decía: «Odila, levántese que aquí hay un muerto».

Ella se levantó y miró. El muerto estaba tirado junto a una de las cercas del corral. En los alrededores del internado no había un alma. Laureano se acercó al muerto, le miró la cara y dijo que era Isaías Mamundia.

El médico español se levantó, salió al corredor y se acercó al cadáver. El indio muerto tenía una herida de machete, muy profunda, en el cuello. El médico examinó el cuerpo y vio que no había ya nada que hacer: el hombre se había desangrado por completo hacía rato. Entonces fue a su cuarto, trajo una cámara fotográ-

fica y tomó varias fotos del cadáver. Después se volvió a acostar.

Con la ayuda de una compañera y del inspector, Odila Echeverry corrió el cadáver hasta el corredor. Como estaba muy pesado, tuvieron que arrastrarlo por el piso. Luego lo tapó con una cobija y encendieron dos velas. Los tres se sentaron a velarlo en una banca. Odila se puso a rezar algunas oraciones.

El inspector fue a dar una vuelta por los alrededores del colegio, buscando a algún indígena. De pronto, las llamó. Había descubierto unas manchas de sangre en el otro extremo del corredor. «Hay otro herido», dijo.

Según Laureano Arce, el hombre muy posiblemente se había escondido en el monte esperando que pasara el peligro. Y tenía la razón: un rato después llegó un indígena al puesto de salud. Tenía una herida de machete en la cabeza y botaba mucha sangre. Odila llamó al médico.

A las dos de la mañana, cuando todos estaban en la enfermería ayudando al médico a suturar la herida, sintieron afuera llanto de mujeres. Eran los familiares del muerto que venían de Conondo. Las mujeres rodearon el cuerpo y se pusieron a gemir, hablando en voz alta y en lengua emberá. Así estuvieron mucho tiempo.

Después, Odila sintió una bulla. Luego oyó muchas pisadas. Cuando se asomó a mirar, vio una turba de indígenas enfurecidos que acababan de llegar de Conondo. Todos pasaron por encima del cadáver, casi sin mirarlo, y siguieron por la parte de atrás del internado hacia el pueblito de arriba del colegio.

Desde la enfermería, Odila, su compañera y el médico oyeron cómo la turba atacaba la tienda de Arnobio Arce y la saqueaba. Después sintieron los machetazos cuando empezaron a cortar hasta las vigas de guadua que sostenían el techo. La bulla duró hasta las tres de la mañana.

Apenas acabaron la curación, Odila, su compañera y el médico regresaron a sus dormitorios. Pero esa noche no pudieron dormir.

A las siete de la mañana, cuando se levantaron, el muerto todavía estaba tirado en el corredor. Junto a él habían dejado el cuchillo con que lo habían matado. Y en el caserío de al lado del colegio no había ni un alma.

Al poco rato llegó al colegio el jaibaná de Conondo, Maximiliano Dominichá, con diecisiete hombres y entró con ellos al caserío. En unos minutos saquearon lo que quedaba de la tienda de Arnobio Arce. En el caserío de enfrente, mientras tanto, Guillermo Murillo y su familia miraban todo lo que estaba sucediendo, pero no se atrevían a salir.

A las doce del día, el muerto seguía tirado en el mismo lugar. Odila mandó llamar a los familiares y les preguntó si no lo pensaban enterrar. Entonces vino Hipólito Vitucay, jefe de Conondo, y reunió a su gente en la cancha. Estuvo hablando con ellos mucho rato. Al final, dio la orden de buscar a la gente del caserío del colegio para que volvieran a sus casas y arreglaran el asunto por las buenas. En ese momento, Hipólito Vitucay aún no sabía que a Isaías Mamundia lo había matado Leonardo Querágama, un indígena de Aguasal, por una venganza. Por eso le estaban echando la culpa del crimen a Zacarías Campo.

La gente de Aguasal no apareció en todo el día. Los hombres estaban escondidos en el monte por los lados de Cevédé. Se habían ido por la noche, luego del saqueo a la tienda de Arnobio Arce. Pasado el mediodía, las mujeres que se habían refugiado en uno de los salones del colegio desde la noche anterior también sacaron sus cosas y se fueron con los niños por el monte.

El domingo por la tarde, en medio de la soledad, los familiares del muerto volvieron al colegio. El cadáver fue enterrado en el cementerio indígena, sin ninguna ceremonia, porque el padre Betancur estaba en Pereira.

Al día siguiente, en el colegio, sólo se presentaron a clases los alumnos de Conondo, que eran treinta y seis. No aparecieron los veintiséis muchachos de Aguasal ni los veintiuno de Cevédé. Odila habló con los maestros y, de común acuerdo, decidieron suspender las clases.

El martes, los alumnos de Conondo volvieron a presentarse. Los maestros, de nuevo, se negaron a dictar clases. Ahora su decisión tenía motivos más poderosos: uno de los maestros había descubierto que la noche del domingo la turba que había venido de Conondo había matado al niño Luciano Campo, de doce años. Luciano era estudiante del colegio y vivía en el caserío de Aguasal. El niño había tomado aguardiente en la fiesta del domingo y se había quedado dormido sobre una mesa en la tienda de Arnobio Arce. Cuando llegaron a ía tienda, los tipos de Conondo no tuvieron compasión con él y lo mataron a machetazos. La gente decía que el responsable principal de todo eso era Enrique Querágama, de Conondo. Al maestro le dijeron que el tipo arrastró el cadáver del niño por la parte de atrás del colegio y lo enterró en el monte. Alguien en-

contró la ropa por esos lados. La maestra de Luciano reconoció los pantalones.

Por ese motivo, durante toda la semana, los maestros continuaron negándose a dictar clase a los estudiantes de Conondo, que eran los únicos que continuaban yendo al colegio puntualmente.

«De los episodios tristes que nos pasaron en Aguasal, ese es el que más me duele. No quiero recordarlo», dice Odila Echeverry.

Al final de la semana, la gente de Conondo se vino en masa a preguntar por qué se habían suspendido las clases. Los maestros contestaron: porque no están todos los alumnos.

Los de Conondo se disgustaron con ellos y enviaron una carta al Vicariato Apostólico denunciándolos por no cumplir con su deber. Pero los maestros, por su parte, enviaron otra carta al obispo explicando lo que había pasado y diciendo cuáles eran los motivos de su posición.

«Queríamos que el colegio fuera un lugar de paz y de reconciliación y no un nuevo foco de odios entre los indígenas», dice Odila Echeverry.

El 11 de mayo llegó de Quibdó una comisión del Vicariato acompañada de varios delegados de la Orewa. Entre ellos estaba el presidente de la organización indígena, Alberto Háchito.

El 12 de mayo, los indígenas se reunieron con Háchito. Él los reconvino con palabras muy fuertes por seguir matándose entre hermanos e incumplir el pacto de paz firmado en Quibdó. Los delegados del Vicariato, además dijeron a los jefes indígenas que de continuar

las cosas como estaban, era imposible mantener abierto el colegio por más tiempo.

Los indígenas oyeron todo eso muy disgustados. Finalmente, el Vicariato propuso adelantar las vacaciones de mitad de año mientras se hallaba una solución a los problemas. Los indígenas, muy contrariados por el posible cierre del colegio, prometieron a los delegados del Vicariato y al presidente de la Orewa luchar en forma sincera por el restablecimiento de la paz.

El 13 de mayo, muy temprano, la comisión que había llegado de Quibdó partió hacia Conondo a continuar el diálogo con los líderes indígenas. A las siete de la mañana, los maestros vieron venir hacia el colegio a un grupo de jóvenes, armados y con uniformes militares.

«Miren, muchachos, el ejército», gritó una de las maestras, muy asustada. «Ejército a esta hora no es», respondió otra maestra que sabía que cuando el ejército entraba al Andágueda, lo hacía por Docabú, y que las tropas siempre llegaban a la misión a las tres o las cuatro de la tarde.

Un profesor se asomó a mirar de cerca a los muchachos. «Es guerrilla», dijo. Cuando se acercaron, los maestros vieron que tenían las caras pintadas. «Son indígenas», dijo Odila.

Y, de verdad, eran indígenas. Al frente del grupo venía Miguel Murrí, uno de los jefes de El Chuigo. «No venimos a hacerles mal», dijo él a los maestros, junto al corredor del colegio. «Buscamos la paz, nada más. Y buscamos unos sapos...».

El escuadrón estaba formado por once indígenas. Los muchachos pasaron por el caserío de enfrente del

colegio y continuaron hacia arriba. La gente no se inmutó al verlos. Ahí estaban Guillermo Murillo, Fernando Arce, Hipólito Vitucay. Una de las maestras, un poco alterada, se acercó a ellos y les dijo: «Ustedes son unos hipócritas. Ayer estaban aquí hablando de paz y ahora vean lo que está ocurriendo... Nosotros cerramos el colegio y nos vamos...».

Pero los maestros casi no pueden salir. La gente se vino de Conondo a tratar de impedirles que se fueran. El cierre del colegio significaba para ellos muchas cosas: no había clases, no había médicos, no había enfermera, no había cura para enterrar a los muertos, ni bautizar, ni celebrar los matrimonios...

Pero los maestros no estaban ya dispuestos a más transacciones. Además, por primera vez, sentían que sus vidas corrían peligro. Por eso a las doce del día, junto con la enfermera y los dos médicos, salieron del Alto Andágueda a pie, por el camino de Docabú, cargando cada uno con su ropa.

## 6

**L**A VIOLENCIA comienza otra vez el primero de mayo», dice el médico español Esteban Hermoso en una carta de 1988, fechada en Quibdó, unas semanas después. «Ese día hubo bautizos y nada hacía suponer que acabaría en un baño de sangre. Como siempre que hay bautizos o bodas o cualquier otro acontecimiento social, hubo fiesta y alcohol. Después de acostarnos, hacia las once de la noche, un indígena llamó a la puerta: 'Ha habido un muerto y un herido'. Bajamos a ver qué sucedía y encontramos a los policías de la comunidad arrastrando el cadáver de un tal Isaías Mamundia, indígena de entre veinte y veinticinco años que residía en esos momentos en la comunidad de Conondo. Un machetazo le había abierto la garganta y su cabeza se extendía macabramente enseñando la mordi-

da roja del machete. Le tendieron en el porche de la escuela. El herido no aparecía por ninguna parte, aunque encontramos rastros de sangre en el extremo del corredor. Parece que había escapado a Conondo».

«Una pelea de borrachos, fue la interpretación que daríamos más tarde. Pero en ese momento todo estaba confuso. Regresamos a dormir. Los indígenas de Aguasal, entre tanto, escaparon del caserío o se refugiaron en la escuela a pasar la noche. Hacia la una llegó un nutrido grupo de habitantes de Conondo, con los familiares del finado. Lo cubrieron con una manta, le encendieron una docena de velas y las mujeres comenzaron a llorar en tanto cantaban la enervante melodía ritual de duelo, una estrofa musical con los distintos lamentos que inspira la muerte del ser querido, que puede durar, y dura, varias horas, sin interrupción».

«Los hombres, mientras tanto, entraron a saquear la tienda donde habían sucedido los hechos, dando golpes de machete contra las vigas de guadua y madera que sostenían la casa. Al amanecer trajeron al herido Alcides Mamundia, un joven de entre veinticinco y treinta años, hermano del anterior, que presentaba una aparatosa herida por machete que le daba en la mitad derecha de la cabeza, alcanzándole desde cuero cabelludo hasta frente, en un trayecto rectilíneo de unos veinte centímetros. Tenía también otra lesión en codo derecho que requirió tres puntos. Las lesiones fueron suturadas con un resultado satisfactorio, de modo que el herido, en dos semanas, estuvo haciendo vida completamente normal (a pesar de que, lógicamente, sufría de algún que otro dolor de cabeza). Pero el hecho es que mientras nosotros procedíamos a curar al herido, los

vecinos de Conondo apoyados por ciertos indígenas de Aguasal saquearon la comunidad llevándose trastes de cocina, gallinas, ropas... en un espectáculo realmente desconsolador. A esto se suma el rumor de la desaparición de un tal Lucio Campo, un muchacho de unos catorce años, vecino de Aguasal, que se encontraba borracho la noche de los hechos y del que hasta ahora no se ha sabido nada».

«Durante ese día, los indígenas de Aguasal se marcharon a dormir a la escuela. En su segundo piso, la escuela cuenta con amplios salones que han servido de refugio en más de una ocasión a la comunidad; cuando se sienten amenazados por un peligro, suben a los salones y atrancan la puerta de forma que convierten el edificio en una improvisada —y segura— fortaleza. Allí estuvieron durmiendo durante varios días hasta que, llegado el siguiente fin de semana, dejaron a Aguasal vacío. Emigraron a otras comunidades: Sinaí, Mentuará, Cevedé...».

«Por el contrario, Conondo es una comunidad llena de gente, que en unos pocos meses se ha convertido en la más poblada del resguardo. Un indígena bromeaba conmigo en que dentro de pocos días habría que poner calles y carreras en la comunidad».

«Los vecinos de Conondo se sorprendieron por la marcha de sus vecinos de Aguasal y manifestaron sus deseos de olvidar lo sucedido, de vivir en paz como hermanos, etc.. Pero la gente de Aguasal ya estaba lejos, no confiaba en ellos».

«En la escuela sólo se daba clase a los niños de Conondo. Los de las demás comunidades estaban en sus casas».

«La Orewa, con el apoyo del Vicariato y del CPI, organizó una reunión con asistencia masiva al día siguiente, 12 de mayo, en la que se analizaron los últimos hechos. Hubo acusaciones, defensas... El Vicariato optó por cerrar la escuela hasta que no se reúnan garantías mínimas de seguridad, cosa que dolió mucho a los indígenas (según pude comprobar posteriormente). Decir Escuela es decir: educación, alimentación para los niños, posibilidad de hacer negocios y recibir ayudas de la escuela, recibir auxilio en caso de peligro, recibir atención paramédica y medicamentos, servicios religiosos (es curioso, pero las ausencias del padre Bentancur han sido muy criticadas por ciertos líderes indígenas que, aunque no asistan a misa, no conciben enterrar sus muertos sin una cruz y un oficio católico), posibilidad de recibir visitantes y ayudas (¿cuántos, si no, se aventurarían a adentrarse en una tierra tan dura de caminar, sin la confianza de ser recibidos por unas amables maestras, y recibir cama, ducha y comida?...). Eso ha dolido mucho. Como castigo es superior a privarles de un envío de esas herramientas o mercados que están acostumbrados a recibir según recen los criterios más o menos arbitrarios de la política de turno. Alberto Háchito habló con dureza a los responsables de los últimos sucesos. La iglesia donde se celebró la reunión estaba llena de gente a rebosar».

Esa misma semana, el médico español caminó hasta Cascajero. «En esos días se veía más tranquilo que nunca, semidespoblado... La mitad más o menos de la población había bajado a Río Colorado (a menos de una hora de la mina) a sacar oro. En esos momentos, del equipo de apoyo sólo se encontraba en el lugar el maestro que, vistas las circunstancias, decidió levantar el

campamento y así nos vinimos con un grupo de unos veinte indígenas y tres muías para subir las herramientas que se habían depositado en Docabú».

«Entonces llegamos a Aguasal y Odila me informa del paso del grupo armado. Todos abandonan la escuela. Yo decido quedarme. Durante dos semanas permaneceré solo en Aguasal, caminando por las comunidades y comiendo lo que me cocinen o lo que me regalen los indígenas. Pero ¿quiénes son estos guerrilleros? Todos los han visto y sin embargo me vienen a preguntar cuando se han ido las maestras si eran blancos o eran indios. La misma pregunta: ¿Eran blancos o eran indios?, cuando ellos y yo sabíamos que eran parientes de quienes me estaban interrogando».

«No volvieron a pasar por Aguasal. Y, de hecho, desde entonces vivimos en una tranquilidad casi olvidada... Únicamente alterada cuando dos días más tarde unos vecinos de Conondo descubrieron en Andiadó los rastros de un grupo desconocido que, primero, pensaron que era un grupo de merodeadores dispuesto a atacar y, más tarde, averiguaron que se trataba de los hombres de Cascajero que se habían vuelto desde Cevedé y por el monte para dar aviso del inminente asalto que amenazaba a su comunidad».

La carta del médico dice más adelante: «Sin saber nada de lo que ocurría en Cascajero, volví acompañado de un indígena cinco días más tarde. Para mi sorpresa, encontré a la comunidad muy cohesionada y con buena moral. Me contaron que las caras manchadas llegaron el lunes (habían pasado el domingo por Aguasal) y que unos muchachos que estaban cazando en el monte con bodoqueras los habían identificado, escondidos entre

la maleza. Ellos pueden dar los nombres de quiénes eran. Lo cierto es que el grupo pensaba asustar a los indígenas de Cascajero con sus uniformes y sus armas, pero los hombres de Cascajero salieron a la cancha de fútbol mostrando susto pero dispuestos a enfrentarse... Los atacantes volvieron sobre sus pasos a la carretera por monte, contaban los de Cascajero. Así que este acontecimiento sirvió para unir mucho más a la comunidad. Si bien es cierto que la mitad de la comunidad se encontraba en Río Colorado, éstos volvieron el 29, domingo, en compañía de Gonzalo, del equipo de apoyo...».

Cuando volvieron del río, según el médico, los indígenas de Río Colorado hicieron correr la voz de que habían sacado catorce castellanos de oro y que los iban a emplear todos en la compra de armas.

La carta menciona un último incidente: «Cuando venía vi una de las carabinas con cañón recortado que habían conseguido en Pueblo Rico y, por otro lado, Tintiliano (el gobernador) me contó un extraño suceso. Cuando hacía un viaje a San Marino, en El Chuigo encontraron un mulato alto y fuerte, con una gran pistola a la cintura, que iba acompañado por otros morenos 'motoristas' conocidos, el cual dijo pertenecer 'al comando' (?). Dijo que estaba haciendo una investigación y les enseñó unos cuantos nombres de gente conocida, y les aconsejó que bajaran todos a Río Colorado para defenderse en caso de un eventual ataque. Los citó a Piedra Honda este domingo 5 de junio. Los indígenas fueron incapaces de identificar con más datos a este raro personaje».

Cuando bajó a llevar unas cartas a Pueblo Rico, esa misma semana, el médico escuchó varios rumores so-

bre la muerte de algunos indígenas en Cascajero. La gente decía que él había escapado en forma milagrosa de las balas de los indios. Entonces se dio cuenta de las «quince mil mentiras» que se decían sobre el Andágueda.

A su regreso a la misión, se encontró una extraña epidemia de fiebre. Había muchos enfermos en todo el resguardo, sobre todo en Conondo, pero también en algunas comunidades blancas y negras situadas fuera del territorio indígena. En Andiadó, una mujer había muerto de sarampión y había cinco enfermos más. Una niña de dos años murió en el puesto de salud de Aguasal, mientras sus padres esperaban que él la atendiera.

El lunes 30 de mayo, el disparo accidental de un arma de fuego ocasionó la muerte de Rosalba Vitucay, una indígena de dieciséis años que se había casado en diciembre. El médico no pudo hacer nada por salvarla. Era hija de Hipólito Vitucay, líder del grupo de Conondo. Él comprendió entonces, una vez más, que las armas cobraban siempre -sin perdón ni aplazamientos- su tributo de sangre...

## 7

**E**L COLEGIO de Aguasal estuvo cerrado durante los meses de mayo, junio y julio de 1988. La tensión era insoportable. No había más muertos porque todo el mundo estaba preparado para resistir un ataque y los dos bandos en guerra se mantenían vigilantes. Pero por todas partes volvían a verse tambos abandonados y había hambre. Nadie había vuelto a sembrar y el escaso ganado que pastaba en los potreros de la misión había sido vendido o sacrificado. A pesar del documento de paz firmado en Quibdó, en las miradas de los emberá sólo había miedo y odio.

La guerra de 1987 había cambiado todo. Como sucede en cualquier guerra, la gente había empezado a aglutinarse porque temía estar sola y porque sabía que

para enfrentar un ataque armado del otro bando había que defenderse en forma colectiva.

Por eso habían surgido dos grandes pueblos: uno en Cascajero, en lo alto de las montañas de la parte de arriba del resguardo, y el otro en Conondo, en un pequeño valle, a pocos kilómetros del colegio de Aguasal. En Conondo, el jefe era Hipólito Vitucay. Arriba, en Cascajero, era Justo María Sintuá.

Antes de la guerra, en Cascajero vivían cinco familias. Ahora los habitantes pasaban de doscientos. Toda la gente que vivía dispersa en Río Colorado y el alto de Cascajero se había ido a vivir allí. En Conondo, por su parte, se había formado otro pueblo, con más de seiscientas familias. La mayoría eran refugiados de otras zonas del resguardo. Maximiliano Dominichá, gobernador del cabildo, por ejemplo, era uno de los muchos refugiados de la zona de El Chuigo.

«Esos dos pueblos llegaron a crecer tanto después de la firma de la paz en Quibdó, que para nosotros la labor se volvió muy sencilla», recuerda el padre Agustín Monroy «Ya no era sino ir a Conondo y a Cascajero y ya uno sabía dónde estaba el *quid* del asunto. Eso, pues, entre otras cosas, nos favoreció también a nosotros porque ya no había que caminar tanto».

Según el padre, sin que casi nadie lo advirtiera, la gente del Alto Andágueda se preparaba para una nueva guerra durante todo el año de 1987. Unos compraban armas en Pueblo Rico, otros en Andes. A fines del año, en Conondo, todos los indios estaban armados. Y en Cascajero, también.

«Eso hicieron», dice. «Mientras nosotros hablábamos de paz, y nos reuníamos con ellos para firmar pac-

tos, ellos seguían armándose porque no creían en nada sino en matar. Esa era la consigna: matar al otro».

En Aguasal, por ejemplo, corría el rumor de que un grupo de indígenas, comandado por Joaquín Murillo y otros hermanos de Guillermo Murillo, había subido de noche hasta Río Colorado y había vuelto a asaltar la mina. Durante la incursión, decía la gente, habían saqueado las instalaciones y habían destruido el viejo molino de pisones. También habían tumbado todos los techos de las edificaciones aledañas. En los hechos resultó herido un emberá de Río Colorado que estaba en la mina esa noche. Días después, enviados del CPI lograron llegar hasta la zona y verificaron los rumores.

Mientras tanto, en los alrededores del colegio, continuaban las tensiones entre los habitantes de los dos caseríos. No se atacaban pero todavía había resentimiento por la muerte de Isaías Mamundia y el niño Luciano Campo y por el saqueo de la gente de Conondo a la tienda de Arnobio Arce.

«Y había muchos chismes. Cuando uno hablaba con ellos, le decían: padre, que nos van a atacar éstos. Padre, que nos van a atacar aquéllos. Padre, que vea, que éstos están diciendo mentiras. Vea que éstos lo están engañando... Todos los días era una tensión impresionante. Yo sentía que ya se iba a romper la paz...», recuerda el padre Agustín.

Por otro lado, en la carretera Medellín-Quibdó, la gente continuaba muy organizada. No querían volver a sus tierras y, también en secreto, estaban preparando una incursión a Cascajero.

«Los de Cascajero siempre me decían: padre, nos van a atacar. Porque ellos manejan mucho lo del chisme, eso es impresionante».

«Yo fui a El Noventa y eso era reunión tras reunión, por las noches. Y uno ya sabía que cuando ellos se reunían hasta muy tarde y empezaban a hablar en lengua... Ave María...».

Las sospechas del sacerdote se confirmaron al poco tiempo cuando en uno de los viajes a El Noventa lo acompañó un indio de Aguasal que entendía la lengua. Él le dijo: «Padre, esto está muy bravo, esto va a volver a reventar».

Según el misionero, la gente de la carretera estaba muy bien entrenada y había conseguido mucho armamento. «El catío siempre ha sido muy guerrero. Y ahí había gente muy capaz de hacer cualquier cosa... Nosotros teníamos mucho miedo. Aun después de firmar todos esos papeles. Nosotros nos sentíamos impotentes... Sabíamos que si se nos rompía ese proceso de paz, nos quedábamos sin nada».

«En ese momento nos dimos cuenta de que teníamos que volver a hablar con todo el mundo y eso fue lo que nos pusimos a hacer», recuerda el padre Agustín Monroy. «Para atajar un nuevo estallido de violencia, tuvimos que desplegar todos los esfuerzos...».

El primer diálogo fue el 28 de julio, en Bagado. A él asistieron funcionarios del gobierno, representantes indígenas y concejales de esa población. El objetivo de la reunión fue tratar de conjurar los recelos que habían renacido entre algunos clanes familiares y sacar el conflicto del punto muerto en que se hallaba.

En Bagado, los indígenas volvieron a denunciar el incumplimiento del gobierno con los compromisos del pacto de paz firmado en Quibdó. Los delegados de la Orewa y la ONIC dijeron que ambas organizaciones habían presentado planes de desarrollo para las regiones en conflicto y habían ofrecido al gobierno su colaboración, pero no habían recibido ninguna respuesta.

Las necesidades más apremiantes de los emberá, según los delegados, eran el refuerzo del equipo de apoyo de Cascajero, que estaba funcionando a media máquina por falta de recursos; el nombramiento de un médico y una enfermera para el puesto de salud de Aguasal; el envío de mercados («habían llegado muy pocos y los repartían muy mal») mientras podían recogerse las primeras cosechas; y el retiro del puesto de policía de Aguasal. Este último, en vez de convertirse en factor de paz, se había vuelto un foco de conflictos y confusión: la comunidad no sabía si obedecerle al gobernador del cabildo o al inspector.

Los emberá también se quejaron ante el alcalde y los concejales de Bagado por las rencillas y la zozobra que sembraban entre la gente los políticos que entraban a conseguir votos para sus campañas. «Un mal manejo de ellas empeora la situación. Casos como el de las cédulas rotas, el de prometer la mina a determinado sector indígena, el prometer las cosas y no cumplir, el decirles que los quieren matar porque son liberales o conservadores, son una clara muestra de la incidencia negativa de estas campañas mal manejadas», decía una declaración de los indígenas leída en la reunión.

Sobre el pacto de paz, los representantes del Alto Andágueda aseguraron que aunque las agresiones se

habían reducido, un grupo había roto el compromiso atacando el caserío de El Salto. También informaron que en territorio del resguardo había aparecido un grupo armado, formado por nueve indígenas. Éstos, según los delegados, estaban cometiendo algunas fechorías.

Para contener un nuevo estallido de violencia en el resguardo, la Orewa reforzó su trabajo enviando delegados a todas las comunidades. Lo mismo hizo el Centro de Pastoral Indigenista.

El 25 de agosto de 1988, gracias a nuevos pactos logrados por los delegados de las dos organizaciones, se convocó un nuevo congreso con participación de todos los sectores. A éste se le dio el nombre de Primer Congreso Indígena del Alto Andágueda.

El padre Agustín viajó al congreso con varios días de anticipación, con el fin de recorrer el resguardo y hablar otra vez con la gente de todos los bandos.

«Antes del congreso», dice en una crónica que escribió para una revista misionera, «aprovechamos unos días para visitar algunas comunidades, especialmente Cascajero. Ocho días fueron suficientes para ratificar una realidad de muerte, que ya no es fruto de la violencia interna, sino de la desnutrición, las enfermedades... el olvido y la marginación en que viven estas comunidades».

«Cuando llegamos a Cascajero nos encontramos con un enfermo grave en casi todos los tambos; con platos y tazas que de la mañana a la noche se cansan de recibir tan solo primitivo y monía (maíz molido, con agua) y seriamente medidos para que pueda alcanzar hasta la próxima cosecha...».

«No es lo mismo contar la muerte de un niño más, que entra a engrosar la cruel estadística de mortalidad infantil por física hambre, que vivir durante cuatro días la agonía de un niño de sólo ocho meses al que su extremo grado de desnutrición y la falta de atención médica le llevaban a enfrentar, en una lucha desigual, una tuberculosis que era prácticamente la herencia que había recibido de sus padres al nacer, y que éstos a su vez habían recibido de una comunidad, de un grupo étnico que, como el indígena, hereda del Estado el abandono y la miseria a los que por quinientos años lo han tenido sometido».

«Nos daba rabia ver cómo se iba apagando la luz de la vida no en este niño, sino en muchos otros que estaban tendidos en el suelo de su tambo luchando contra la muerte (...)».

«El sábado en la madrugada, el grito lloroso de las mujeres nos anunció la muerte del niño. Hacía quince días este llanto había inundado la comunidad cuando ocho niños murieron víctimas del sarampión».

En su nuevo viaje al Andágueda, el misionero pudo entrever otra dura realidad: la del robo de mujeres y niños, a causa de la guerra. «Cuando se definieron los dos bandos, uno en Cascajero y otro en Conondo, mucha gente de Conondo se iba y se robaba las mujeres suyas que se habían casado con los de Cascajero. Eso ocurrió muchas veces... Hubo familias que con la guerra se partieron en dos. A mí me tocó eso...».

El padre recuerda un día que iba a viajar de Conondo a Cascajero acompañado de algunos misioneros del equipo del CPI: «Resulta que una señora en Conondo nos dijo: Padre, por qué no se llevan este niño, que él

tiene la mamá allá... El muchacho, de unos ocho o diez años, se fue con nosotros hasta Cascajero. Cuando salimos ya por la tarde de Cascajero, de regreso, vimos al niño cargando otro niño de brazos. Cuando ya estábamos saliendo, en el pueblo pegaron un grito: EEEhhhhh... Y se vino Tintiliano, que era el gobernador, con Justo Sintuá, y empezaron a hablar en lengua con el niño. Yo jamás en la vida he visto tanta rabia y tanto rencor como el que vi en los ojos de ese niño cuando le arrebataron de los brazos al hermanito... Resulta que él iba era a recuperar al hermanito. O sea, la mamá había mandado a su hijo a recuperar a su otro hijo, que era el menor, y que lo tenía la abuela, y la abuela se había quedado en el otro lado, con la gente de Cascajero... Y uno ahí, sin poder hacer absolutamente nada...».

«¿Por qué sucedía eso?», se pregunta el padre Agustín. «Porque los niños y las mujeres se volvieron trofeos de la guerra: o sea, para Justo Sintuá, en ese momento, ese niño pertenecía a Cascajero, a pesar de que su madre estaba en Conondo... Y eso no se podía romper...».

De todos modos, a pesar de la crueldad de algunos episodios, los indígenas parecían conservar algunos códigos de honor. Por ejemplo, el de las cerbatanas. Éstas jamás se usaron para la guerra. «Yo pienso que es que ellos saben que esa verraca muerte es tan dura que no se la desean para ellos mismos», comenta el padre Agustín.

Cuando terminó el recorrido por el resguardo, el misionero regresó a Aguasal para asistir al congreso indígena. El evento se llevó a cabo en el colegio, con la asistencia de más de ochocientos representantes de todas las comunidades involucradas en el problema de

violencia. En él se ratificó el acuerdo de paz celebrado en Quibdó en octubre de 1987.

Los delegados del gobierno no asistieron a la reunión. A partir de ese momento, los indígenas aceptaron en forma definitiva la mediación de la Orewa.

Después del congreso, una delegación de gobernadores viajó directamente a Bogotá, a entrevistarse con funcionarios de la División de Asuntos Indígenas, del Plan Nacional de Rehabilitación y de la Consejería Presidencial, para comprometer de nuevo a esas instituciones en el cumplimiento del pacto. Los funcionarios dijeron a los indígenas que las instituciones tenían el dinero suficiente para financiar los proyectos, pero a la hora de ejecutarlos había muchos problemas de coordinación entre los distintos entes del Estado. Por eso en el Andágueda no se veían ni el dinero ni el personal para los equipos de apoyo, con excepción de los médicos y los maestros de los centros de apoyo de Cascajero y Aguasal.

A lo largo de 1988, durante varios meses más continuaron las visitas y las reuniones interinstitucionales en las que se volvía a hablar del presupuesto para *la zona* y se analizaba con la comunidad lo que ya se había analizado y definido hacía un año.

«Al final nos convencimos de que las instituciones, más que verdaderos programas, querían tener actividades que les permitieran mostrar que sí estaban haciendo presencia en el Andágueda», dice un delegado del Centro de Pastoral Indigenista. «Pero no había nadie que se metiera a la zona a encarar los problemas y a ratificar la presencia del Estado».

El acuerdo logrado en el congreso indígena permitió la reapertura del colegio una semana después. El clima de paz volvió a Aguasal por primera vez en mucho tiempo. La gente que se había ido después del asesinato de Isaías Mamundia empezó a volver a sus casas. Algunas familias se pusieron a sembrar. Y los profesionales de los grupos de apoyo de Cascajero y Aguasal regresaron a las comunidades indígenas a continuar trabajando con entusiasmo por la consolidación de la paz en todo el territorio del resguardo.

**E**N FEBRERO de 1989, el colegio de Aguasal abrió otra vez sus puertas para recibir en sus aulas a los niños indígenas y comenzar el nuevo año escolar. Los maestros y los misioneros del CPI estaban muy optimistas: desde la realización del congreso indígena no había muertos. Este era un signo alentador. Todo hacía pensar que al Andágueda, por fin, había vuelto la paz.

Pero el 20 de marzo, sus ilusiones se esfumaron: varios indígenas de El Salto mataron a Alvaro Murillo y a Ligia Querágama, en las bocas del río Paságuera. Ambos eran indígenas de Aguasal.

La noticia fue recibida en el colegio con mucha tristeza. Murillo vivía en el caserío de enfrente del colegio. Allí se había refugiado con su hermano, Guillermo Mu-

rillo, y con la familia de Fernando Arce, desde que empezaron las matanzas, en 1987.

Los maestros sintieron que en todo el resguardo volvían a soplar vientos de guerra y que se iban a enfrentar, de nuevo, los indígenas de la parte de arriba con los de abajo.

Pero la venganza de la gente de Aguasal no fue apresurada. Guillermo Murillo y Fernando Arce sabían que en El Salto estaban los Vitucay, «gente muy brava para la pelea». Algunos de ellos habían regresado hacía unos meses de Quibdó, después de dar mucha guerra a la policía del Chocó y a los dirigentes indígenas que no estaban de acuerdo con los actos de violencia en la carretera. Y dos de ellos —Belisario y Próspero, según decían muchos indígenas—, acompañados por algunos vecinos de El Salto, eran los que habían matado a los de Aguasal.

Los indígenas del caserío de abajo del colegio se prepararon durante dos meses para el ataque: vendieron animales y cosechas. Compraron armas. Realizaron viajes a la carretera para hacer contactos con otros indígenas e iniciaron adiestramiento militar, a la luz del día, y delante de todo el mundo. Algunas tardes, hasta llegaron a usar la cancha de fútbol del colegio para hacer sus prácticas. A los pocos días se sumaron a los ejercicios algunos indígenas que llegaron de Pechúgare. Estos habían huido de sus casas por miedo a las venganzas de los indígenas del Alto San Juan. Uno de ellos había sido asesinado días antes, en Pechúgare, durante una borrachera colectiva.

En Aguasal, las opiniones sobre el ataque a El Salto estaban divididas. Los indígenas que vivían arriba del

colegio estaban cansados ya de tanta guerra y, aunque les dolía la muerte de Alvaro y de Ligia, decían que no querían tomar parte en la venganza. Los de abajo, en cambio, se entregaban con todas sus fuerzas a prepararla. La explicación era sencilla: abajo vivían los hermanos de Alvaro Murillo. Y Fernando Arce, jefe del otro clan familiar de ese lado, era el que entrenaba al grupo.

Los Arce y los Murillo comenzaron a presionar al gobernador del cabildo de Aguasal, Arnobio Arce, para que apoyara el ataque y permitiera que algunos jóvenes de arriba se integraran al grupo. Pero Arce se negaba a hacerlo en forma terminante. El gobernador no sólo estaba resentido con los Murillo y los Arce por haber permanecido con los brazos cruzados durante el ataque de la gente de Conondo a su tienda y a su caserío, unos meses antes. También consideraba que si durante la incursión les ocurría algo a los jóvenes, él tendría que responder por sus vidas ante sus padres y hermanos.

Arnobio Arce prefirió renunciar. Muchos indígenas del pueblo de arriba decidieron irse a trabajar de jornaleros a Puerto Boyacá para no verse enredados en el asunto. El 27 de mayo la comunidad se reunió para nombrar un nuevo cabildo. Fue elegido como nuevo gobernador Hugo Tequia, partidario de la gente que se preparaba para el ataque.

El domingo 28 corrieron rumores de que esa noche se iban para El Salto, pero al día siguiente casi todos los hombres todavía estaban en Aguasal. El lunes 29, por la tarde, Laureano Arce, el inspector, llegó de Docabú. La gente vio entrar a la casa de Darío Murillo a tres indígenas de cara extraña. Todos llevaban morrales. Muchos

decían que eran de la carretera y que habían venido a ayudar.

Por la noche ladraron mucho los perros y los maestros oyeron que por debajo del colegio pasaron algunas personas en dirección a Conondo.

El martes 30, Aguasal amaneció casi vacío. Los indígenas que aún quedaban y que no hacían parte del grupo de ataque, se fueron hacia Mázura. Los demás se metieron al monte, llenos de miedo. En el colegio, sin embargo, los maestros dictaron sus clases como si fuera un día común y corriente.

Por la tarde, el inspector Laureano Arce —hijo de Fernando Arce— se puso un uniforme militar y, después de decirle a algunos conocidos que se iba para Bagado, salió por la parte de atrás del colegio y se fue hacia Conondo. Pero esa misma tarde le había confesado a una indígena de Aguasal que por la noche iban a atacar.

Las mujeres y los niños que quedaron solos en Aguasal corrieron a refugiarse en el colegio y pidieron que los dejaran pasar la noche encerrados en un salón del piso de arriba.

El miércoles y el jueves la gente siguió con mucho miedo. El padre Betancur celebró como pudo los oficios de la semana santa. Por la noche, todos volvieron a dormir al colegio.

El viernes santo llegó a Conondo el primer herido de bala durante el combate. Era Jesús Querágama. Por él se conocieron en Aguasal algunas noticias fragmentarias. Las mujeres se pusieron a llorar porque sabían que había muertos y que muchos de ellos podían ser

sus hijos: los que se habían ido para El Salto eran jóvenes. Los viejos se habían quedado en Conondo.

Por las noticias que trajo el muchacho herido se supo que durante el ataque la gente de Aguasal y de Conondo había matado a seis indígenas de El Salto y había quemado varias casas. El balance final no era muy alentador para Fernando Arce: su peor enemigo, Baltazar Vitucay había logrado escapar con vida.

Ese mismo viernes, el padre Betancur, acongojado de saber que las matanzas se habían reanudado, organizó una majestuosa procesión que partió de la iglesia y fue hasta el cementerio. Adelante iba él, descalzo, llevando una cruz. El resto de la gente lo seguía llevando más cruces en las manos. Cuando llegaron al camposanto, el padre clavó su cruz en la tierra, en medio de las tumbas. Las maestras que lo acompañaban esa noche vieron en ese gesto una expresión del sentimiento de haber terminado, y tuvieron el presentimiento de que muy pronto otro sacerdote iba a ocupar su lugar mientras el padre Betancur «se preparaba para volar a otra vida».

El sábado santo, a las siete de la mañana, Ana Que-rágama llegó al colegio, acompañada de su esposo, llorando a los gritos y diciendo que habían matado a su hijo Marco Tulio Campo. La mujer aseguraba que el culpable era Guillermo Murillo, por haberlo convencido de participar en el ataque. La indígena, en medio de los lamentos, decía que el muchacho había caminado varias horas, herido, con un balazo en el estómago, pidiendo auxilio, hasta que cayó muerto a un lado del camino. Después, los compañeros pasaron por ahí y lo dejaron abandonado.

Esa misma noche llegaron a Aguasal, pálidos y un poco cojos, Laureano Arce, Santos Campo, Óscar Murillo y otros indígenas que habían participado en la incursión. También llegó un niño de ocho años que daba muestras de mucho cansancio y de estar perdido. Preguntó por la casa de Mamerta Murillo. Le dieron comida. Dijo que se había volado de su casa en El Salto porque unos hombres habían atacado el caserío. Que él se había venido con José Luis Murillo, un familiar que estuvo en el asalto y que lo había rescatado.

El domingo de Pascua a la una de la tarde se celebró en Aguasal una misa de difuntos por el alma del hijo de Ana Querágama. A ella asistieron muy pocos indígenas. El padre Betancur, en su plática, se refirió a la incursión y atacó desde el pulpito a los jefes de los grupos armados de Aguasal. La gente, que todavía estaba llorando la muerte de Marco Tulio Campo, se disgustó mucho con él.

Esa semana, el padre Betancur dejó para siempre la misión de Santa Ana de Aguasal. El colegio siguió funcionando en medio de un clima de miedo generalizado.

Mientras tanto, en Conondo, la situación era peor: el pueblo tenía dos enemigos que lo podían atacar por flancos diferentes. El uno, emplazado al norte, era Justo Sintuá, jefe de la gente de Cascajero y Río Colorado. El otro, apertrechado al sur, era Baltazar Vitucay, jefe de El Salto, quien se había refugiado en Piedra Honda después del asesinato de Alvaro Murillo y Ligia Querágama.

Por esa época, en el Andágueda, las noches de luna llena eran tenebrosas. La gente casi no podía dormir. Las mujeres abandonaban las casas y se iban a amanecer al colegio, con sus hijos más pequeños. Los hom-

bres, mientras tanto, alistaban sus armas y se quedaban en sus casas mirando la luz de la luna sobre los árboles con mucha atención, vigilando los bordes de los potreros, las bocas de los montes, los caminos. Tratando de adivinar a tiempo el movimiento de cualquier sombra sospechosa. Todos sabían que esas eran las noches que los enemigos aguardaban para atacar, aprovechando la luz.

En Conondo, antes de acostarse, la gente miraba las montañas, al otro lado del río, tratando de descifrar cualquier destello de luz entre los árboles. Sabían que la gente de Cascajero usaba señales. Por eso, cuando alguien veía una luz, pasaba la voz. Y la gente empuñaba su arma y se deslizaba en silencio afuera de los ranchos para tomar posiciones, a la espera del ataque.

La respuesta de la gente de Cascajero, para vengar lo de El Salto, no se hizo esperar. La noche del 17 de julio, un indígena fue a la finca donde se hallaba Laureano Arce, el inspector de Aguasal, y lo sacó de allí, engañado. Él dijo que fuera rápido al caserío, que lo iban a atacar y que él como inspector debía ir a defender a su familia y a su comunidad. Arce cayó en la trampa y salió. En el camino, lo estaban esperando. Los que lo mataron, arrojaron su cuerpo junto a la quebrada Quiparadó. Ahí lo encontraron al otro día.

Esa misma madrugada, a las cuatro de la mañana, indígenas aromados de fusiles, revólveres y pistolas atacaron a Contando y Aguasal.

En Conondo, la gente presentó mucha resistencia y el combate se prolongó hasta las dos de la tarde. Los muchachos de Cascajero quemaron seis casas pero no lograron matar a ninguno de los hombres que defendían el caserío. Al final del combate, los de Conondo

capturaron vivo a uno de los muchachos, lo interrogaron, y después lo mataron. En el interrogatorio, dijo que el asalto lo había organizado Tulio Pepe, antiguo gobernador de Aguasal, y quien ahora vivía en Cevédé.

En Aguasal, el ataque duró hasta las seis de la mañana. Los agresores concentraron el fuego contra el caserío de enfrente del colegio, principalmente contra las casas de Guillermo Murillo y Fernando Arce. Por la tarde se supo que la incursión la habían hecho indígenas de Cevédé.

La nueva escalada de violencia obligó al Vicariato Apostólico de Quibdó a enviar otra comisión de mediadores encabezada por el padre Agustín Monroy. Después de haber trabajado tanto tiempo por la paz, de haber recorrido tantas veces el territorio emberá, y de haber logrado un primer acuerdo, el misionero encontró otra vez, por todas partes, escenas de guerra y desolación. En Santa Teresa y Marruecos, por el camino de Docabú, había más de trescientos indígenas de Cevédé. Todos ellos habían abandonado el caserío por sugerencia de Tulio Pepe, días antes del ataque a Conondo y Aguasal.

Los indígenas le dijeron al sacerdote que estaban sufriendo mucho. Que los que habían hecho el ataque eran los de Cascajero. Que ellos nada tenían que ver. Que se habían ido hacia Risaralda porque los de Aguasal —margen derecha: gente de Fernando Arce y Guillermo Murillo— los habían amenazado de muerte. Que les habían robado muchas cosas al abandonar sus casas.

En Marruecos, con los indígenas refugiados, estaba Tulio Pepe, el antiguo gobernador de Aguasal. Tenía una pistola al cinto. Dijo que su hermano Alfonso no

había matado al inspector de Aguasal, que habían sido los de Cascajero.

Cuando el padre Agustín llegó a Cevedé el pueblito estaba solo. Le dio mucha tristeza ver una comunidad tan grande, abandonada completamente: había por todas partes gallinas, patos, reses y cerdos sueltos. Casi todas las casas estaban cerradas.

Cuando llegó a Aguasal encontró muchas cosas que lo preocuparon aún más. Por los maestros, se enteró de que unos días antes del ataque Tulio Pepe les había dicho que abandonarían el colegio. También se llevó su familia de Aguasal. Después del ataque, salió a Pueblo Rico y a Pereira y dio declaraciones a la prensa justificando el ataque y diciendo que los de Conondo habían matado a dos indígenas en La Península, por el camino de Andes.

«Tulio sabe mucho, tiene mucha memoria, sabe mucho de organización, de hablar español con gobierno, pero vea, se dañó». Eso decían los indígenas en Aguasal. Algunos también recordaban que durante una visita anterior del padre Agustín, Tulio Pepe le había pedido que lo acompañara a pasar por Conondo, para subir a Cascajero. Por esa misma época, la gente de Conondo encontró algunos rastros. Por esos días también, los familiares de Tulio Pepe que vivían en Aguasal empezaron a irse. Decían que iban a pasar unos días en Cevedé. Todo esto puso en guardia a la gente de Conondo: estaban esperando el ataque pero no sabían cuándo iba a suceder.

«Eso nos trajo un problema muy serio porque yo subí con él, lo pasé por Conondo y como a los ocho días hubo muertos: un ataque de los de arriba (o sea los de

Cascajero) contra los de abajo (o sea, los de Conondo y Aguasal). Entonces la gente decía que era que yo había sido utilizado por él para planear el ataque que hubo después», recuerda el padre Agustín.

En Aguasal, esta vez, el ambiente estaba más caldeado que nunca. Lo único nuevo ahora era que por fin comenzaba a desenredarse la madeja del conflicto que se vivía en los alrededores del colegio: durante la guerra de 1987, después de la matanza de Río Colorado, algunos indígenas habían comenzado a construir casas en la parte de arriba del colegio. Muchos de ellos no habían tomado parte en el conflicto, pero buscaban la protección del padre José Antonio Betancur. Poco tiempo después, enfrente del colegio, construyó su casa Guillermo Murillo. A él lo acusaban algunos indígenas de haber colaborado con el grupo que participó en la matanza de Río Colorado. Antes, Guillermo vivía en el alto de Cascajero. Pero después de la matanza en la mina, tuvo que huir. Junto con él llegaron a Aguasal Fernando Arce y su hijo Laureano Arce. Algunos indígenas que viven junto a la misión decían que Fernando Arce había matado el 25 de diciembre de 1986, borracho, y sin motivos, a un muchacho, hermano de Baltazar Vitucay. Temiendo una venganza, se quiso adelantar y organizó un grupo con gente de Conondo y con algunos miembros de la familia Murillo. Y en mayo del 87 atacaron a los Vitucay, que entonces vivían en Mirandé, y mataron al jaibaná Donato Vitucay y a su familia. En junio de ese mismo año también mataron en Paságuera a Eugenio Vitucay, Marco y Belisario Vitucay. Baltazar Vitucay alcanzó a escapar. De ahí se explicaba la muerte de Alvaro Murillo: era la venganza de Baltazar Vitucay, que a su vez se había vengado de Fernando Arce matando

a un hermano de Guillermo Murillo, su principal aliado en Aguasal.

La red de venganzas era tan vieja y tan intrincada que Aguasal estaba ahora en la boca del león: alrededor del colegio, sin que nadie lo hubiera comprendido antes, se habían agrupado varios de los cabecillas más importantes y más comprometidos en la guerra del Alto Andágueda. Y ahora, además, había nuevas alianzas: Cevedé y El Salto estaban con el bando de Cascajero. En el otro bando estaban Conondo y Aguasal. Con la división que se presentaba entre los dos caseríos que rodeaban el colegio, Aguasal se había convertido en el centro de la guerra, así como antes el centro había estado en Río Colorado, alrededor de la mina.

El padre Agustín regresó a Quibdó entristecido de ver echado a perder todo el trabajo de paz de 1987, y en su informe al Vicariato advirtió que en el Andágueda la gente estaba dispuesta a continuar la guerra. «Hay mucho miedo», dijo. «La gente está comprando armas e insiste en que la ley debe coger a algunos. También afirman que el gobierno los ha engañado. Que el gobierno falló. Que se burló de los indígenas y del Vicariato: fuimos nosotros los que con el obispo a la cabeza recorrimos las trece comunidades diciéndoles que el gobierno iba a establecer unos equipos de apoyo e iba a realizar proyectos en beneficio de la comunidad».

En su opinión, el origen del problema seguía siendo la posesión de la mina. «Con el oro de la mina, los indígenas aprendieron los males de occidente: individualismo, egoísmo, afán de enriquecimiento personal a costillas de los demás y por encima de lo que sea. Los paisas que estuvieron en la mina y los politiqueros de

Andes, por un lado, y sobre todo los de Bagado, dividieron el resguardo en dos bandos. Estos son los que hoy siguen enfrentados».

Las predicciones del padre Agustín Monroy se cumplieron casi todas. El 16 de agosto entraron al Andágueda los equipos de apoyo de Aguasal y Cascajero. Con el de Aguasal venía el padre Jesús Flórez, nuevo director de la misión. Con el de Cascajero venían varios profesionales que iban a trabajar en salud y educación.

Al día siguiente volvieron a llover las balas sobre Conondo.

Así lo cuenta un diario de campo que escribió por esos días, en Aguasal, uno de los misioneros seglares del Centro de Pastoral Indigenista:

«Lunes 14:

«Entramos a Aguasal el equipo de educación, el equipo de salud, personal administrativo y el equipo del CPI. Encontramos en Marruecos un número considerable de familias procedentes de Cevedé. Al entrar al resguardo del Alto Andágueda, constatamos el total abandono de la comunidad de Cevedé, ni gente ni animales. Al llegar a Aguasal la gente salió muy contenta a recibirnos, sin embargo, de inmediato se evidenció que faltaban varios hombres. Dijeron que se habían ido a trabajar a Puerto Boyacá.

«Martes 15:

«Se invitó a la gente de Aguasal a una celebración. Asistió muy poca gente, pero eran todos los que estaban presentes (en el pueblo). Al término de la celebración se convocó a una reunión para el día siguiente y se mandó la noticia a Conondo, Mázura y Uripa. Fueron

a Conondo tres personas del equipo y constataron que allí también faltaban hombres, y que ya no estaba la gente de Uripa que se había trasladado la vez anterior (después del ataque del 18 de julio).

«Miércoles 16:

«Vino la gente de Conondo (aunque no todos), el gobernador de Mázura y el gobernador de Uripa. También participaron los de Aguasal. (Hay firmas). Se informó de la reunión de Quibdó y se confirmó que venía la visita del comité operativo. Se acordó hacer una carta firmada por los gobernadores de Mázura, Uripa, Conondo y gente de Aguasal, para las personas de Covedé que están en Marruecos, para que se vengán a vivir al resguardo. Tal carta se entregaría el domingo 20 en una reunión que convocó la gente del Chamí en Santa Teresa (...). Se acordó hacer una tregua hasta el martes 22 de agosto para iniciar clases, con el fin de que las comunidades buscaran mecanismos y garantizaran el regreso de la comunidad de Covedé y de este modo posibilitar la asistencia de la mayoría de alumnos al colegio. Se nota buena disponibilidad de buscar la paz y de allí se decide hacer la carta que mencionamos antes.

«Jueves 17:

«Nos dispusimos a salir hacia Cascajero y demás comunidades vecinas para hacer un reconocimiento de la zona (...) pero al mismo momento de salir nos detuvo el siguiente acontecimiento:

«Más o menos a las 5:30 de la mañana llegaron los de Cascajero a atacar la comunidad de Conondo. Desde las 5:30 hasta las 10 a.m. se escucharon varias descargas con intervalos cortos. Según lo narró uno de los testigos, vinieron unos cincuenta jóvenes de Cascajero. Alas

5:30 más o menos, las mujeres de Aguasal se refugiaron en el colegio. Lo mismo hicieron las de Conondo hacia las 10:30 de la mañana. A las 6 de la mañana la gente de Aguasal mandó a pedir ayuda a Pechúgare. Al mismo tiempo ellos (los de Aguasal) se fueron a apoyar a los de Conondo. Hacia las 10:05 a.m. subió al colegio Siriacco Baniamá con su primo Martín Baniamá. Ellos iban de camino para Quibdó y los cogió el ataque, de sorpresa, donde resultó herido Martín. Ahí mismo Siriacco mandó llamar a los de Mázura. A las 10:30 subió al colegio Efraín Querágama, de Conondo, y confirmó la muerte de su hijo Fermín. A las 11:30 llegaron cuatro hombres de Pechúgare a reforzar a los de Conondo. En este lapso de tiempo suben a Aguasal varias veces gentes de aquí mismo y de Conondo, a buscar municiones y comida. Hacia las 5:30 regresaron los hombres de Aguasal que estaban apoyando a los de Conondo.

«Durante la noche durmieron las mujeres y niños de Aguasal y Conondo en el colegio. También durmieron los hombres de Aguasal.

«Relación de muertos y heridos:

«Muertos: Fermín Querágama, de Conondo. Julio Arias, Isaac Sintuá, Fortunato Estévez, Alipio Arias. Estos cuatro de Cascajero. Los nombres fueron suministrados por Darío Murillo.

Heridos: Manuel Tequia. Herido en la pierna derecha (Conondo). Martín Baniamá. Herido en el hombro derecho (Mázura). Santos Campo. Herido en la pierna derecha (Aguasal). Se dice que hay varios heridos en Cascajero.

«Viernes 18:

«Se sacó a la gente del colegio y regresaron a sus casas. Se celebraron las exequias de Fermín Querágame. Nos regresamos a Quibdó.

«Razones de la salida: no hay condiciones para desarrollar el trabajo programado. No se pueden adelantar las clases en el colegio hasta cuando todos los niños matriculados puedan volver. Tanto el equipo de salud como el CPI no se pueden desplazar a las comunidades (...). Se necesita que las comunidades mismas definan la terminación de tal situación de conflicto...».

\* \* \*

El día del asalto, mientras los maestros y la gente de los grupos de apoyo permanecían encerrados en el colegio de Aguasal, en Conondo, los indígenas seguían combatiendo. A las cinco de la tarde el ruido de los disparos se acabó. Los dos bandos habían agotado hasta las últimas municiones. Entonces los indios de Cascajero empezaron a retirarse sin ver cumplido el sueño de tomarse a Conondo y destruirlo. Atrás tuvieron que dejar los cuerpos de los compañeros muertos durante la refriega. Eran cinco. El último cayó en el puente del Andágueda y quedó tendido sobre el piso de tabla. La gente se acercó a mirarlo. Alguien fue a Aguasal a pedir que vinieran a levantar el cadáver. Cuando llegaron de Aguasal, el puente estaba solo. Y ya no había cuerpo que recoger: al muchacho muerto lo habían picado en pedazos con un machete.

## 9

**A** FINES DE agosto, la División de Asuntos Indígenas del Chocó hizo un último esfuerzo por restablecer la paz y envió al Andágueda a un grupo de funcionarios con la misión de hablar con los jefes de los bandos que seguían en conflicto.

Del grupo hacían parte la maestra de Aguasal, Odi-la Echeverry; el jefe de Asuntos Indígenas, Mario Serrato; el presidente de la Orewa, Aurelio Domicó, y la delegada del Plan Nacional de Rehabilitación, Sonia Uruguru. Durante varios días recorrieron el resguardo de punta a punta y hablaron con los jefes militares y los gobernadores de los cabildos de Cevedé, Aguasal, Conondo, Cascajero y Río Colorado.

El grupo constató sobre el terreno una nueva emigración masiva de indígenas hacia la población de An-

des, en Antioquia. Allí se hallaban refugiados más de cincuenta hombres y mujeres con sus hijos. La mayoría de ellos pertenecían a familias de Cascajero y La Península, situadas en cercanías de la mina de Río Colorado. Los indígenas que emigraron denunciaron el asesinato de Adolfo Tequia, a quien se llevaron preso algunos hombres armados de Conondo. Los mismos hombres también se llevaron a la indígena Hilda Marúgama.

Concluida la labor de mediación, el gobierno decidió acoger una recomendación de algunos líderes indígenas, consignada además en los acuerdos de paz: detener a los cabecillas que estaban instigando la violencia.

Después de analizar los últimos hechos de violencia, el gobierno llegó a la conclusión de que los principales líderes de la violencia durante el último período habían sido Tulio Pepe, de Covedé; Fernando Arce, de Aguasal; Guillermo Murillo, también de Aguasal; Maximiliano Dominichá e Hipólito Vitucay, de Conondo; Baltazar Vitucay, de El Salto; y Justo Sintuá y Maximiliano Murillo, de Cascajero. En la carretera entre Medellín y Quibdó, mientras tanto, se constató que los jefes de los grupos armados seguían siendo Gabriel Vitucay y sus hijos Lázaro y Sigifredo Vitucay. Miguel Murrí, el antiguo jefe del grupo militar de El Chuigo, quien también había emigrado a Quibdó, ya había sido asesinado a hachazos en uno de los caseríos de la carretera.

Dicen los que conocen de cerca a los emberá que los indígenas prefieren la muerte a la cárcel y, sobre todo, a la cárcel de Quibdó. Pues bien: representando al Estado colombiano, que hacía años no daba muestras de existir en el Andágueda más que en las bocas de los fusiles de

los soldados y los policías, una juez de Quibdó fue hasta el colegio de Aguasal y citó a los jefes de los bandos a un diálogo. Después de hablar con ellos durante algunas horas, al término de la reunión les dio a conocer su decisión de apresarlos. En ese momento fueron detenidos Tulio Pepe, Maximiliano Dominichá, Maximiliano Murillo y Fernando Arce. Por el camino hacia Pueblo Rico, la juez también detuvo a Alfonso Pepe, acusado de la muerte del inspector de Aguasal, Laureano Arce.

No pudieron ser capturados Baltazar Vitucay, quien había huido a Piedra Honda, ni Hipólito Vitucay, quien había emigrado del resguardo y se hallaba viviendo en Apía (Risaralda). Tampoco fue detenido Justo María Sintuá, jefe del grupo de Cascajero, quien no acudió a la reunión de Aguasal y prefirió ocultarse en la zona montañosa del resguardo.

La detención de los cabecillas de los grupos que se estaban exterminando causó revuelo en el Alto Andágueda. Pocas semanas después los ánimos empezaron a apaciguarse. El grupo de apoyo de Cascajero aprovechó la situación para promover una nueva reunión de paz. Ésta se celebró en Andes los días 27, 28 y 29 de enero de 1990. En ella, todos los gobernadores que respaldaban al grupo de Cascajero, liderado por Justo María Sintuá, y algunos del grupo de Conondo y Aguasal, aceptaron firmar una nueva declaración de paz.

El documento dice: «En la ciudad de Andes, Antioquia, nos reunimos los gobernadores indígenas del Alto Andágueda (...) con el fin de analizar la situación de orden público reinante en la zona del Alto Andágueda. Verificadas las causas del conflicto se determina que el problema comienza por la disputa en el manejo de la

mina, situación ésta que se presenta desde comienzos del presente siglo. Haciendo un breve recuento, en enero de 1987 se reanudan los enfrentamientos con la toma de la mina ubicada en Dabaibe, en la cual hubo varios muertos. En octubre de 1987 se firmó en Chocó un acuerdo de paz, en el cual las comunidades indígenas se comprometieron a suspender las hostilidades y ataques entre ellas mismas, comprometiéndose el gobierno a ejecutar programas y proyectos en la zona que garantizaran la supervivencia de las comunidades indígenas al cierre de la mina. En diciembre de 1987 se hizo una verificación del acuerdo firmado y se concluye que las comunidades cumplieron pero no así el gobierno. En agosto de 1988 se realizó el primer congreso indígena en el Alto Andágueda al cual asistieron 800 indígenas para reafirmar el acuerdo suscrito en 1987, pero el gobierno no se hizo presente en este congreso. En marzo de 1989, se inició nuevamente el conflicto con la muerte de Alvaro Murillo. Hasta septiembre de 1989 se presentaron cuatro enfrentamientos con algunos heridos, muertos y pérdidas materiales. A partir de septiembre de 1989, hasta la fecha, no se han registrado más enfrentamientos en la zona.

«Después de analizar la situación del Alto Andágueda durante los días 27, 28 y 29 de enero en el taller de reconciliación en el municipio de Andes, se llegó a las siguientes conclusiones:

«1. Los gobernadores indígenas del Alto Andágueda nos comprometemos a suspender todo tipo de hostilidades y enfrentamientos que puedan interrumpir o alterar este acuerdo de paz que voluntariamente proponemos. Lo anterior con base en la aceptación de la

responsabilidad de todas las comunidades indígenas del Alto Andágueda en el conflicto que se viene presentando.

«2. Los cabildantes consideramos necesario presentar las denuncias colectivas contra las personas que de una u otra forma participen en asaltos, hostigamientos, asesinatos, incursiones que atenten contra la tranquilidad de las comunidades del Alto Andágueda. Este acuerdo tiene como fundamento la necesidad de garantizar la supervivencia de las comunidades en esta zona.

«3. Se detectó que un factor que incide en este conflicto es la explotación y administración de la mina, en consecuencia se ha planteado la necesidad de definir en qué términos se debe explotar la mina y administrarla con el fin de que deje de ser un factor condicionante del problema. Se hace necesario profundizar y concertar con todas las comunidades indígenas su mejor forma de utilización. Los gobernadores se comprometen a discutir con sus comunidades y a presentar una propuesta de manejo de la mina en el próximo congreso de indígenas de esta zona. El gobierno nacional se compromete a que un técnico minero haga un estudio evaluativo de la mina de Dabaibe.

(...)

«5. La delegación PNR Chocó gestionará ante las entidades del orden nacional y regional la asignación de dos técnicos agrícolas y dos promotores sociales y el equipo de salud para completar dos grupos de apoyo ubicados en Cascajero y Aguasal por un período de un año, esto para garantizar el cumplimiento de programas y proyectos priorizados (...).

«10. Dejamos constancia que la comunidad de Conondo no estuvo presente en este taller, no obstante todos los gobernadores presentes nos comprometemos a hablar con esta comunidad para asegurar su compromiso con este acuerdo y el gobierno a desarrollar proyectos socioeconómicos en esta comunidad.

(Firmado) Gobernadores de Cascajero, La Península, Mázura, Uripa, Paságuera, Aguasal, Covedé, Vivícora, El Salto y Ocotumbo. Pocos días después fue firmado también por Maximiliano Dominichá, gobernador de Conondo».

**M**IENTRAS LOS gobernadores de los cabildos del Andágueda firmaban efmeio acuerdo de paz en el suroeste de Antioquia, en un pequeño pueblo de ese mismo departamento, conocido con el nombre de San Antonio de Prado, el padre José Antonio Betancur veía llegar el fin de sus días. El lugar era el mismo donde había nacido hacía setenta y seis años. La voluntad férrea que no habían quebrado todos los peligros que le tocó sortear en sus andanzas por las selvas y los ríos del Chocó y del Andágueda la había quebrado un accidente de tránsito causado por una motocicleta en una avenida del centro de Medellín.

Cuando lo llevaron a la Policlínica Municipal, inconsciente, fue incluido en los registros del hospital con las dos fatídicas iniciales de los desconocidos. Poco des-

pues, en uno de sus bolsillos, los médicos encontraron su cédula de ciudadanía, expedida en Bagado. De este modo, pudo ser devuelto a sus familiares.

En el accidente, el incansable misionero que construyó el internado de Aguasal sufrió un trauma cerebral que le causó muchos sufrimientos durante los últimos meses de su vida.

El padre Betancur se había ido a vivir a San Antonio de Prado desde que abandonó la misión en la trágica semana santa del año 1989. Allí se había recluido en una casa, muy cerca de una hermana religiosa y de dos hermanos, agobiado por la tristeza de ver cómo se derrumbaba la obra de Dios, la obra de su vida, y los indígenas de la misión se ahogaban otra vez en su propia sangre.

En el momento de su retiro, el padre Betancur sabía todo de los indios emberá. Había derrotado a sus jaibánás. Conocía a sus mujeres. Les había impuesto la lengua de la madre España. Los había bautizado, casado y enterrado. Los había visto armados de cuchillos o machetes, y borrachos, peleando con sus hermanos o amenazándolo a él. Y hasta había aprendido de ellos todos los secretos para dominar las culebras.

Sin embargo, al final de sus días, no podía entender lo que pasaba. Fue como un eclipse de sol. Empezó a sucederle cuando su comunidad religiosa devolvió las tierras de la misión. Después, ese sentimiento se agudizó en su alma cuando comenzaron a ocurrir las primeras matanzas y veía llegar, con un fusil al hombro y la ropa llena de sangre, a los indígenas que él mismo había bautizado.

¿Cuándo había empezado todo eso? No lo sabía a ciencia cierta. En todo caso, estaba seguro de que el oro que él compraba a los indígenas y pesaba en la tienda de la misión lo había desordenado todo. Además, lo había bajado a él mismo de su trono de misionero, no sabía cuándo.

Desde esa época comenzó a sentirse viejo y derrotado. No entendía ya a los blancos, ni a los indios, ni a los nuevos superiores de su comunidad religiosa. Tal vez por eso empezó a tener visiones extrañas y, enajenado por todo lo que estaba pasando a su alrededor, se abandonó a los dioses de los negros.

La congregación religiosa a la cual había pertenecido desde niño decidió mantenerlo en su cargo de director de la misión a pesar de que él había renunciado a su condición de sacerdote de la comunidad claretiana. Pero eso no le sirvió de alivio al misionero: por el contrario, durante sus últimos años en el Andágueda se sumió en un estado de desasosiego del que nunca logró salir. Cuentan que a veces, durante algunas crisis, se lo oía hablar solo por los corredores de la misión y decir frases sin sentido: «Veo un mestizo...».

En esa época comenzaron sus viajes inexplicables a Pereira, en medio de las matanzas, y se estrecharon sus lazos de amistad con el mayordomo de la hacienda de la misión de Aguasal y con su mujer. Ella, según los maestros del colegio, tenía comportamientos muy extraños. Con alguna frecuencia, y sin ningún reato, celebraba ritos satánicos con la ayuda de su marido, en el mismo edificio de la misión.

En Pereira, la mujer dirigía una secta de iniciados que aguardaba la llegada al mundo de un nuevo Belce-

bú. Dicen que a esa secta terminó perteneciendo, al final de su período en el Alto Andágueda, el padre Betancur. La secta se apoderó de su mente y de su cuerpo y también de todo el dinero que el sacerdote había logrado acumular a lo largo de su vida en la tienda de la misión y en los trabajos de la hacienda.

El padre Betancur murió recuperado un poco de sus extravíos, pero no de sus dolencias, con la misma dignidad de un jaibaná viejo, de un abuelo emberá, de un tachoara (papá viejo), el 16 de mayo de 1990, dos días después de cumplir setenta y seis años. «Murió como un santo», dicen los misioneros seglares que lo acompañaron en el internado de Aguasal durante los últimos años y que fueron testigos de su sufrimiento.

# 11

**E**L COMANDANTE Salomón tiene la cara de un muchacho de barrio que apenas acaba de dejar la infancia. Es alto y flaco. Usa bluyines y camisetas de algodón. No es insolente. Pero está muy lejos de tener la apariencia de un hombre débil. Aunque esté sentado y no se perciba a primera vista su tamaño, parece hecho de acero. Sobre todo cuando habla. Su voz es fuerte, decidida, con don de mando. A veces parece la voz de un militar. Si uno mira sus ojos, sin embargo, adivina ahí mismo detrás de la mirada dura un fondo transparente. Un alma limpia, tocada a veces por la tristeza.

Durante varios años él dirigió un frente guerrillero del Ejército Popular de Liberación, EPL, que dominó el occidente del Risaralda, el suroeste de Antioquia, el

oriente de Caldas, el Quindío y la zona montañosa de los Farallones del Citará, entre Antioquia y el Chocó.

Ahora vive en una casa pequeña, en un barrio de Pereira. Y ya no anda de botas, ni de uniforme camuflado, cargando el fusil Galil que tanta admiración causaba entre los indios emberá. Anda de tenis y se ve que le gustan, como a cualquier adolescente del barrio donde nació hace casi treinta años, en Medellín. Trabaja en una cooperativa con varios compañeros «reinsertados», que dejaron las armas y están luchando por formar un nuevo movimiento de oposición civil. Y está a punto de ver nacer a su primer hijo.

El 7 de febrero de 1990, una columna del Frente Óscar William Calvo, que había logrado burlar un cerco del ejército en el cañón del río Mistrató, entró bajo su mando al resguardo del Alto Andágueda.

La columna estaba desde fines de enero en Puerto de Oro, un caserío del río Mistrató, en un curso de adiestramiento con un grupo de guerrilleros recién llegados a las filas del EPL. Para poder garantizar la seguridad de los cursillistas y de la gente que estaba dando la instrucción, el frente montó algunas avanzadas distantes del campamento donde estaba concentrado el grueso de la fuerza. Las avanzadas lograron detectar la presencia de una patrulla del ejército y, con algún trabajo de inteligencia, el 5 de febrero le montaron una emboscada. Durante el combate, los guerrilleros mataron a un sargento y dos soldados e hirieron a otros miembros de la patrulla. El ataque provocó una contraofensiva del ejército.

El comandante Salomón dice que los soldados que mandaron a luchar contra ellos trataron de tenderles un

cerco. En un mapa enorme, que él acabó de dibujar en el monte con su propia mano, señala el lugar con un dedo: «Nos metieron tropa por todas partes. Como es tan difícil maniobrar con una fuerza grande, y como teníamos la responsabilidad de la gente nueva, tuvimos que dividirnos en tres grupos: uno se fue hacia Belén de Umbría, otro hacia Mistrató y otro hacia el Alto Andágueda. Este último, en el que estábamos la mayoría de los mandos, fue el que entró por primera vez al resguardo del Andágueda».

El comandante recuerda que de tiempo atrás el frente había recibido mensajes de algunos cabildos indígenas y algunos gobernadores, invitándolos a visitar la región y comentando algunos problemas. «No se les entendía muy bien la letra porque no dominaban el español, pero nosotros sabíamos que había un problema grave desde 1987, cuando sucedió lo de la matanza en la mina», dice. «Nosotros teníamos algún conocimiento de esa región, y ya habíamos enviado algunas comisiones para ir conociendo el terreno y la comunidad. En las comisiones mandábamos dos indígenas chamí que eran compañeros y dominaban la lengua».

El comandante recuerda las cartas: «Nos decían que por favor fuéramos. Y mandaban el sellito de la comunidad. Cabildo de Covedé, de Pechúgare. Decían que se requería de la presencia nuestra porque tenían problemas. Querían que fuéramos a acabar con toda la gente que los estaba amenazando...».

Los guerrilleros salieron a la carretera Pueblo Rico-Tadó, a la altura del río Agüita, después de atravesar el resguardo de San Antonio del Chamí. Luego, por Do-

cabú, subieron a Santa Teresa y a Marruecos, buscando el camino de Aguasal.

«Entramos con mucha desconfianza y mucho temor porque ya conocíamos la experiencia de los compañeros del M-19 en el año 1981, cuando mataron a <La Chiqui> y diezmaron a su grupo», explica el comandante. «El ejército en ese tiempo desplegó una labor psicológica muy fuerte dentro de la comunidad. Eso llevó a que muchos indígenas participaran en la detención y en la muerte de guerrilleros del M-19. El cerco fue fatal porque ellos ni conocían el terreno, ni habían hecho un trabajo previo con las comunidades indígenas, ni se habían ganado su confianza. En cambio el ejército promovió las famosas recompensas, y muchos indígenas llevaban cabezas de guerrilleros y les daban cincuenta mil pesos en ese tiempo. También sabíamos ya lo del lío con el ELN en Río Colorado. Habían reclutado a un muchacho indígena chamí y le habían dado a él responsabilidades y el indígena como que se fue allá, tenía sus problemas, y llegó a matar a esa gente así, sin más, y sin ningún permiso de la organización... Y llegamos casi que a cargar con ese costo, como guerrilla. Claro que los de arriba sí sabían la diferencia que había entre un grupo y otro y nosotros también les explicamos... Por todas esas cosas íbamos despacio, con muchas medidas de seguridad.

«Llegamos primero al caserío de Marruecos. Allá nos recibieron con mucho cariño. Las mujeres se pusieron los vestidos como si fuera una fiesta. Nos reunimos con toda la comunidad. Nos llamó la atención que las mujeres se hacían aparte de los hombres. Durante la

reunión, un indígena de los nuestros les traducía a su lengua el mensaje que queríamos dejarles».

Los miembros de la columna se identificaron ante los emberá como una fuerza guerrillera y les dijeron que en ningún momento buscaban violentar sus costumbres ni su organización. También les explicaron que muchos de ellos mismos los habían llamado a colaborar en el problema que tenían.

Después continuaron hacia Santa Teresa. Allí encontraron a un montón de indígenas seguidores de la religión evangélica. Inclusive había pastor. «Y no era una comunidad de negros», dice el comandante. «Era de puros indígenas. Eso evidenciaba ya un problema: la presencia de elementos extraños que violentaban la tradición y la cultura de ellos».

El comandante Salomón hace una pausa y busca un pequeño computador Casio donde llevaba un diario de todas las operaciones de su frente y grababa, en códigos, hasta los datos del último peso gastado en intendencia. El aparato le servía para codificar los mensajes que enviaba al alto mando, cada semana, en los enlaces nacionales. Ahí estaba todo cifrado. Pero el computador no responde. Está bloqueado desde la época de la amnistía y nadie lo ha podido arreglar.

Hace un esfuerzo por recordar. Le cuesta trabajo recordar tantos nombres indígenas. Dice que la columna siguió penetrando en territorio emberá, todavía con muchas precauciones, hasta que llegaron a Pechúgare. «Allí nos llamó la atención que tenían a un indígena castigado en el cepo. Les dijimos que por qué y les dio pena y mandaron a sacarlo. Tuvimos que explicarles que en ningún momento queríamos intervenir en sus

cosas, que esas eran leyes y normas de ellos. Que si lo soltaban, no lo hicieran por nosotros. Que si la persona había cometido una falta, pues había que castigarla».

Ese mismo día por la tarde, los ochenta guerrilleros del EPL llegaron a Aguasal. Allí la reacción de los indígenas fue de expectativa y de temor. Después de tantas matanzas, tenían miedo de ver gente armada acercándose a la misión.

«Hablamos con las maestras del colegio, con el médico, con la enfermera del puesto de salud», recuerda el comandante Salomón. «No estaba el sacerdote... y nosotros pedimos permiso para dormir en el colegio. La gente fue muy formal. Cuando llegó el padre, al día siguiente, se enojó mucho. Dijo que si no pensábamos que en caso de presentarse combates, éstos iban a ser ahí, en medio de los estudiantes y de la población civil. Eso lo supimos entender... Le dijimos que no había ningún problema, que nosotros mandábamos a acampar en el monte. Pero ya los indígenas no querían que nos fuéramos de ahí.

«Recuerdo que ese día una indígena se me acercó y me regaló un collar. Yo lo recibí. El padre se dio cuenta y me llamó aparte. Me dijo: no vuelva a hacer eso. Ese regalo quiere decir que ella lo quiere enamorar... Si usted lo recibió, tiene que corresponderle... Yo le dije al padre que yo no sabía eso. Por ahí tengo todavía el collar...».

En Aguasal, los guerrilleros descansaron dos días. Luego, empezaron a reunirse con la gente y a recoger testimonios para averiguar qué pasaba. Primero llamaron a los gobernadores de las comunidades más cercanas al colegio: Pechúgare, Marruecos, Santa Teresa, Cevedé, Conondo. «De Cascajero no vino nadie», explica el comandante Salomón. «En primera instancia no-

sotros queríamos hablar con los de abajo. Algunos de ellos tenían la impresión de que nosotros les podíamos colaborar matando a la gente de arriba. Nosotros les dijimos de inmediato que eso era totalmente imposible. Porque, primero que todo, no nos queríamos prestar al juego que nos proponían de ir a acabar con los indígenas de Cascajero y Río Colorado...».

Según él, durante esos primeros días, todos sus hombres fueron muy enfáticos en rechazar la forma en que ellos les proponían actuar: «Los regañábamos, mejor dicho. Les decíamos que cómo era posible que unas gentes tan pobres, que se estaban diezmando ya en el país, se estuvieran asesinando y matando entre ellas mismas... Que eso era una vaina estúpida, sin sentido, que eso no tenía razón de ser. Que ellos se estaban dejando manipular por intereses oscuros, por personas que cogieron esa mina y los pusieron a todos a girar en torno al dios dinero...».

Cuando los indígenas trataban de justificar su guerra interna, los guerrilleros les preguntaban adonde habían llegado después de tantos muertos. «Qué ha mejorado para ustedes», les decía el comandante. «A ver: siguen más pobres que antes... Más jodidos, más divididos...».

A partir de ese momento, la columna del EPL se propuso reunir a todos los indígenas del resguardo para que volvieran a dialogar y a hacer nuevamente las paces, como hermanos.

«Hicimos una labor muy especial: desplazamos comisiones hacia las otras comunidades: Paságuera, Cascajero, Río Colorado, La Península, El Chuigo... Todas esas zonas. Claro que allí la gente decía que le daba temor venir a Aguasal».

Las comisiones salieron el 10 de febrero y el 12 empezaron a llegar con algunos gobernadores.

«El 13 de febrero logramos juntarlos a todos en Conondo, en una escuelita que había allí», dice el comandante Salomón. «Vino todo el mundo. Justo Sintuá, Hipólito Vitucay, Tintiliano Vitucay, el gobernador de Cascajero. Ahí pudimos palpar el problema tan grave que tenían. El uno le echaba la culpa al otro. Por ejemplo, atacaban a Maximiliano Dominichá, gobernador de Conondo, y Maximiliano atacaba a Tintiliano, el gobernador de Cascajero. La gente de Cascajero decía que el problema lo habían comenzado los de abajo, y los de abajo decían que el problema lo habían comenzado los de arriba... Cuando querían despistarnos a nosotros, en mitad de la discusión, comenzaban a hablar en emberá, pero nosotros teníamos dos indígenas que nos traducían y les preguntábamos: a ver qué es lo que están diciendo...

«Ese día también se habló de la mina. Cuando llegamos al resguardo, la mina estaba cerrada. Y en la reunión nosotros les dijimos que lo mejor era que se mantuviera así, cerrada, porque el abrir la mina significaba abrir las heridas, otra vez. Inclusive peor. Les dijimos que ya estaba demostrado que ellos no sabían manejar ese problema. Que esa maldita mina había sido la causante de tantas muertes, de tantos hogares destruidos, de tanta gente que tuvo que huir... Les dijimos que esa era una mina maldita, por eso: porque los había dividido, porque los había puesto a matarse entre ellos mismos de esa manera...».

La reunión comenzó a las nueve de la mañana y terminó como a las dos de la tarde. Previamente, los gobernadores de los dos bandos en pugna fueron

advertidos acerca de su responsabilidad en cualquier incidente que se presentara.

«Fue una forma de presionarlos un poco. Había muchas prevenciones porque había muchos que eran enemigos y hacía tiempo que no se veían», dice el comandante Salomón. «A pesar de los problemas, ellos nos daban un trato muy especial. Nos decían los guerreros. Como algunos teníamos uniforme de contraguerrilla, a veces nos decían también los tigrillos. Nos trataban con mucho respeto».

Al final, los guerrilleros del EPL hicieron un almuerzo para todos y antes de las despedidas propusieron a los indígenas hacer en Aguasal una fiesta de la paz que sirviera para el reencuentro de todas las comunidades. La idea fue recibida con entusiasmo por casi todos los gobernadores.

Por la tarde, la gente comenzó a salir para sus lugares. A los de Río Colorado, Cascajero y demás comunidades de la parte de arriba, el EPL les puso escoltas armados que los acompañaron hasta el puente del Andágueda, para darles seguridad.

Durante los días siguientes, el comandante Salomón y sus hombres se dedicaron a recorrer buena parte de las cincuenta mil hectáreas del resguardo y a hablar con los gobernadores de todas las regiones.

«Eso es un laberinto, eso es una selva, no ve usted sino árboles y monte. Y los caseríos son muy pequeños... Me parecieron muy bellos casi todos los lugares, pero había mucha miseria», recuerda el comandante. «En mis diálogos con ellos entendí lo habilidosos que son para ocultar sus verdaderos sentimientos y mentir

a los blancos. También comprendí que la gente estaba muy a la expectativa. Acudían a las reuniones y hablaban, pero algunas cosas no las entendíamos: cuando ellos querían, hablaban entre sí en la lengua y si no llevábamos a los compañeros que podían traducir, nos dejaban a nosotros en la luna».

Las primeras semanas, los guerrilleros sintieron un poco de hostilidad. Uno de los chamí que tenían en sus filas cayó enfermo. El indígena les dijo que un jaibaná le había metido un «jai». Iba caminando por el monte y de pronto le empezaron unos dolores muy fuertes por todo el cuerpo. Después, casi no podía moverse. El comandante Salomón tuvo que autorizarlo para que regresara a su comunidad a curarse. Antes de partir, el indígena les hizo muchas advertencias. Entre otras historias, les contó que una noche que estaba de vigía en uno de los campamentos había oído hablando en lengua a varios emberá: querían desarmarlo a él y a su compañero, para llevarse los fusiles.

En el recorrido por las tierras del resguardo, los guerrilleros vieron muchas cosas. Algunas tradiciones les llamaron la atención. Por ejemplo, la forma como las mujeres enfrentaban el parto: se iban —solas o ayudadas por otra indígena— para el río. Llevaban nada más un machete, lo lavaban con el agua del río y cortaban el cordón umbilical ellas mismas. No guardaban dieta y no se infectaban.

El comandante se impresionó mucho con el hambre. «Comían nada más harina de maíz, plátano primitivo y, de vez en cuando, pescado. Y eso, combinado con el problema de sus defensas, que son muy bajas, causaba estragos en la población. A lo que más miedo

le tenían era a un virus de tuberculosis: eso se los llevaba en un momentico, por la desnutrición. Y había mucha en todo el resguardo».

De las escenas de hambre que vio en el Andágueda, el comandante recuerda sobre todo la de un niño: «Cada que me veía comiendo, él se paraba al pie. Era un niño flaquito, barrigoncito, que tenía en ese entonces unos diez años y aparentaba tener por ahí tres años, no más. Cada que me veía comiendo, él se paraba al lado mío y yo le daba comida como un verraco. Nosotros compartíamos la comida con ellos, porque se alimentaban muy mal. Había mucha hambre. No habían vuelto a sembrar. Habían vendido hasta el ganado para comprar armas...».

La situación de las mujeres le llamó mucho la atención: «Los hombres se podían quedar todo el día durmiendo o haciendo pereza o tomando trago y las mujeres se iban con los canastos y los niños a trabajar, a conseguir el platanillo primitivo o a sembrar. Cuando iban por el monte, ellas eran las que cargaban. Los hombres iban adelante con sus flechas y su cerbatana...».

Al cabo de un tiempo, después de conversar con la gente de las distintas regiones, el comandante comprendió que la división de los indígenas era bastante sintomática: los de arriba y los de abajo. Los unos influidos por la gente de Andes y Piedra Honda. Y los de abajo, influidos por Pueblo Rico y la misión. Y también con su color político: los de arriba liberales y los de abajo, godos.

«Los indígenas son muy ingenuos y cualquiera que llegue de afuera los divide. En el resguardo de San Antonio del Chamí pasaba lo mismo: San Juan margen de-

recha y San Juan margen izquierda. Esa era la división de la gente», dice. «Nosotros tratábamos de juntarlos». Uno de los focos de esa división estaba en Cascajero. La primera vez que fue allá, el comandante tuvo la misma impresión que tenía en todas partes: «Una miseria muy verraca. ¡Qué cosa tan horrible! Cascajero en ese entonces tenía sus doce o quince casitas, más o menos. Las condiciones de salud eran deplorables. Los niños estaban llenos de granos. A mí me impresionaba mucho eso...».

La segunda vez que fue a Cascajero cayó un aguacero impresionante. Le tocó dormir en el puestecito de salud. Los indígenas lo atendieron muy bien. En esa ocasión pudo conversar con ellos sobre el problema de la mina y las venganzas.

«Me parecía supremamente injusto que esa gente tuviera que ir hasta Andes (Antioquia), y dar toda esa verraca vuelta, subir al alto de San Nazario —como es de frío—, y todo para traer una libra de sal y tres libras de panela. Los de Conondo no los dejaban pasar por el camino a Pueblo Rico. Y cuando les daban permiso, a los de arriba les daba miedo. Entonces tenían que dar toda esa vuelta».

Después de las dos visitas a Cascajero, el comandante Salomón habló con algunos de los jefes del bando de Conondo. «Les dije que si ellos creían que era justo que sucediera eso... Que una gente tan pobre, que se alimentaba tan mal, tuviera que ir hasta Andes por una libra de sal y tres libras de panela, sabiendo que podían pasar por ahí e ir a Pueblo Rico en una jornada o en jornada y media. Y ellos se quedaban callados...».

Cuando acabaron de recorrer el territorio emberá, los guerrilleros del EPL acamparon junto a los caseríos

de Conondo y Aguasal. Allí continuaron dedicados a preparar la fiesta de la paz.

Estando en Conondo, una tarde les sucedió algo que les permitió entender que a pesar de las buenas intenciones, la situación en el resguardo seguía muy tensa: «Estábamos nosotros estudiando con una gente nuestra y sonó un tiro (más tarde nos dimos cuenta de que era una papeleta). Entonces todo el mundo salió de la escuela y tomó posiciones. Cuando los indígenas vieron eso, en menos de un minuto salieron a relucir toda clase de armas que tenían escondidas: sacaron escopetas, chispunes, trabucos, revólveres, fusiles, pistolas, una fierramenta impresionante. Y digo yo: ¡pero de dónde salió toda esta gente armada! Mientras nosotros buscábamos dónde atrincherarnos, los indígenas nos decían que adonde había que ir a pelear, que adonde tenían que apoyarnos. A mí me impresionó mucho esa reacción... Esa gente en Conondo estaba armada hasta las güevas, como se dice vulgarmente... Los de Conondo eran unos militares. Ahí sí estaban los más duros. Los bravos... Por eso a veces a nosotros nos daba un poco de temor de que amanecieran en su día y nos desarmaran a toda la gente a punta de cerbatanas. Le teníamos mucho miedo a eso... y al veneno de esa rana. Da vómito. Después no se puede respirar. No hay antídoto que lo contrarreste...».

Esa tarde en Conondo, el comandante Salomón recordó que en los primeros días en el Andágueda habían comenzado a dar instrucción militar a algunos indígenas. Cuando escuchó las historias de las matanzas, él personalmente ordenó suspender todo eso de inmediato. «Yo les dije a los demás compañeros: me parece muy

verraco que a una gente que se está matando, nosotros les vamos a dar más capacitación para que se acaben. Paremos esta vaina».

«Después del incidente en Conondo, yo volví a decirles a los compañeros: qué tal donde nosotros les demos más instrucción militar a esta gente... Por esa misma razón tratamos de no reclutar a nadie... Y con los niños, no dejábamos que jugaran con las armas: no nos gustaba».

A medida que preparaban el día del reencuentro, la posición de los guerrilleros del EPL y de sus comandantes en contra de la guerra les fue ganando el respeto de casi todos los indígenas. «Recuerdo que una vez veníamos de Aguasal como cinco compañeros. Y resulta que llegando a Pechúgare había una pelea entre dos indígenas que estaban borrachos. Tan pronto nos vieron, ellos se asustaron y comenzaron a hablar y a gritar. Entonces un compañero nos llamó y nos dijo: vean, muchachos, hay una pelea, se están matando... Y mandamos por los dos que estaban peleando. Les dijimos: irresponsables, si no saben tomar ese veneno por qué se ponen a molestar a la gente, a amenazarse con machetes y esas cosas... Y los regañamos y los mandamos para el cepo... Y la gente aplaudía eso, qué verraquera. Los tipos se fueron para el cepo como perritos regañados».

Antes de la fiesta de la paz, en Conondo, ocurrió un incidente con un niño. El comandante Salomón no lo ha podido olvidar. «Estaban bañándose unos pelados y nosotros estábamos bañándonos también. Esos indiecitos son unos peces para nadar. Nos pusimos a ver cómo se clavaban, cómo nadaban... y uno de los niños no salía. Y me dice uno de los compañeros: qué pelado para

aguantar. Qué verraco. Cuando —mentiras—: yo me pongo a verlo, cuando veo que por allá el agua lo sacó a una piedra y estaba ahogándose... Nos tiramos con uniforme y munición, y todo. Yo cogí el pelado. Lo sacamos. Se estaba muriendo. Era un niño de unos ocho o nueve años. Le había dado un ataque de epilepsia en el agua. Le sacamos parte del agua de los pulmones. Luego les dije a los compañeros que le dieran respiración boca a boca, pero a ellos les dio como asco. Entonces yo me puse a hacerlo. Y les dije: lleven el niño para arriba, para el puesto de salud, o díganle al brigadista de nosotros que lo atienda. Allá el niño volvió a respirar. Se salvó. El niño era hijo de Maximiliano Domini-chá, el jaibaná de Conondo. Después de que subí, Maximiliano me llamó a agradecerme. Que muchas gracias. Inclusive me acuerdo que me dio un vasado de chicha. Dijo: venga tomémonos un trago. Y empezamos a tomar. El hombre quedó muy agradecido con nosotros por eso... Después hice muy buena amistad con él. Yo le tenía mucho aprecio. A veces nos guardaba comida en su casa. El me decía mi capitán...».

«Por ese tiempo ya se había dado la primera elección popular de alcaldes. Fue como el 9 de marzo. Nosotros no quisimos presionar a la gente para que votara o no votara. Lo que sí hicimos fue no dejar entrar más a alguna gente que llegó allá a comprarles la conciencia con un pescado. La policía dijo que nosotros habíamos saboteado el debate electoral pero eso no fue así. Nosotros simplemente les dijimos a los indígenas que dejaran de ser tan tontos, que no se prestaran a que por un pescado o por un machete o por una pala, entregaran su voto. Les dijimos que si iban a votar, respaldaran los candidatos de ellos. Les dijimos: nosotros no les

podemos imponer a ustedes ningún candidato, pero ustedes sí deben votar por la gente de ustedes».

Las elecciones se celebraron en paz. Una de las cosas que contribuyeron a eso fue la ausencia de muchos de los jefes de los clanes que habían encabezado la guerra. «Casi todos los que estaban comprometidos en las muertes abandonaron las comunidades porque sabían que los mismos indígenas nos habían dado información de la gente mala, digámoslo así. Hubo muchos que se fueron de miedo de la presencia nuestra. Sobre todo los que estaban sindicados de instigar la guerra. Otros estaban ya detenidos, en la cárcel. Algunos se fueron para Quibdó. Otros se fueron para Puerto Boyacá. Hipólito Vitucay, por ejemplo, ya no se mantenía mucho en Conondo. No sé si de pronto estaba temeroso de que nosotros fuéramos a tomar alguna represalia contra él. Entraba y salía del resguardo esporádicamente. Guillermo Murillo se fue. Fernando Arce creo que estaba en la cárcel, en Quibdó. Lo mismo Tulio Pepe...».

Cuando habla de la fiesta de la paz, la cara del comandante Salomón se ilumina.

«En mi vida de guerrillero no tengo un recuerdo más bonito que ese. Me marcó. Yo estuve en el monte desde 1985 hasta 1991: seis años. Pero esa fue una vaina muy bonita, de una magnitud tremenda... Fue producto de esa reunión con los gobernadores, en febrero. Fue producto también de todas las visitas que hicimos a las comunidades. Casi sin darnos cuenta, nos volvimos los garantes de la vida de todos los jefes indígenas que no podían bajar a Conondo por las rivalidades y las venganzas. Como ya los habíamos protegido en el primer encuentro, se atrevieron a bajar a la fiesta de la paz.

A la gente de Cascajero, de Paságuera, de Río Colorado, los de la parte de arriba, como les decían ellos, les brindamos la seguridad... Comenzaron a llegar y pasaron por Conondo. La gente los miraba... Eso fue una vaina de mucha tensión, pero también muy bonita. A mí me tocó ver porque yo estaba en Conondo. Había temor, expectativa. Los de Conondo los miraban desde las casas. Se saludaban. Entonces yo les decía: abrácese con el hombre que mire que no le va a pasar nada... Entonces se abrazaban... Cuando pasó Justo Sintuá, el jefe de los de Cascajero, todo el mundo lo quería ver... Como no lo conocían, y les habían dicho que ese era el peor enemigo, se imaginaban un diablo... Un ogro. Y mentiras que era un viejito. Yo me acuerdo que llegó con un palito... andando. La gente de Conondo me preguntaba: quién es Justo Sintuá. Y yo se los mostraba. Y ellos se reían y decían: ¿Ese es Justo Sintuá? ¿Un indio como nosotros?

«Y nos fuimos concentrando en el colegio, como le dicen ellos al internado de Aguasal. Para ellos era como su casa. Con la orientación de los nuevos sacerdotes se había convertido en un colegio al servicio de los indígenas. Había mucho esmero en la educación de parte de las maestras que había ahí. Ya no buscaban seguir violentando esa comunidad indígena. Había mucho respeto. Ya no había tienda. Ya les habían devuelto a los indígenas las tierras de la misión. Por eso decidimos hacer fiesta de la paz ahí. Las mujeres venían con sus collares, con sus batas de colores, pintadas, vestidas como para una fiesta. Los indígenas también venían pintados. Y eso era muy bonito porque como las mujeres se ponen unos vestidos muy vistosos: rosado, rojo, amarillo, verde... Yo calculo que se juntaron por lo me-

nos setecientas personas. Era mucha gente. Llegaban todos a los corredores del colegio. Mientras tanto la gente conversaba...

«Comenzamos el acto como a las cuatro y media de la tarde. Primero fue la misa. Fue en la capilla. Una misa muy bonita. Nosotros entramos. Todo el mundo se quitó su gorra. Con el fusil en una posición. De todas maneras uno respeta esas tradiciones. Todo el mundo estaba ahí: parecíamos un poco de policías ahí sentados, y la iglesia llena. Hubo tres matrimonios. Fue una misa muy bonita. La dijo el padre Jesús Flórez. Se llenó la capilla. El padre hizo un discurso muy hermoso diciendo que hacía tiempos no se veía eso en el Andágueda... Agradeció que una organización armada, como la nuestra, hubiese logrado eso que se estaba dando en ese momento, cosa que no habían hecho las organizaciones del Estado que tenían que ver con ese problema.

«Después salimos e hicimos el acto. Primero comentaron a hablar los indígenas. Nosotros hicimos una tarima en el atrio de la iglesia y ahí se subía la gente y hablaba. Entonces les dimos la palabra a todos los gobernadores. La reunión la dirigíamos nosotros. No recuerdo el orden pero hablaron todos los gobernadores. Arnobio Arce, de Aguasal. Los de Cevedé, Santa Teresa, Pechúgare, Marruecos, Cascajero. Los gobernadores hablaban en emberá y en español, para que nosotros entiéramos. Decían que eran hermanos, que no podían seguir matándose... Todos los discursos decían eso. Que era la hora de hacer las paces y que nos agradecían mucho a nosotros por haberles prestado ese servicio... Por último hablamos nosotros. Por el EPL me tocó echar el discurso a mí. Dije que para nosotros era

un acontecimiento muy grande el haber logrado reunidos nuevamente, sin problemas, sin peleas. Les hicimos un relato de cómo comenzamos ese trabajo, de cuál era el objetivo nuestro al haber llegado allá, que algunos habían tratado de utilizarnos para seguir el conflicto, pero que nosotros no éramos de ese parecer. Que ese era el momento en que todos debían de hacer un alto en el camino y reflexionar, mirar adonde habían conducido esas muertes, esa mina que les había creado a ellos la división. Que era el momento de olvidar las intrigas, las heridas, y que lo que no había hecho el Estado durante tantos años lo había hecho una organización guerrillera... En ese momento yo pensaba, mientras hablaba, en esa contradicción: una gente armada y uniformada hablando de paz. La madre si no era muy contradictorio. Pero alguien nos dijo que para los indígenas era un símbolo muy grande vernos a nosotros —los 'guerreros' como nos decían ellos— habiéndoles de paz... Cuando nosotros hablábamos, hacíamos pausas para que les explicaran en emberá lo que nosotros estábamos diciendo. Y ellos aplaudían... Eso fue más o menos lo que les dijimos porque ya estaban cansados de tanto discurso... Cuando terminamos la intervención, les dijimos que nos cogiéramos todos de las manos... Y nos cogimos de las manos y cantamos una canción de un amigo de Medellín, Juan Guillermo Rúa, que ya murió: *Que se junten las manos del pueblo, que se junten en un solo cantar...* Algo así. Entonces nos abrazábamos, todo el mundo haciendo las paces... Para nosotros era una cosa de mucho significado: esos que estaban ahí eran los enemigos, los que se habían estado matando durante años, y estaban cogidos de las manos... Eso lo jodia a uno: ver a los enemigos ahí abra-

zados... Era muy bonito. Nosotros estábamos muy contentos. El padre estaba muy contento. Todo el mundo estaba muy contento. Las maestras. El médico. Todos decían: increíble. Ese par de matones dándose la mano. Que Justo. Que Hipólito. Que Maximiliano dándose la mano no sé con quién... Porque ellos conocían más las ovejas negras. Decían: eso no se puede creer. La gente del Plan Nacional de Rehabilitación no creía que nosotros en tan poco tiempo hubiéramos logrado eso... Para ese tiempo, nosotros no sabíamos la trascendencia de lo que estábamos haciendo. Nosotros no sabíamos.

«Después se hizo el almuerzo. Nosotros mandamos matar como dos novillos porque era mucha la gente y cocinamos para ellos. Algunos nos colaboraron para la comida. Todo el mundo comió. Después siguió la fiestecita: bailaron, tomaron chicha toda la que usted quiera, porque eran unos bongados que habían hecho con anticipación... Bailaron su musiquita. Algunos bajaron instrumentos porque hicimos acto cultural y todo eso. Ya por la noche había algunos muy borrachitos, pero tratamos de que nada fuera a salir mal y nada salió mal. No pelearon. Algunos tenían machetes. Y de pronto algunos hasta estaban armados, pero no pasó nada. Eso fue muy bonito. Y todos los combatientes se portaron muy bien... Yo creo que esa tarde nosotros nos ganamos el amor de esa gente...».

El único inconveniente que tuvieron, según el comandante Salomón, fue con un cargamento de alcohol. «Nosotros veníamos haciendo una campaña con ellos, porque el médico nos había dicho el grave problema que estaban viviendo con ese verraco alcohol. Ya había indígenas ciegos. Gente que había muerto de cirrosis. Entonces empezamos a hablar con ellos, a decirles: mi-

ren, no dejen vender eso aquí, no lo dejen consumir. Y ese día de la fiesta de la paz, precisamente —vea que tan vivos son—, un tipo que tenía una tiendecita en Aguasal mandó traer a Pueblo Rico un cargamento de alcohol. Llegaron dos muías. Entonces nosotros nos dimos cuenta y le decomisamos el alcohol. Le dijimos: usted sabe que eso aquí no se va a seguir consumiendo. No siga atentando de esa manera contra su propia gente. Y les dijimos a los indios: si quieren beber, beban de la misma chicha que ustedes hacen, o cerveza o aguardiente, pero qué se van a tomar ustedes ese verraco alcohol...».

Cuando el comandante se acostó, a las dos de la mañana, la fiesta todavía estaba prendida. Algunos centinelas se quedaron hasta el amanecer con la misión de estar pendientes y avisar a los mandos si había alguna pelea. Pero no pasó absolutamente nada. Al día siguiente, la gente empezó a volver a sus comunidades.

El clima de concordia y de paz continuó. La gente de Cascajero volvió a usar el camino de Pueblo Rico para ir a mercar. «Durante todo el tiempo que estuvimos en el resguardo no hubo muertos ni heridos. Ni un solo hecho de violencia. Me atrevo a decir que tampoco hubo muertos de muerte natural», dice el comandante. Los guerrilleros del EPL aprovecharon esos días para compartir con los indígenas sus conocimientos de agricultura sembrando maíz en varias zonas del resguardo. Unas semanas después, la Orewa, el Centro de Pastoral Indigenista y el Plan Nacional de Rehabilitación lograron reunir a más de ciento setenta delegados de los indígenas en Conondo, en un congreso en el que se ratificó el propósito de mantener la paz y se aprobó un plan de inversiones.

«Nosotros no participamos en esa reunión pero sí les dijimos que íbamos a fiscalizar la forma en que se iban a invertir esos dineros», dice el comandante Salomón. «Porque sabíamos de la corrupción de los funcionarios del Estado que hacen puentes donde no hay ríos y eso sí no lo íbamos a permitir. Ellos nos entregaron copias de todos los proyectos que tenían y de los presupuestos...».

Los guerrilleros empezaron a retirarse del resguardo en abril. Una columna se fue muy adentro, por el alto San Juan. Otro grupo se fue a Villa Claret. Algunos se quedaron hasta mayo en Aguasal. Para esa época, el EPL ya estaba discutiendo la posibilidad de negociar con el gobierno un nuevo acuerdo de paz.

El día que salieron del Alto Andágueda, los guerrilleros tuvieron que resolver un último problema. El de los perros. «Cuando salíamos, los indígenas no nos querían dejar ir... Los perros, tampoco. Se querían ir con nosotros», recuerda el comandante Salomón. «Esos animales se apegaron mucho a nosotros y nosotros a ellos... El uno era un pastor alemán, muy lindo, que se llamaba Bogarín. El otro era un perrito muy pequeño al que le decían Kincho. Eran más grandes las orejas que él. Y una perra. Cuando nos despedimos en Docabú, tuvimos que hablar con ellos. Dijeron que tranquilos, que los perros se podían ir con nosotros. Esos animales adonde no los llevaríamos. Se quedaron con nosotros hasta que firmamos el pacto de paz. Cuando nos desmovilizamos, fuimos hasta Docabú y los devolvimos...».

**E**S DE noche y hace frío. Las calles de Pereira están mojadas. Desde hace rato cae una lluvia triste. Por momento pienso que se parece a la lluvia menuda y fría de las selvas del Andágueda. El comandante Salomón me ha invitado a dar una vuelta. Quiere respirar el aire de la noche, aunque esté lloviendo. Y quiere acabar de contar la historia. Su voz, ahora, está muy lejos de parecerse a la voz de un militar. Es pausada.

«La historia sucedió el 20 de julio de 1993. Era un compañero de esa columna del EPL. Un compañero desmovilizado, que tenía familia en Agüita. El era de una comunidad negra. Estaba dando una vuelta por el pueblo, de noche, y mataron a un indígena emberá. Querían robarle una grabadora y una plata. La cosa sucedió ahí, en Agüita. Entonces alguien lo acusó a él de

esa cosa y por la mañana vino de Santa Teresa una gallada como de cuarenta indígenas, armados de garrotes y de machetes. Lo cogieron, se lo llevaron. La que me llamó a avisarme fue la novia de él. Yo le dije: mi amor, hoy es día de fiesta y ya no se puede hacer nada. Hay que esperar hasta el lunes, a ver... No sabíamos qué le había pasado al compañero. Entonces comenzamos a buscar la forma de hacer unos contactos con los indígenas. Hablamos y no quisieron decir absolutamente nada. Entonces yo fui a Pueblo Rico. Traté de hablar con la gente pero fue imposible...

«A los pocos días nos dimos cuenta de que al compañero lo habían matado. Lo mataron con una crueldad muy verraca. Con garrotes y machetes. Yo fui hasta Docabú a reclamar el cadáver, ya de civil, y los indígenas no me dejaron pasar. Me conocieron pero no me dejaron entrar al resguardo... Yo les dije: para evitar problemas, más bien me regreso a Pereira... Y me regresé.

«La novia me llamaba a insistir que hiciéramos algo. Tuvimos que hablar con el gobernador del Risaralda. Le dijimos que nosotros necesitábamos recuperar el cadáver de ese muchacho... El gobernador pidió una patrulla del ejército y subió un compañero, con los bomberos de Pueblo Rico, y lo trajeron. Lo habían dejado medio enterrado ahí en un cerro, antes del alto... Lo mató la gente de Covedé y de Pechúgare...».

El comandante Salomón se queda callado. La historia ocurrió hace apenas dos semanas. Y a nadie le gusta hablar de muertos. Yo pienso, mientras tanto, en todos los muertos del Alto Andágueda.

«Y todo por una maldita grabadora y unos pesos...», dice.

Yo sigo pensando: hace cuarenta años en el Andágueda no había grabadoras ni ladrones. Tampoco había pistolas, ni mataban a la gente de esa manera.

El comandante Salomón parece adivinar mis pensamientos. Aunque en el interior del carro hay poca luz, veo cómo empieza a cambiar su cara. Ahora ya no es la cara de un muchacho de barrio que apenas acaba de dejar la infancia. Está un poco pálido y se ve que, como yo, tiene rabia.

De pronto lo oigo decir, como si estuviera hablando solo:

«¡Hijueputa oro...!».

# **Cronología de la guerra del oro en el Alto Andágueda**

**1975**

**Marzo 5.** Aníbal Murillo descubre una mina de oro en las selvas del río Azul.

**Mayo 5.** Aconsejado por varios amigos. Aníbal Murillo denuncia la nueva mina ante el alcalde de Bagado, Ramiro Ledesma.

**Diciembre 19.** Con el fin de solucionar a su modo los primeros conflictos entre los indígenas y el hacendado Ricardo Escobar, quien alega ser dueño legítimo de la nueva mina, Julio César Lozano, visitador administrativo del gobierno de Chocó, envía un oficio al comandante del puesto de policía de Dabaibe (Bagado) recordando los artículos de una ley del código de minería que reglamentan los derechos de maza-

morreo, barequeo, bateo o lavadero de pobres. Con ese documento busca obligar a los indígenas a alejarse del filón descubierto por Aníbal Murillo, aunque advierte que no se les puede impedir el barequeo. Sin embargo, para despejar dudas, el documento dice, al final: «A favor del Señor Doctor Ricardo Escobar».

### 1976

**Junio.** Se presentan los primeros problemas entre los apoderados de las familias Escobar y Montoya. Se multiplican los incidentes entre la policía y los indígenas del río Colorado que quieren trabajar en la mina descubierta por Aníbal Murrillo.

Agosto 20. Aníbal Murillo es detenido y llevado a Andes por orden del visitador nacional del Ministerio de Gobierno, Ricardo Hurtado Ocampo. La orden de captura fue ejecutada por el agente Gustavo Cruz Castillo, con C.C. 11.788.810 de Quibdó.

**Noviembre 25.** La policía conmina a varios indígenas y les prohíbe acercarse a la mina descubierta por Aníbal Murillo. Un agente informa a sus superiores sobre la presencia de Jaime Montoya en el río Colorado.

### 1977

**Abril 4.** Varios indígenas familiares de Aníbal Murillo son detenidos por la policía por barequear en los alrededores de la mina.

### 1978

**Abril 3.** Ricardo Escobar envía una carta a Horacio Vélez, fechada en La Bodega (Antioquia). En ella pide «que le digan a don Jairo que conmine a los indios para que no vuelvan a molestar en la mina». También dice: «Ud. o José deben recibir las minas a nombre de Luis Fernando, Alejandro y Ricardo Escobar G.».

**Junio 11.** Los indios se toman la mina por la fuerza. Aparecen las primeras noticias de prensa sobre el caso. El movimiento lo dirige Jaime Montoya, descendiente de los antiguos socios de la familia Escobar. Un helicóptero de Helicol es atacado por los indios. Roban un cargamento de oro.

**Junio 17.** Por el camino de Andes entran a la zona treinta y seis policías de la División Chocó, enviados desde Quibdó. En los alrededores del campamento de Río Colorado hay un enfrentamiento armado que dura cinco horas. Son heridos a bala Jaime Montoya y varios indígenas, entre ellos Aníbal Murillo. Ante la resistencia armada de los indígenas, la policía se ve obligada a retirarse al puesto de La Argelia, una hacienda de propiedad de Ricardo Escobar situada en límites de Antioquia y Chocó. Desde entonces se impide la entrada de alimentos a la zona de Río Colorado por el camino de Andes.

**Julio 8.** Ricardo Escobar envía a don Francisco Montoya, tío de Jaime Montoya, para que trate de negociar con el muchacho la entrega de la mina. En prueba de su buena voluntad, le envía drogas para que cure sus heridas. Don Francisco lleva boletas firmadas por oficiales y agentes de la policía en las que se propone un diálogo entre las partes para lograr un acuerdo pacífico.

**Agosto 14.** Orlando Montoya, Maximiliano Murillo, Luis Enrique Arce y Constantino Querágama suscriben un memorial, dirigido al Incora, con una solicitud para que se constituya en favor de los emberá una reserva territorial en el Alto Andágueda. El Incora inicia el informativo 40962 para la constitución de la reserva.

**Septiembre 6.** Una nueva comisión de los indígenas viaja a Bogotá a continuar con los trámites para la creación de la reserva. Dan poder a un abogado de Funcol para que los represente legalmente y piden al gobierno que vaya a visitarlos una comisión de funcionarios. También deciden presentar ante el presidente Turbay el ministro de Gobierno, Germán Zea, y el procurador, Guillermo González Charry,

un memorial solicitando que se investiguen los hechos del 17 de junio, cuando la policía atacó el campamento de Río Colorado.

**Noviembre 30.** Una comisión enviada por el Instituto Colombiano de Reforma Agraria y el Departamento de Planeación Nacional logra entrar a la región. Los acompaña una antropóloga de la Universidad de Antioquia, un indígena de Cristianía, dos representantes del Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC), un delegado de la naciente Organización Nacional Indígena y un periodista de *El Tiempo*. La comisión permanece en la región hasta el 11 de diciembre.

**Diciembre 10.** En Río Colorado se nombra un cabildo. Resulta elegido gobernador el jaibaná Gabriel Estévez, líder de la zona y tío de los mestizos Orlando y Humberto Montoya. Estévez, además, es tío de Jaime Montoya.

**Diciembre 11.** Se nombra un cabildo indígena en la zona de Aguasal.

**Diciembre 18.** El abogado Roque Roldan Ortega y el sociólogo Enrique Sánchez Gutiérrez, funcionarios del Incora, rinden informe de su viaje al Alto Andágueda, en el informativo 40962. Allí se recomienda la definición legal de la tenencia de la tierra de los indígenas, por medio de la creación de un resguardo o reserva territorial.

## 1979

**Mayo 3.** En la zona del Río Colorado, varios indígenas inconformes con el manejo de la mina asesinan a Jaime Montoya y su hermano Jorge. También matan a un trabajador blanco recién contratado por Jaime, lo mismo que a su esposa y a su pequeño hijo.

**Abril.** La subgerencia jurídica del Incora, el Instituto Colombiano de Antropología, la División de Asuntos Indígenas del Ministerio de Gobierno y el Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia acuerdan realizar

una visita conjunta a la zona del Alto Andágueda, con el fin de adelantar un estudio etnográfico de los emberá.

**Mayo 18.** La comisión del gobierno y la Universidad de Antioquia viaja a Río Colorado. Los indígenas la reciben con mucho recelo. Algunos de ellos creen que la comisión tiene como objetivo investigar el asesinato de los hermanos Montoya. Los miembros del grupo permanecen en el Alto Andágueda hasta el 10 de junio.

**Diciembre 13.** El Incora aprueba la creación del Resguardo del Alto Andágueda, por medio de la Resolución 0185 del 13 de diciembre de 1979. El documento es firmado por el presidente de la junta, Germán Bula Hoyos, ministro de Agricultura, y por el secretario, Fabián Gonzalo Rebeiz Cardona.

### 1980

**Agosto 31.** La policía ataca el campamento de Río Colorado por petición del juez Proscopio Ríos Rentería. La noche anterior, los indígenas reciben un cargamento de aguardiente. Según el testimonio de un indígena, el licor fue pagado por el hacendado Ricardo Escobar. Cuando la policía entra, al amanecer, los indígenas están borrachos. Durante el ataque mueren el gobernador del cabildo, Luis Enrique Arce, y los indígenas Jairo Rivera y Roberto Murillo. Son heridos José María Sintuá, Jesús Rivera, Aníbal Murillo. Desaparecen en las aguas del río Azul los niños Alirio Arce, Jairo Rivera, Gustavo Murillo y Ofelia Murillo.

**Septiembre 2.** Tres indígenas emberá provenientes del Alto Andágueda rinden declaración ante el juzgado 26 civil de Bogotá sobre el asalto de la policía al campamento del Río Colorado y el asesinato del gobernador del cabildo, Luis Enrique Arce.

### 1981

**Enero a mayo.** Entra al territorio emberá una columna del M-19. Según los testimonios, los guerrilleros llegan al resguardo por la zona de El Chuigo. Casi enseguida, entran tro-

pas del ejército persiguiendo a los guerrilleros. Los soldados montan un campamento en la misión de Aguasal y dan entrenamiento militar a un grupo de indígenas que luego forman un grupo paramilitar.

Los indígenas de Río Colorado deciden colaborar con el ejército y entregan a varios guerrilleros, entre ellos a Carmenza Londoño, «La Chiqui», quien muere en la zona. También mueren otros guerrilleros. Algunos indígenas les cortan las cabezas y las entregan al ejército, en busca de una recompensa.

Durante este año, la mina es explotada por los indígenas emberá bajo el liderazgo de los hermanos Humberto y Orlando Montoya, hijos de una indígena y un blanco.

Junio. Llegan a la zona de Río Colorado varios soldados vestidos de civil con la misión de alfabetizar a los indígenas y organizar un puesto de salud.

1983

Los superiores de la comunidad claretiana deciden devolver a los emberá las tierras de misión de Santa Ana de Aguasal colonizadas por el padre José Antonio Betancur. El sacerdote se opone a la idea. Finalmente, decide retirarse de la comunidad. Sin embargo, continúa al frente de la misión como sacerdote del Vicariato de Quibdó.

1986

Entre los indígenas de la parte baja del resguardo (especialmente los de Conondo, El Chuigo y Aguasal) empieza a acrecentarse el malestar por la forma como los hermanos Montoya administran la mina. Muchos de ellos afirman que los Montoya sólo dejan trabajar en la mina a las familias provenientes de dos caseríos de los catorce que tiene el resguardo. Los dos caseríos —dicen— son Río Colorado y Paságuera. Algunos emberá sostienen que varios compañeros han sido asesinados por atreverse a desafiar el poder de los Montoya.

En el resguardo empiezan a correr rumores sobre la presencia de una columna del Ejército de Liberación Nacional en el territorio emberá. Miembros del grupo son vistos en El Chuigo. Los servicios de inteligencia del ejército dicen que en esa zona los guerrilleros han empezado a reclutar indígenas con la intención de formar un grupo armado.

1987

Enero 30. Una comisión del Ejército de Liberación Nacional llega a la zona de Río Colorado seguida de un grupo de indígenas. El grupo tiene la intención de conminar a Humberto y Orlando Montoya para que abandonen la mina y la dejen en manos de los indígenas. Del grupo hace parte un indígena emberá-chamí, antiguo militante del M-19. Por la noche, ayudado por gente emberá enemiga de los Montoya, el chamí mata a los hermanos Montoya, a su tío, el jaibaná Gabriel Estévez, y a ocho indígenas más, todos ellos habitantes del Río Colorado. Los emberá dicen que el chamí quería vengar la muerte de sus antiguos compañeros del M-19. La muerte de los Montoya y el ataque a la mina por gente de Conondo y El Chuigo ocasiona un éxodo masivo de indígenas hacia Piedra Honda y Andes.

Justo Sintuá, gobernador de Río Colorado, sale a Pueblo Rico a denunciar el crimen. Pide al ejército que vaya al resguardo a detener a los responsables.

Llega a la zona una comisión de sacerdotes y seglares enviada por el Vicariato Apostólico de Quibdó y encabezada por el misionero claretiano Agustín Monroy, con el fin de buscar la pacificación. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos desplegados por los misioneros, empiezan a presentarse incidentes armados en todo el territorio emberá.

Marzo 24. A las seis de la mañana, cuarenta hombres armados de fusiles atacan el caserío de El Chuigo, junto a la quebrada Iracal, golpean mujeres, ancianos y niños y matan a los niños Enrique Tequia y Jaime Batiquí. Además, roban la

tienda comunitaria, matan cerdos y gallinas, destruyen tambos y cultivos y se llevan presos a nueve indígenas.

En un comienzo, los indígenas de la región creen que los atacantes son soldados. Luego, se enteran de que el grupo estaba formado por gente del Río Colorado que se habían refugiado en Piedra Honda, un caserío negro situado a orillas del río Andágueda, en los límites de la reservación.

Ese mismo día llega a la zona del Río Colorado un helicóptero de Helicol con tres molinos. En el helicóptero viajan Luis Eduardo Ospina y otros mineros blancos. Los mineros inician algunas obras en la mina. Algunos indígenas se muestran en desacuerdo con la presencia de blancos en la región. A los pocos días, los mineros son expulsados de Andágueda. Por el camino de regreso a Andes es asesinado Luis Eduardo Ospina. Mientras tanto, según denuncias de la Orewa, en los límites de Risaralda y Chocó el ejército empieza a dar entrenamiento militar a un grupo de cuarenta civiles, entre ellos varios indígenas.

**Abril 14.** Se produce un segundo ataque al caserío de El Chuigo. Según la Orewa, esta vez los atacantes hacen parte del grupo paramilitar entrenado por el ejército. Durante la incursión mueren seis indígenas y quedan heridos otros dos. Los atacantes se llevan a cuatro indígenas que luego aparecen vivos en los alrededores de la quebrada Iracal.

**Abril 19.** Seis camiones con soldados llegan a la comunidad de Río Azul, en la zona de El Chuigo, cerca a Mombú. Los indígenas huyen y se internan en el monte.

**Mayo 2.** En Paságuera, un grupo armado se lleva a cuatro indígenas que estaban cazando en los montes.

**Mayo 12.** Desconocidos matan a tres indígenas en Paságuera.

**Mayo 15.** Se presenta el tercer ataque a la zona de El Chuigo. Esta vez, hombres armados de fusiles y machetes queman el poblado de Iracal, conformado por dieciocho casas. La comunidad, según la Orewa, estaba reunida esperan-

do una comisión del gobierno. Los miembros del grupo no llegaron. En cambio, a las ocho de la noche aparece un grupo armado que viene de Piedra Honda. Los atacantes queman los ranchos y matan a catorce indígenas. Durante el incendio mueren quemados doce niños y desaparecen siete mujeres. Antes de asesinar a los indígenas, los atacantes preguntan por varios miembros de las familias Bitucay y Murrí, a quienes acusan de haber tomado parte en la matanza de Río Colorado. Sin embargo, éstos han logrado huir.

Al día siguiente empieza el éxodo de indígenas de El Chuigo e Iracal hacia la carretera entre Medellín y Quibdó. En represalia por el ataque a El Chuigo e Iracal, indígenas de Conondo y Aguasal asaltan la mina, saquean las instalaciones y destruyen los molinos.

**Mayo 22.** Son asesinados cuatro indígenas en Mirandé, entre ellos el jaibaná Donato Bitucay y varios hijos suyos.

**Mayo 23.** Viaja a la zona una comisión del gobierno integrada por funcionarios del PNR, Asunto Indígenas y la Procuraduría Delegada para las Fuerzas Militares. Los acompañan delegados indígenas de la ONIC y la Orewa. Al enterarse del asesinato de la familia del jaibaná Donato Bitucay, deciden suspender una reunión con delegados de los emberá.

**Junio 1.** Tres indígenas más de la familia Bitucay son asesinados en Paságuera.

Empieza el éxodo de indígenas hacia el internado de Aguasal y hacia las poblaciones de Risaralda situadas en los límites del resguardo. Salen del territorio emberá por lo menos seiscientas personas. La Orewa revela que de un total de catorce poblados que tiene el resguardo, sólo quedan habitados cuatro.

**Agosto 8.** El vicario apostólico de Quibdó, monseñor Jorge Iván Castaño, y el misionero Agustín Monroy, logran organizar una reunión de paz, en Aguasal. Asisten delega-

dos de varias regiones del resguardo, con excepción de los indígenas de Río Colorado y sus aliados.

**Octubre 15.** Se firma un acuerdo de paz en Quibdó, en la sede del Vicariato Apostólico. La reunión es promovida por el Centro de Pastoral Indigenista, el Vicariato de Quibdó, la Orewa y algunas entidades gubernamentales. Aunque no asisten los principales cabecillas de la guerra, envían delegados. El acuerdo es firmado por once representantes de las distintas comunidades, entre ellas el Cascajero, Conondo y El Noventa, principales focos del conflicto. Se acuerda enviar grupos de apoyo a algunos caseríos donde están concentradas las familias refugiadas. En la práctica sólo se envían dos grupos: uno a Cascajero, con el apoyo del gobierno de Antioquia, y otro a Aguasal y Conondo, con el apoyo del Vicariato, el gobierno del Chocó y el Plan Nacional de Rehabilitación.

**Noviembre 1<sup>o</sup>.** Los refugiados de la guerra empiezan a regresar al territorio emberá. En la parte de arriba se forma el caserío de Cascajero. En él construyen sus ranchos algunos de los líderes del bando de Río Colorado, dirigido por Justo Sintuá. En la parte de abajo, en la zona de Conondo, se forma otro caserío enorme. Allí se congregan los seguidores de Hipólito Bitucay, rivales del grupo de Justo Sintuá. Mientras tanto, en los alrededores de la misión de Aguasal se fortalecen los dos caseríos, poblados por indígenas de uno y otro bando. Sin embargo, la gente de El Chuigo, que había huido hacia la carretera Medellín-Quibdó, no quiere volver y continúa viviendo en los caseríos formados cerca de esa vía.

A pesar del acuerdo de paz firmado en Quibdó, las diferencias aún no se resuelven en el resguardo emberá y casi toda la gente se prepara para la guerra.

**Diciembre 7.** Se celebra una nueva reunión de indígenas en Quibdó, con el fin de ratificar el cumplimiento del acuerdo de paz. No asisten los delegados del gobierno.

**Diciembre 8.** Es asesinado en Cascajero el niño Octavio Estévez.

**Diciembre 9.** En El Chuigo es asesinado Pedro Julio Murillo.

**Diciembre 17.** Fracasa una nueva reunión de los indígenas con delegados del gobierno, en Quibdó.

### 1988

**Marzo 18.** Indígenas de Aguasal atacan el poblado de El Salto. Cuando llegan al caserío, lo encuentran vacío. Entonces se dedican a matar los animales y a saquear las casas. En Paságuera hieren a bala a un joven y matan a otro.

Mayo 1-. Estalla otra vez la violencia en los dos caseríos que rodean la misión de Aguasal. A las once de la noche, después de una fiesta, es asesinado Isaías Mamundia, un indígena de Conondo. También resulta herido otro indígena. Un grupo de familiares de Mamundia saquea la tienda donde sucedieron los hechos. Después saquean el caserío y se llevan trastos y animales. La gente del poblado se refugia en el internado de Aguasal. Otros huyen de la región. Una maestra identifica la ropa de un niño, alumno del colegio, quien también fue asesinado esa noche.

**Mayo 11.** Llega a Aguasal una visita del CPI, la Orewa y el Vicariato. Alberto Háchito, presidente de la Orewa, dice a los indígenas que la guerra en que están enfrascados es una locura, que se están exterminando entre hermanos.

**Mayo 12.** Los indígenas de Conondo y Aguasal se reúnen en el internado. El Vicariato anuncia el cierre del colegio hasta que haya garantías mínimas de seguridad para los alumnos y los maestros. Se adelantan las vacaciones. Días después, unos vecinos de Conondo descubren en la selva los rastros de un grupo de desconocidos que han penetrado al resguardo con la intención de atacar el caserío de Cascajero. El grupo sale del territorio sin que haya combates.

**Mayo 30.** Muere por el disparo accidental de un arma Rosalba Bitucay de diez y seis años. La muchacha es hija de Hipólito Bitucay, líder de Conondo.

**Julio 28.** Los concejales de Bagado promueven una reunión para buscar una solución al conflicto. En ella se presentan denuncias sobre la existencia de un grupo de nueve indígenas armados que están sembrando la zozobra en el resguardo.

La Orewa presenta un balance de la guerra. Según éste, a lo largo del conflicto han muerto más de doscientos indígenas.

**Agosto 25.** Se reúne el primer congreso indígena del Alto Andágueda. Asisten ochocientos representantes de todas las comunidades. Los delegados buscan reafirmar el acuerdo de paz de octubre de 1987, firmado en Quibdó, pero los delegados del gobierno no se hacen presentes. Por primera vez los bandos en conflicto admiten la mediación de la Orewa.

## 1989

**Marzo 20.** Indígenas de El Salto, encabezados por miembros de la familia Bitucay, matan a Alvaro Murillo y a Ligia Querágama en las bocas del río Paságuera. Los indígenas muertos pertenecen a familias de Aguasal.

**Mayo 27.** Los indígenas de Aguasal se preparan para vengar la muerte de sus hermanos. Compran armas y reciben entrenamiento militar. Para decidir el ataque, nombran un nuevo cabildo, ya que el gobernador Arnobio Arce, habitante del caserío de la parte alta del colegio, no está de acuerdo con atacar a El Salto. En su reemplazo es nombrado Hugo Tequia, partidario de llevar a cabo la retaliación.

Mayo 28. Corren rumores del ataque.

**Mayo 29.** Por la noche ladran mucho los perros. Junto al colegio hay movimiento de gente armada.

Mayo 30. Indígenas de Conondo y Aguasal atacan el caserío de El Salto. Durante la incursión mueren seis personas y son quemadas varias casas.

**Abril 2.** Llegan a Aguasal los primeros heridos del ataque a El Salto. Se conoce la noticia de la muerte de Marco Tulio Campo, uno de los miembros del grupo que tomó parte en la acción.

**Abril 4.** El padre Betancur celebra su última misa en la capilla de Aguasal. Es un oficio fúnebre por el alma de Marco Tulio Campo. A él asiste muy poca gente. Durante la misa, el padre critica a los indígenas que tomaron parte en el ataque a El Salto. Esto provoca indignación entre ellos.

**Julio 17.** Gente de Cevedé mata a Laureano Arce, inspector de Aguasal, en un complot armado en el que toman parte algunos indígenas de uno de los dos caseríos situados junto al colegio.

**Julio 18.** Gente de El Salto, respaldada por indígenas de Cascajero, y con apoyo de Cevedé, atacan los caseríos de Conondo y Aguasal. Los emberá de ambos sitios se defienden con fiereza. Sin embargo, son incendiadas seis chozas. Al final del combate, aparece muerto uno de los atacantes.

**Julio 20.** Monseñor Jorge Iván Castaño, vicario de Quibdó, envía otra vez al padre Agustín Monroy con la misión de buscar la paz. A su paso por los caseríos indígenas el sacerdote sólo encuentra hambre y desolación.

**Agosto 16.** Entra al territorio emberá un equipo de apoyo, con médicos, técnicos agrícolas y sociólogos. Con ellos llega el padre Jesús Flórez, nuevo director de la misión de Aguasal.

**Agosto 17.** A las cinco y media de la madrugada se presenta un nuevo ataque a Conondo por parte de un grupo de indígenas jóvenes provenientes de Cascajero. La gente de Aguasal se refugia en el colegio. Los de Conondo piden refuerzos a Pechúgare. También llaman a indígenas de Mázura. El combate termina a las cinco y media de la tarde. Los

atacantes no logran su objetivo debido a la resistencia organizada que les presentan los indígenas de Conondo y sus aliados. Al final, mueren cinco miembros del grupo atacante.

**Agosto 18.** Por falta de garantías, abandona el resguardo el equipo de apoyo de Aguasal.

**Agosto 30.** Después de varios ataques liderados por indígenas de Conondo, la gente de La península y Cascajero emigra en masa, por segunda vez, al municipio de Andes (Antioquia).

## 1990

**Enero 27.** Se logra un nuevo acuerdo de paz en Andes. El documento es firmado solamente por iús delegados de la gente de Cascajero y sus aliados. Los delegados de la Orewa no son invitados a participar en la reunión.

**Febrero 7.** Una columna de guerrilleros del Ejército Popular de Liberación entra al resguardo por el camino de Docabú, Santa Teresa y Pechúgare. El grupo es dirigido por el comandante Salomón. Los guerrilleros huyen de un cerco militar tendido por el ejército después de un combate en el cañón del río Mistrató.

**Febrero 13.** Se celebra en Conondo una reunión de gobernadores de cabildos indígenas, promovida por los guerrilleros del EPL. Se discuten las diferencias y los guerrilleros proponen celebrar una fiesta de la paz en Aguasal, con la presencia de todas las comunidades.

**Febrero 20.** El EPL envía comisiones a todas las comunidades del resguardo con el fin de promover la fiesta de la paz.

**Primera semana de marzo.** Más de seiscientos indígenas de todos los caseríos del resguardo se reúnen en Aguasal para tomar parte en la fiesta de la paz promovida por los guerrilleros. Los jefes de los bandos en conflicto se abrazan.

Se celebra una misa y luego hay una fiesta en los alrededores del colegio.

Marzo 23. Se realiza un encuentro de cabildos del Alto Andágueda, organizado por la Orewa, el CPI y el PNR. Participan ciento setenta indígenas de todo el resguardo, incluyendo comunidades de Risaralda. Son invitados los guerrilleros del EPL. Leen un documento. Dicen que van a supervisar las inversiones que anuncia el gobierno para evitar actos de corrupción.

Mayo 16. Muere en Medellín el padre José Antonio Betancur, antiguo director de la misión claretiana de Santa Ana de Aguasal.

Este libro se terminó de imprimir  
en los talleres de Editorial Presencia Ltda.  
Calle 23 No. 24-20  
Santafé de Bogotá, D.C.  
Impreso en Colombia - Printed in Colombia

EL ORO Y LA SANGRE es un microcosmos del país. Un indígena emberá halla una mina de oro y sobre su comunidad se precipita una legión de aventureros, comerciantes, estafadores y guerrilleros. Después de los primeros muertos la ambición por el oro desemboca en una guerra en la que contendientes como víctimas los ponen los indígenas. Entonces interviene todo el mundo: la Iglesia, el gobierno, la policía, el ejército, la comisión de paz, la de asuntos indígenas, la de derechos humanos... Mientras tanto el rosario de muertes se sigue desgranando. Enloquecidos por la súbita bonanza, los indígenas descubren un día el avión y se dedican a volar días enteros, o a comprar prostitutas por docenas y a mandarse a teñir el pelo del color del oro. En el transitorio final, un comando guerrillero logra imponer un ilusorio período de calma.

Juan José Hoyos recupera con este libro el olvidado género de la crónica periodística. Su relato está construido sobre una minuciosa investigación y escrito con la directa y cruda fuerza de los hechos. En el estilo del periodista que sabe narrar, que le ha valido un merecido prestigio con las crónicas que publicó cuando fue corresponsal de *El Tiempo* y con sus novelas editadas por Planeta, *Tuyo es mi corazón* y *El cielo que perdimos*.



PLANETA